El Hogar



Srta. MARIA TERESA PERALTA RAMOS

Fotocromo de Chandler-Zuretti

SUBSCRIPCIONES
EN LA CAPITAL

Año...........	$	9.— %
Semestre......	»	5.— »
Trimestre.....	»	2.50 »
Núm. suelto..	»	0.20 »
» atrasado.	»	0.40 »

EN EL INTERIOR

Año...........	$	13.60 %
Semestre......	»	7.— »
Trimestre.....	»	4.— »
Núm. suelto..	»	0.30 »
» atrasado.	»	0.60 »

EN EL EXTERIOR

Año..........	$	10.— oro
Semestre.....	»	6.— »
Trimestre....	»	4.— »

PARA EVITAR interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

El Hogar

ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA



APARECE TODOS LOS VIERNES

Dirección: Redacción y Administración RIO DE JANEIRO, 262

FUNDADA EN 1904 POR ALBERTO M. HAYNES

U. T., 63, Almagro, 1120 y 1121 — Dirección telegráfica: "Senyah"

OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
A. DE MAYO 749, 5º piso. U. T. 38, Av. 1472

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR
Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. — La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR
URUGUAY. — A. S. ADAMI
Plaza Independencia, 727, Montevideo
ESTADOS UNIDOS. — S. S. KOPPE Y CO. INC.
Times Building. New York
PARAGUAY. — SANTIAGO PUIGBONET
Palma, 78. Casilla Correo 581. Asunción

Año XXII | *Buenos Aires, Julio 23 de 1926* | Núm. 875

Notas y Comentarios de Actualidad

La Interpelación

¿No se habrá andado por las ramas esa interpelación al ministro de hacienda? Porque se podrían haber agitado otras cosas. El gobierno se encontró con una crecida deuda flotante, pero también con el deber administrativo de saldarla y los medios rentísticos para hacerlo (el aumento del presupuesto). En lugar de eso, y después de haberse excusado, pretextando falta de recursos, de emprender obras económicamente reproductivas, cuya necesidad él mismo declaraba, levanta empréstitos en el extranjero para hacer gastos económicamente improductivos de guerra y marina, y para que no nos asustemos de ello, nos dice que la renta le deja superávit, y que la última vez éste ha sido de 80 millones. El resultado es que, habiendo habido superávit, no sólo no se hicieron las obras que el país necesitaba, sino que la deuda pública, como lo acaba de hacer notar "La Nación", aumentó en 150 millones. El ministro dice, es verdad, que redujo la deuda flotante en 90 millones, pero calla cuidadosamente los millones en que aumentó la deuda consolidada. El gobierno no hizo nada por la agricultura, la ganadería ni la industria del país, pero tiene centenares de millones para proteger la industria extranjera productora de armamentos. Y ahora, en momentos en que aumenta la desocupación, dice que va a haber que aumentar el presupuesto para seguir protegiendo a la industria extranjera.

Táctica Conservadora

Según recientes declaraciones de un leader conservador, su partido concurrió a las elecciones entrerrianas sólo para impedir el triunfo personalista. ¿Es un desmentido por baranda de los rumores de contubernio conservadorpersonalista en el orden entrerriano? Pero esa táctica no nos extrañaría, porque es la que desde hace diez años vienen siguiendo los conservadores. ¿Será así cómo logren atraerse la mitad de ese 40 ó 50 % de electores que no sufraga, y que si fuesen precisamente radicales o socialistas sufragarían al menos en las grandes ocasiones de la política? Hay un conservatismo de forma (conservatismo político) y un conservatismo de fondo (conservatismo social). Los elementos socialmente conservadores no son muy dados a la política, y la política que más discrepa con su temperamento y su mentalidad es la política negativa.

Asombrosas Declaraciones

Las declaraciones de Primo de Rivera en París son bien asombrosas. ¿Cuál es el estadista que habla así de un país, y menos en el extranjero? Es algo enteramente original: "España es un hombre enfermo. Mis colaboradores y yo cuidamos de él hasta que se haya curado. Es imposible permitir a un enfermo comer, beber, caminar y conversar libremente, según su gusto, y al mismo tiempo curar sus males. Por meses, y a veces por años, el enfermo no debe conversar demasiado, debe permanecer bajo cierto régimen alimenticio, y ciertas bebidas le deben ser prohibidas." Claro que Primo de Rivera habrá sentido la necesidad de justificarse ante un pueblo libre que le miraba con interrogativa curiosidad. Pero ¿cuál es el hombre que, para justificarse él, habla así de su país? ¿Quién no creería que por palabras como ésas se exonerase a un diplomático y se degradase a un militar? Primo de Rivera nos está enseñando que sólo los hombres menos representativos de las cualidades de su pueblo se creen llamados a ejercer la dictadura.

La Situación en Francia y en Italia

Según recientes declaraciones del gobierno de Mussolini, la crisis del turismo que actualmente se nota en Italia tiene una explicación plausible. Escuchemos ahora al periodista francés M. Raymond Rouze: "Un profesor español, a quien vimos ayer de regreso de Italia, nos hablaba de la honda miseria de los súbditos de Mussolini. La pensión, que en París cuesta 30 francos por día (menos de dos pesos), costaría al menos 100 liras en Roma (más de ocho pesos). Es así cómo los turistas alemanes, españoles y franceses, sobre todo éstos, se vuelven de Italia." Hablando de la situación en Francia, que él no trata de mejorar en nada, dice: "La vida es cara, es verdad, y el pan vale 2 francos 15 el kilo (menos de 15 centavos). Y se anuncia que el precio pronto subirá a 2,30. Sin embargo, Francia es, probablemente, la parte de Europa donde hoy se vive mejor. Nuestro amigo Américo Castro ha venido recientemente a París con una caravana de estudiantes de la Universidad de Madrid. Permanecieron quince días, y no gastaron, viaje y todo, más que 324 pesetas cada uno" (alrededor de 130 pesos). En fin, que la destornillada democracia come mucho mejor que el sesudo fascismo. Sin contar lo que se divierte, que también es comida.

LOS HÉROES DEL DIA



Bernardo E. Duggan — Eduardo A. Olivero — Ernesto Campanelli

DIB. DE HOHMANN

El Matrimonio en Rusia

El gobierno del soviet resolvió hace algún tiempo reconocer las uniones libres, y según leemos ahora en "La Vanguardia", el objeto de esa resolución es combatir la corrupción de las costumbres. ¿Se combate la corrupción de las costumbres reconociendo las uniones libres? Allí donde hay costumbres, tal vez pudiera servir para corromperlas. Pero lo que el soviet llama corrupción de las costumbres es una cosa que se conoce mucho en nuestra América, y aun en algunas provincias argentinas, sobre todo en una donde el 60 % de los nacidos son hijos naturales. En otros términos, no es la corrupción de las costumbres, sino la falta de costumbres, la inorganización social. La ley rusa de matrimonio se propone introducir costumbres allí donde no las hay. Recordaremos al respecto que cierto escritor sudamericano, en cuyo país el 75 % de los nacidos son hijos naturales, recomendó hace mucho el reconocimiento de las uniones libres para salir de esa situación.

La Legión de Honor en Buenos Aires

Son tantos en Buenos Aires los condecorados con la Legión de Honor, que ya han formado un comité. Ocasión oportuna para ser indiscretos, recordando el poco valor que tienen hoy las condecoraciones caballerescas. ¿Tuvieron mucho alguna vez? Porque, en efecto, lo tuvieron, es digno de notarse que hoy lo han perdido. En un tiempo fueron un pasaporte social positivamente cotizado. Ser miembro de tal o cual orden era lo mismo que ser hoy miembro del Jockey Club o del Círculo de Armas. Pero esto vino a reemplazar a aquello. Hoy el estar condecorado no es título suficiente para ser admitido en ninguna de esas órdenes caballerescas de nuestro tiempo. Pero decimos el Jockey Club y el Círculo de Armas sólo para citar las instituciones modernas que guardan más analogía con las antiguas. Hay también otras instituciones. A un miembro de la Academia Francesa no le añade socialmente nada el estar condecorado; en cambio, el ser miembro de ella le añade socialmente mucho a cualquier condecorado. Las condecoraciones del mundo monerno, sobre todo en las sociedades democráticas, son el ser miembro del foro, del cuerpo médico, de la magistratura, del gobierno, del parlamento, de la Sociedad Rural, de la Bolsa, de los grandes clubs, de la Sociedad de Beneficencia. Esos son pasaportes sociales positivamente cotizados.

El Eugenismo en Méjico

Atemos estas moscas por el rabo: Mientras el gobierno del soviet resuelve reconocer las uniones conyugales efectuadas a espaldas de todo certificado, el gobierno de Méjico, que todavía no ha podido resolver el problema de la vacunación —hay una epidemia de viruela en dos estados mejicanos, — promulga una ley que exige certificado de buena salud para contraer matrimonio. Esto es el eugenismo, es verdad; ya a nadie se le escapa lo que el certificado de buena salud se propone. Pero el certificado es para contraer matrimonio. ¿Y para no contraerlo? En la América latina sabemos muy bien que donde están más difundidas las enfermedades y los vicios que constituyen la principal preocupación del eugenismo es en las regiones donde menos se observa la costumbre del matrimonio. Tal vez fuera mejor un eugenismo más general y menos draconiano; en lugar de un eugenismo de oficio, un eugenismo que a petición de parte diese intervención a la justicia, y aplicase sanciones cuando en conciencia hubiere lugar.

El Problema Entrerriano

Decía "La Razón" que los personalistas entrerrianos, obligados a elegir entre la fórmula antipersonalista y la conservadora preferirían la segunda a la primera. No sabemos si sería algún globo... de ensayo.

En todo caso, se agrega que después los personalistas no colaborarían con el gobierno conservador. Es aquí dónde está el drama, porque, si los personalistas, en lugar de optar por los conservadores, optasen por sus enemigos personales, tampoco podrían colaborar con ellos. De este modo, la fórmula que debiese el gobierno al apoyo personalista, salvo ulteriores enjuagues con el otro partido, no contaría en la Legislatura sino con sus propios elementos. Si hiciera falta otra muestra del resultado que da el sistema de los tres partidos, ahí la tendríamos.



Las Aventuras de don Pancho Talero

por LANTERI

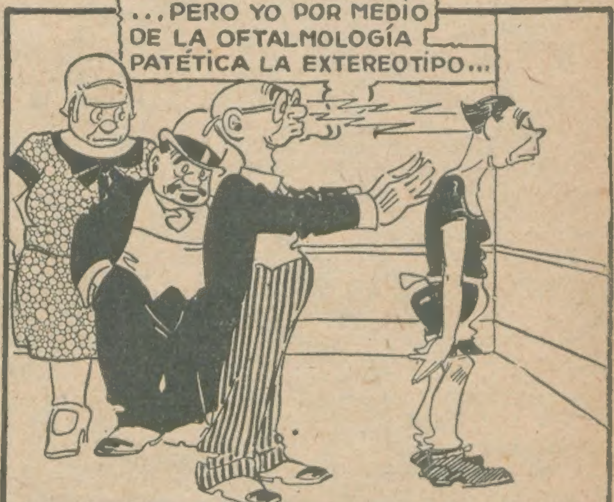












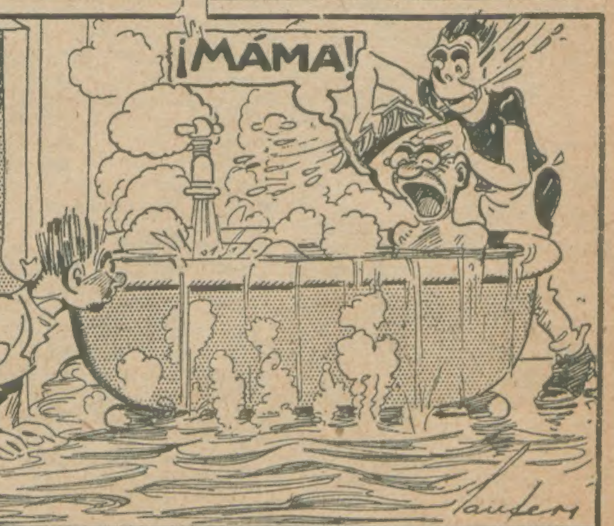












El paso del Diablo

Por

MANUEL CALVO

Ilustración de Gustavo Goldschmidt



"...un pequeno grupo de jinetes avanzaba a través de la belleza que encierran los bosques..."



ENVUELTO en densa nube de polvo, bajo los implacables rayos del sol, un pequeño grupo de jinetes avanzaba a través de la belleza que encierran los bosques tropicales de Salta. Los hombres con la garganta seca, los caballos casi exhaustos, se acercaban a la quebrada de San Lorenzo.

El baqueano Baltasar y el joven ingeniero Alberto cabalgaban a la cabeza de la pequeña columna. Alberto, erguido sobre su cansado zaino, apoyaba el puño derecho sobre el muslo. Sus ojos claros, profundos por el cansancio, contemplaban los colosales árboles, los miraban bajo ese aspecto de grandeza que todo armoniza en el conjunto caprichoso de la naturaleza.

—¿Descansaremos algo, Baltasar? Yo estoy rendido y me duele ver el cansancio de nuestros hombres—dijo Alberto, con la voz ronca por la sed.

—E' río 'e San Lorenso está a poca distancia 'e aquí, patronsito.

Anochecía. Los últimos rayos del sol parpadeaban, recogiendo poco a poco el oro pálido de las montañas y de los hermosos valles de esa exuberante región norteña.

Poco después, a paso lento, penetraron en una pequeña población, en medio de la semiobscuridad de una espléndida noche de luna. Aquí y allá abríanse sigilosamente algunas rústicas ventanas, y asomaban rostros de hosco semblante. En una pulpería hicieron alto. En su interior había muchos hombres "machados", pero, apenas entrados nuestros amigos, se hizo un silencio inexplicable. Los hombres con sus sombreros puestos, mascando "coca", observaban al ingeniero como preguntando: "Qué andará buscando "ése"."

En voz alta, Baltasar pidió una botella de vino. El dueño, un viejo italiano de buena cara, encorvado por los años, lo sirvió con muchos cumplidos.

Alberto no se sentía cómodo; se había sentado ante una pequeña mesa de pino, donde depositó un legajo de papeles. La mirada del joven ingeniero recorría, pensativa, la vasta estancia, y creía leer en los corazones de esa gente. En sus ojos, reflejo fiel del alma, observaba Alberto mucha obscuridad, mucha miseria. Rostros quemados, curtidos en el duro trabajo de los desmontes, doloroso sufrimiento, en cuya penosa labor apenas ganan una miseria, que a duras penas les alcanza para tomar unas cuantas copas de alcohol y mascar unos gramos de "coca". Estudió así, al vuelo, los caracteres de esos pobres salteños, para quienes la educación más elemental les es desconocida... No obstante, se tranquilizó. Pero una duda, una duda dolorosísima, empezó a brotar en su cerebro, como un interrogante de fuego: ¿Sería posible que, ante tanta riqueza que guardan las entrañas de esa provincia norteña, arrastraran tanta miseria esa gente, medio gente y medio bestias?... Él venía ahora a buscar, a robarles, mejor, los tesoros que ellos con su ignorancia no conocían, y en su desmedida ambición se le antojaba que florecía en sus labios un dardo punzante que dañaba aquellas pobres almas. Pero él tenía, debía triunfar, a pesar de todo y por todo. Esa pasión desordenada por conseguir poder, honores, dignidad y fama, estaba basada en un propósito noble, noblemente sentimental y noblemente honroso con que quedarían saldadas dos cuentas de amor y de esperanza.

Y la visión de sus dulces recuerdos saltaba en sus ideas. Recordaba aquella noche tropical, de pálida luna, en que se abrió la flor más pura de sus amores con la embriaguez de ansias retenidas. Mas no, él no era como los demás. No podía recoger para sí esa flor, porque no tenía aún despejados los horizontes de su vida.

—Blanca Rosa—murmuró él, en una esplendorosa noche de tertulia,—tengo una carrera noble...; mas tú bien sabes que en la capital no hay un empleo decoroso, aceptable a mis aspiraciones, que son las tuyas...; dicen que las montañas y los ríos de nuestro norte argentino guardan muchos tesoros...; Blanca Rosa: por el bien de nuestra futura felicidad, me separaré, momentáneamente, de tu lado...

Y ella, oprimiendo contra su pecho el rostro de su amado, cubrióle de besos ardorosos su frente, mientras él, amorosamente, enjugaba su llanto.

Y en una mañana, muy de mañana, que temblaba de rocío, partió.

Vió la senda dolorosa abierta a sus pies por su ambición sin límites, y sólo ahora sentíase atemorizado ante la gran empresa que había emprendido. Se sintió por un momento tan pequeño, tan insignificante ante la severidad de la naturaleza que había palpitado esa tarde, que estuvo a punto de romper en llanto.

Para alejar sus tristes recuerdos, el joven ingeniero desató su legajo de papeles y se puso a repasarlos por centésima vez bajo la débil luz de una pequeña lámpara.

Estudiaba una vez más los planos y folletos, y su alma adquiría poco a poco una dulce sensación de calma.

Salta es una de las provincias mayores y más fértiles del Norte argentino, participando a la vez su suelo de la riqueza mineral de las provincias andinas y de la más espléndida flora argentina. Es verdaderamente notable su riqueza minera. Sus montañas están llenas de minerales de gran valor, encontrándose yacimientos metálicos preciosos, y posee magníficos torrentes que arrastran arenas de oro...

La explotación de sus inmensas riquezas ha permanecido relativamente estacionaria, y las poquísimas empresas que existen han ido desarrollándose con las dificultades propias a falta de los medios materiales para fomentarlas, y, más que esto, por la falta de voluntades temerarias que hayan tenido el suficiente valor de afrontar los peligros y dificultades de tal empresa. Por eso, ahí estaba ese flamante ingeniero que, con una voluntad de acero, rechazando todos los peligros y separándose de tantas leyendas supersticiosas, habría cruzado las montañas para arrancarles sus tesoros y ponerlos después, ¡oh Quijote!, a los pies de su Dulcinea.

Pero, en esos momentos, ante la desnuda miseria que ostentaban esos pobres hombres agotados en el duro batallar por la conquista de una vida estrecha, una duda amarga tomaba forma y crecía como un interrogante dolorosísimo de desaliento: ¿tenía él, acaso, los medios materiales, indispensables para la culminación de tal empresa? Y ante el posible fracaso, ¿qué sería de él, con su carrera recién iniciada y con su palabra empeñada ante su Blanca Rosa?

II

Y el oro pálido del sol matinal, empezaba a besar el rocío de la noche, cuando un pequeño grupo de jinetes avanzaba a través de la belleza que encierran los bosques tropicales de Salta, hasta perderse tras de los picos de sus montañas, altas, muy altas, como si, en supremo esfuerzo, quisieran detener a los hombres de las misteriosas leyendas que guardan sus trágicas concavidades.

III

EN una sombría tarde de abril, un anciano de rostro curtido contemplaba, desde la puerta de su choza, cómo una negra nube crecía tras de los cerros vecinos, cuando, allá lejos, por el angostísimo camino de la meseta, vió avanzar hacia él a un jinete montado en una mula obscura. Lo reconoció en seguida.

—No sigas, muchacho. Tenemos tormenta... "El paso e'Diablo" es traicionero.

—No temo a nada. Seguiré mi camino aunque venga el mundo abajo — contestóle Alberto con una mueca de desagrado.

—"El paso e'Diablo" no lo cruza naide en días e'tormenta; está maldito.

—¡Yo lo pasaré!... Soy un hombre que ha olvidado a Dios, y no creo en vuestras estúpidas supersticiones.

Y se alejó hundiendo con rabia sus espuelas en la pobre mula.

—¡No te vayas, muchacho!... ¡La tormenta!... ¡"El paso e'diablo"!... ¡Muchacho-o-o!...

Pero Alberto ya no escuchaba; se había perdido tras de una curva, y se dirigía hacia el peligrosísimo "Paso del Diablo", que era un camino sobre un precipicio, tan fino, como el filo mismo de un cuchillo, a la margen de la meseta cuyas paredes musgosas, casi perpendiculares horrorizan a los nativos más temerarios de esa región salteña.



Y, entretanto, nubes negras, imponentes, se destacaban en el espacio y se amontonaban tomando formas extrañas; y, empujadas por una fuerza irresistible, avanzaban rápidas y amenazadoras envolviendo los picos de las montañas,

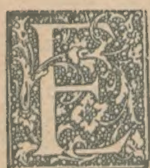
(Continúa en la pág. 68.)

La literatura o la hija del sastre

Por

LUCRECIA ESTEVEZ





ES inútil ocultar ciertos secretos de familia. Al fin y a la postre, el mundo se entera de ellos y la maledicencia se ceba luego en el secreto y en su ocultación. Por eso prefiero que el público sepa cuanto antes el drama íntimo y terrible que entenebrece mi existencia. Sabedlo, pues: mi padre..., mi padre ¡es sastre! Considerad que yo no tengo la culpa. Nadie puede elegir a sus padres. Y, sin embargo, como decía muy atinadamente el juez Brid'oison en el *Mariage de Figaro*, "on est toujours l'enfant de quelqu'un".

Al llegar a la edad de la razón comprendí todo el espanto de la tragedia de mi vida. ¿Qué hacer, Dios mío? A no mediar mi falta de vocación religiosa, hubiérame precipitado en el claustro. Pensé en el suicidio, en el matrimonio, en la cocaína, en el Ejército de Salvación, en el bataclán... Y, desesperada, con la irreflexión propia de la juventud, me arrojé a la literatura, tratando de olvidar, en el comercio de los clásicos y de los modernos, mis sinsabores domésticos. De este modo fué cómo conocí a Platón, a Rabelais, a Goethe, a Méndez Calzada y todo. Y así, ebria de literatura, estuve a punto de volverme poetisa como Raquel Adler, cuando, en un momento de lucidez, la prosa vino a salvarme del abismo. Por eso, ¡oh dilectos lectores!, desvarío libremente en estas páginas, dando libre escape a los pensamientos que bullen en mi cerebro, para olvidar la impresionante realidad de mi padre.

Y no. No consigo olvidarla. Mi padre constituye una realidad demasiado evidente y demasiado cotidiana para que yo pueda apartarla de mi imaginación. Tanto más, que he terminado por descubrir la existencia de una insospechada afinidad entre la literatura y el humilde oficio de mi progenitor. Os contaré en qué estriba:

No creáis por un momento que mi padre es un ignorado sastre de barrio, ordinario e inhábil. ¡No! Como el que se menciona en *Le Petit Pierre*, mi padre es un "tailleur plein de politesse et d'inexactitude", que ha logrado formarse una clientela seria y distinguida. Como que en casa se visten Mariano de Vedia, Juan Pablo Echagüe, Alvaro Melián Lafinur, Manuel Gálvez, José Fernández Coria, Julio Noé y otras personalidades no menos ilustres. Como veis, la *fine fleur* de las bellas letras. Si en algunos de ellos la ropa no luce gran cosa, achaquese la culpa a la percha, y no al arte de mi padre. Y si en unos pocos —en Juan Pablo Echagüe, por ejemplo— la ropa luce demasiado, mérito es también de la percha... ¡Que a mí me enloquece Jean Paul!... y excusad este grito del alma.

A veces, estos y otros conocidos clientes suelen encontrarse aquí, en la sastrería paterna, y suelen entablarse entre ellos conversaciones interesantísimas que, desde la *Caja*, sigo ansiosamente, bebiendo las divinas palabras que brotan de tan ínclitos labios. Y, sin que ellos lo adviertan, suelo trasladar al papel algunos diálogos. Como los interlocutores no destinan sus charlas a la publicidad, la discreción me obliga a callar los nombres propios. La discreción, y el negocio de papá. Así, pues, voy a reproducir mis últimos apuntes, borrando cuidadosamente toda referencia de carácter personal. Este es uno de los diálogos que más me impresionaron:

—¿Ha leído usted la crítica de Fulano, en EL HOGAR*? ¡Es feroz! ¡Qué manera de meterse con el pobre Mengano!*

—Todas las críticas de Fulano son la misma cosa. Considera a nuestros autores desde el punto de vista de la estrella Sirio. Lo cual es un solemne disparate.

—Un solemnísimo disparate. Bien está que se juzgue con tamaña severidad en París, en Londres, en cualquier parte, en fin, donde ya hay una literatura formada y una larga tradición de arte. Pero aquí no se puede tener el mismo criterio.

—Naturalmente. Aquí el crítico, más que criticar, debe alentar a los autores. Descubrir lo bueno de cada cual, y tratar de los posibles defectos con la máxima tolerancia.

—Hay que tener en cuenta que éste es un país muy joven. Apenas si tenemos siglo y pico de vida independiente.

—Y no les vamos a exigir a nuestros literatos que así, de golpe y porrazo, nos den obras maestras. Todo debe ser relativo, y a nuestros escritores se les debe considerar de acuerdo con los años que tiene el país y el medio en que se desarrollan.



—Así es, en efecto. Tenemos el caso de Zutano. Zutano es "nuestro" primer novelista. Localizándolo y juzgándolo en relación a los otros novelistas nacionales, es una figura muy importante y muy digna de ser elogiada y alentada.

—Claro. No lo vamos a estar comparando con Anatole France, ni con D'Annunzio, ¡qué diablos! En esto, como en todo, debemos tener un criterio nacionalista.

—Puramente nacionalista. Es el único que debiera inspirar a nuestros críticos.

—Sí, pero no hay nada que hacer. Fulano es un envenenado.

No sigo copiando mis apuntes. La charla prosiguió, pero abundando los interlocutores en las mismas ideas, cuya esencia es la que dejo transcripta.

* * *

Y ahora, vuelvo a ocuparme de mi padre.

He dicho de él que es un excelente sastre, y lo afirmo, no porque me ciegue el amor filial, sino porque, en efecto, lo es. Y tan no me ciegan los estrechos vínculos que a él me unen que estoy dispuesta a reconocer públicamente sus defectos. ¡Oh, sí! Yo bien sé, como lo saben la mayor parte de sus clientes, que mi padre falla en los chalecos. Todo lo hace a las mil maravillas: los sacos, los pantalones, los sobretodos, los breeches, los fracs... Pero, en los chalecos, falla el pobre viejo. ¿Por qué? No sabría decirlo. Lo cierto es que unos le salen demasiado grandes, otros excesivamente chicos, y ninguno de tamaño natural. Es una fatalidad. Y él lo sabe, y es su desesperación. ¡Pobre mi padre querido! ¡Cuántos disgustos le han dado los benditos chalecos!

Al fin y al cabo, soy su hija. Y su dolor es el mío. Por eso sufro lo indecible cuando, inevitablemente, el cliente protesta. ¡Ah, entonces devoro mis lágrimas en silencio, y quisiera poder hacer cualquier cosa para evitarle al autor de mis días las humillaciones que sufre!

Como no podía menos de ocurrir, ayer se presentaron en la sastrería algunos de los caballeros que la semana anterior habían dialogado sobre las funciones de la crítica. Venían, ¡naturalmente!, a protestar por los chalecos.

Uno de estos señores estaba indignadísimo, furioso:

—Amigo Estévez—le dice a mi padre:—esto ya es el colmo. ¡No acierta usted un solo chaleco! Este, como el anterior, y como todos, me viene grande. ¡Usted hace los chalecos como si todos fueran para Gerchunoff!

—Pero, doctor...

—¡No hay doctor que valga! ¡Es una vergüenza! ¿Para qué toma usted medidas? ¿Para qué me lo prueba dos veces?

—Pero, doctor...

No pude contenerme. La aflicción de mi padre y los desplantes del cliente me hicieron vibrar de indignación. Brinqué de la *Caja*, me encaré con el doctor, y le solté cuatro frescas.

—¡Usted se aprovecha de mi padre porque mi padre no es literato como usted! ¡Esa es la cuestión!

El cliente se quedó sorprendido ante el inesperado ataque. Pero reaccionó en seguida, para contestarme en tono amable:

—No se sulfure usted señorita. Ni yo me quiero aprovechar de su padre, ni nada tiene que ver la literatura con este chaleco que me viene grande.

—¡Sí, tiene que ver! ¡Qué manera de meterse con mi pobre padre! Todas las críticas que le hace usted son la misma cosa. Considera usted a los chalecos desde el punto de vista de la estrella Sirio, lo cual es un solemne disparate. Bien está que se juzgue con tamaña severidad en París, en Londres, en cualquier parte, en fin, donde hay una sastrería formada y una larga tradición de sastres. Pero aquí no se puede tener el mismo criterio. Aquí el cliente, más que criticar, debe alentar a los sastres, descubrir lo bueno de cada traje, y tratar de los chalecos con la máxima tolerancia. Hay que tener en cuenta que este es un país muy joven. Apenas si tenemos siglo y pico de vida independiente. Y no les vamos a exigir a nuestros sastres que así, de golpe y porrazo, nos den chalecos maravillosos. Todo debe ser relativo, y a mi padre se le debe considerar de acuerdo con los años que tiene el país y el medio en que se desarrolla el viejo. No lo vamos a estar comparando con Monsieur Machin ni con Mister So-and-So, ¡qué diablos! En esto, como en todo, debemos tener un criterio puramente nacionalista. Es el único que debiera inspirar a nuestros clientes.

El doctor me miró de arriba abajo y, ya en la puerta, me dijo estas terribles palabras:

—Señorita, no hay nada que hacer. ¡Es usted una envenenada!

Y se fué para siempre jamás.

Chispazos de buen humor en nuestros viejos escritores solemnes

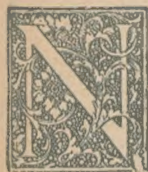
A través de las obras de Lucio Vicente López

Por

ENRIQUE D. LAMARCA


GRABADO EN MADERA POR BARCELÓ

Doctor Lucio Vicente López



NO hay duda... Nuestros viejos escritores — los de 1850 a 1900 — han sido escritores solemnes. Estuvo de moda en ellos el lenguaje sombrío... Hablaban en enormes períodos, con música religiosa de Gounod, sin "pizzicatos"... Despreciaban en sus libros las agudezas del ingenio, lo cual nos prueba su insinceridad, puesto que, si creemos a los cronistas, era notable el ingenio y el humorismo que aquellos prohombres gastaban en la rueda de amigos y en las mismas sesiones del Congreso. Su seriedad, su adustez literaria era, simplemente, una moda retórica. Diríase que hasta 1900 los escritores argentinos estaban enfermos de solemnidad. Los únicos que al hablar de cosas serias las volatilizaban con su buen humor, fueron Sarmiento y Wilde.

— ¡Locos!

La gente les llamaba locos porque no estaban al nivel del gusto nacional. En esos cincuenta años de organización, los hombres inteligentes necesitaban hacerse de prestigio ante los ojos populares. Y las muchedumbres siempre han creído en la honradez y en el talento de los declamadores, porque los demagogos están hechos a imagen y semejanza de las leyes...

Hemos dicho que en la seriedad de los escritores de 1850 a 1900 creemos ver una falta de franqueza, por cuanto se adivina que han tratado de borrar en sus escritos todo rasgo de humor, de alegría o de jovialidad que pudiera perjudicar su carrera política y los mismos destinos del país gobernado por ellos, sin pensar que lo *uno* no excluía lo otro.

"Le gouvernement de France était une monarchie absolue, tempérée par des chansons", dice Chamfort en una de sus máximas.

Sin embargo, muchos de esos escritores considerados como literariamente tristes, no han podido ocultar del todo, en los pliegues del hábito adusto, los arranques espontáneos de una sonrisa, de una risa o de una carcajada. Uno de tales es el doctor Lucio V. López, talento sutil, escritor brillante y jurista sabio, cuya vida preciosa se malogró en una pelea caballeresca. Murió el 29 de diciembre de 1894, en el terreno del honor, llamado así, sin duda, porque el país perdió en ese terreno el honor de continuar recibiendo las enseñanzas de tan noble maestro.

VICHY

AL hablar de Vichy, el doctor López escribe:

"¡Vichy nos tiene hartos de salud y de amor platónico! Los médicos, que se ríen del agua de Lourdes, han inventado a Vichy, donde el laboratorio químico de la tierra hace la competencia a los desgraciados boticarios. En Vichy me convenzo de que Eduardo Wilde es un gran médico. Él me dijo un día:

"— Los pueblos de baños deben exclusivamente su fama a una confabulación de los médicos sin clientela con los especuladores desgraciados de terrenos.

"¡Ni Cervantes ni Molière han dicho una verdad tan grande! Pero a Wilde le ha faltado completar el cuadro y decir por qué se perpetúa la confabulación. Se perpetúa porque los pueblos de baños tienen atractivos de mayor interés que la pretendida mala salud de sus visitantes. Son el *rendez-vous* de un amorcito culpable o un pretexto para matar el aburrimiento exponiendo a una carta cien mil francos..." (*Ascensión al Monte Blanco.*)

IDIOMA NIPÓN

SE trataba de subir al Monte Blanco en la mañana siguiente, y el proyecto se discutía de la manera más formal. Los expedicionarios eran los ingleses míster Theobald Gostwyck y Mrs. Ida Gostwyck, su señora; un ruso, el conde Birbichkoff; un italiano, el signor Giacomo Dellepiani; un distinguido naturalista francés, M. Ricamord, y un japonés, cuyo nombre puedo estornudar pero no escribir, porque nuestro abecedario es de una pobreza menesterosa para escribir el dulce idioma nipón..." (*Idem.*)

EL LENGUAJE DE LOS DIPUTADOS Y DE LOS PERIODISTAS

EN 1880 Lucio V. López asiste a una sesión de la Cámara de los Comunes, en Inglaterra. El lenguaje irónico del primer parlamentario liberal, míster Bradlaugh lo estremece de indignación. Pero cuando llega a Francia y lee las polémicas periodísticas entre Girardin y Rochefort, su indignación crece de punto.

"Agotado el viejo *esprit gaulois* — dice López, — ambos periodistas se descargan sin tregua todas las insolencias del diccionario y algunas que no están todavía registradas. ¡Inmundicias contra inmundicias! Girardin escupe sobre Rochefort y Rochefort sobre Girardin.

Luego, López agrega esta observación que nos parece de actualidad en nuestro Parlamento:

"Nada más curioso y típico que esas reyertas de cocheros que se atropellan en las callejuelas angostas. Todos los términos vulgares son pocos para insultarse entre ellos, mientras se agota la paciencia del desgraciado que ocupa el carruaje." (*La Prensa Feroz.*)

EL CEMENTERIO DE GÉNOVA

EL famoso cementerio de Génova le sugiere pensamientos alegres:

"Génova presume con su cementerio. Entre cierta gente pasa por el más notable de Europa... Yo le llamaría *Marmolería*. Es un muestrario de maniquíes de mármol, de viudas vestidas según las modas usadas de veinte años a esta parte, las unas con gorras, las otras descubiertas, pero coquetamente peinadas desde la época del *bandeau* y de la *banana* hasta la de los bucles; de los tiempos de los *rulos* hasta el de los *crêpes* y del *flequillo*. No les falta ningún elemento del traje y sus accesorios; el abanico, los guantes, los aros. Algunas veces las doloridas se presentan acompañadas de sus hijas e hijos, en tamaño natural, todas en figuras de mármol, vestidos por los sastres y las modistas, y calzados por el zapatero de moda. La viuda lleva crinolina y talle corto; el escultor la ha hecho idéntica, pero la moda ha pasado. El viudo lleva el cuello de la camisa que se usaba hace diez años y un *jaquet* de anchas solapas. Entretanto, los propios muertos se asoman de sus tumbas vestidos de acuerdo con las modas del tiempo de sus pestes. Aquello es una caricatura. La muerte impone respeto, pero la risa nos asoma a los labios... Salí desencantado de aquella feria de "marmolería", en que con motivo de cada sepulcro podría repetírsele al escultor las palabras de Miguel Ángel a su rival Ammanati:

"— *¡Qué hermoso trozo de mármol has arruinado con tu monumento!*" (*¡Italia!*)

OPINIONES DIVERSAS

ES más fácil encontrar un inglés que beba grosella, que un inglés que mienta... cuando trata con caballeros." (*En el mar.*)

"Me dicen que es inútil hacer preguntas a los ingleses de Londres, porque no contestan... ¡Consejo malo y egoísta de los que van a Londres sin saber hablar en inglés!" (*Cuadros Parlamentarios.*)

"¡Gladstone!... ¡El grande y solemne y sublime Gladstone! Me informan que no puede mirar fuegos artificiales sin que salte y agregue sus gritos de asombro a los de la muchedumbre." (*Idem.*)

"Roberto Peel, el más hábil ministro de su tiempo, era también el hombre de mayor elegancia. Cuando se presentaba en los salones aristocráticos o en la corte, la envidia rompía sus dientes contra sus trajes." (*Idem.*)

"Verona no existía antes de Shakespeare... Escocia era una tierra desconocida para los propios escoceses, hasta que Walter Scott escribió sus novelas." (*Lammermoor's land.*)

"Hay reyes que pasan inadvertidos y no piensan. Esos son los mejores." (*El militarismo en Alemania.*)

"Estoy en Hamburgo y hablo de arte. ¡Qué anomalía! Tanto valdría hablar de arte en Cardiff, dentro de una mina de carbón..." (*De paso por Alemania.*)

"Los libros de Emilio Zola no serán nunca indispensables. La Francia hubiera progresado mucho más de lo que progresa si esos libros no se hubieran escrito." (*Crónica Parisiense.*)

RUINAS HISTÓRICAS DE GALICIA

AL llegar a Vigo, el doctor López hace con varios amigos una ascensión para visitar el Castro o Fortaleza.

"*¡Atrás!* — escribe — me gritó un centinela.

"Con la sonrisa más amable hicimos presente al centinela que éramos extranjeros y queríamos visitar las ruinas de la fortaleza.

"—¿Ruinas? ¡Vayan ustedes con Dios! No hay en toda Europa baluarte más fuerte que éste. ¡A ver, que vengan a tomarlo los franceses!

"Habíamos cometido una barbaridad: hicimos presente al centinela que queríamos ver al oficial encargado de la *Fortaleza.*

"—Diga usted ¡el gobernador!

"—Eso es... ¡El gobernador!

"—Está en cama.

"—Quisiéramos enviarle nuestras tarjetas pidiéndole permiso para visitar el Fuerte.

"—¿Y con quién pretenden ustedes mandarle el recado?

"—Con algún soldado, con...

(Continúa en la pág. 78)




Alberto Ghiraldo
FOTO R. M.

Poetas que tienen vergüenza de haber sido poetas

Por ATALIVA RUIZ PALAZUELOS


FOTO CHANDLER-ZURETTI
Vicente Martínez Cuitiño

EL poeta — ha dicho un despachante de aduana — muere a los treinta años..." Todo poeta—hombre o mujer—que sigue haciendo versos después de los treinta años, *sigue haciendo versos, pero no poesía.* El poeta que canta siempre en nombre de sus desengaños, deja de ser poeta tan pronto como el primer desengaño auténtico le rompe las narices contra la realidad. De lo cual se deduce que la poesía es más sincera cuando menos contacto tiene con la vida. Un poeta verdadero es, por tanto, un inconsciente.

Existen también los poetas que se avergüenzan de haberlo sido. Actuaron, en su hora, ruidosamente. Se creyeron dueños de toda la poesía. Echaron sus versos a los cuatro muros de su habitación. Se coronaron ellos mismos de laurel — como el pobre Lugones, — y se perdieron en el silencio que ellos mismos ahumaron en torno de sus nombres.

— *Usted ha hecho versos, ¿verdad?*

— *Pavaditas de la juventud. Sarampión...*

Otros niegan rotundamente haberlos hecho, sobre todo cuando aspiran a posiciones políticas, en las que todo candor equivale a un delito.

Sería trabajoso componer una lista de los poetas rioplatenses que al comenzar el siglo hicieron versos de los que ahora se arrepienten. ¡Son tantos!...

ANGEL FALCO

HA desaparecido como por taumaturgia. El gobierno uruguayo lo nombró cónsul en Nápoles, y desde entonces ahorcó a sus musas con su propio cabello. Usaba una larga melena que una condesa napolitana le obligó a cortarse. Sus trajes y sus cuellos, trágicamente negros, se hicieron famosos en la calle Florida. En la única carta que Falco escribió a Buenos Aires, dice lo siguiente:

— *Nápoles es muy hermosa. Pero, es muy sucia. Figúrate qué indecencia: son raras las casas donde hay cuarto de baño.*

Bastarán estas líneas para descubrir que nuestro gran poeta Falco ha sufrido una transformación desesperante. ¡Y qué prestigio tenía! Caballero en las cuestiones de honor, se batió con Gómez Carrillo, sin ningún deseo de matarlo.

En el libro "La juventud intelectual de América", Alejandro Sux decía, hace diez y seis años: "Angel Falco es joven. Contará, quizá, veinticinco años, y ha conseguido ya ser cantado por muchos de sus compatriotas, que, con justicia, *ven en él al futuro más grande poeta de su tierra.*"

Sus libros principales son "Cantos Rojos" y "Vida que Canta". He aquí uno de sus sonetos de hace veinte años:

¡Fuerza es luchar! Palestra es el combate,
Donde el alma del fuerte se agiganta
Donde la fiebre del esfuerzo, late,
Y, en peana triunfal, la Vida canta.
Quien ante el dolo su pendón no abate,
Marcha a la cumbre con segura planta,
Pues si cae en la lid al rudo embate,
Más grande, como Anteo, se levanta.
Tal de la Vida es la perpetua guerra,
Que hasta esa madre pródiga, la Tierra,
Leyes tiene, despóticas y extrañas;
¡Pues para dar sus frutos, con ser madre,
Es preciso que el hombre la taladre
Hundiéndole el arado en las entrañas!...

ALBERTO GHIRALDO

ERA el poeta anarquista. Bondadoso y simpático, era incapaz de matar una mosca. Sin embargo, cada vez que estallaba en Buenos Aires una bomba anarquista, la policía detenía a Ghiraldo por creerlo cómplice del atentado. Es conocida la anécdota de Ghiraldo con González Pacheco. Iban en un automóvil, y, de repente, estalla el neumático.

— Ahora me llevarán preso — exclamó Ghiraldo, tranquilamente.

Los versos de Ghiraldo eran hermosos y vibrantes. Actualmente, escribe sólo en prosa. Vive, desde hace muchos años, en Madrid, codeándose con anarquistas y con aristócratas. Como síntesis de su temperamento poético, bastará reproducir de su libro "Música Prohibida", su

CLARÍN

Conmigo los hambrientos y los tristes,
conmigo los malditos y desnudos,
conmigo madres locas porque vieron
padecer a sus hijos infortunio,
conmigo niños pálidos y enclenques
cuya sangre absorbieron los ventrudos,
conmigo la canalla macilenta
que ruge en las cavernas del suburbio
conmigo mesalinas y ladrones,
conmigo los leprosos y los sucios,
conmigo los que lloran y se arrastran....
¡todos los alejados del mendrugo!,
los que cruzan ciudades y llanuras,
de rabia devorándose los puños,
amontonando hiel para las nuevas
generaciones de hombres cejijuntos!

VICENTE MARTÍNEZ CUITIÑO

POCA gente sabe que Vicente Martínez Cuitiño ha sido poeta y un poeta de los buenos. Se enterró a sí mismo bajo su fama de autor dramático. Su primero y único libro fué "Rapsodias paganas", que cayó en Buenos Aires silenciosamente. "Los diarios — dice un cronista — no hicieron más que dar una nota de Registro Civil: acaba de aparecer un tomo de poesías de don Vicente Martínez." (Ni Cuitiño siquiera...)

Para estudiar la personalidad literaria de Martínez Cuitiño habrá que recurrir al análisis de "Rapsodias paganas". Allí está el origen de todas sus rebeldías.

He aquí algunos fragmentos del citado libro primerizo:

¡Trovador que has pulsado la lira
con dolor y congoja en el alma,
bardo airado que pisas la cumbre
mostrando a los hombres tu estrella nefaria,
trovador que has sufrido del vulgo
la brutal y la vil mojiganga:
nunca muestres tu espíritu amable,
maniobra lo poco que tengas de garra!

....

¡Desarrolla tu crudo sarcasmo,
cual crepita rabiosa la fragua,
no desoigas la voz egoísta,
remueve tus penas y anima tus ansias,
y cual fiera inflexible y hambrienta
que destroza su presa con saña,
cada vez que tropieces con necios
bautiza sus rangos con la bofetada!

....

¿Por qué truecas tu amor a lo grande
por el raro pudor de la lástima?
¿Por qué asciendes a tantos calvarios
llevando en tus hombros tan misera carga?
¿Y perdonas al bajo gusano
y no pisas las sierpes aciagas,
y no vas al Tabor con un mundo
de altivas ideas y olímpicas hachas?

....

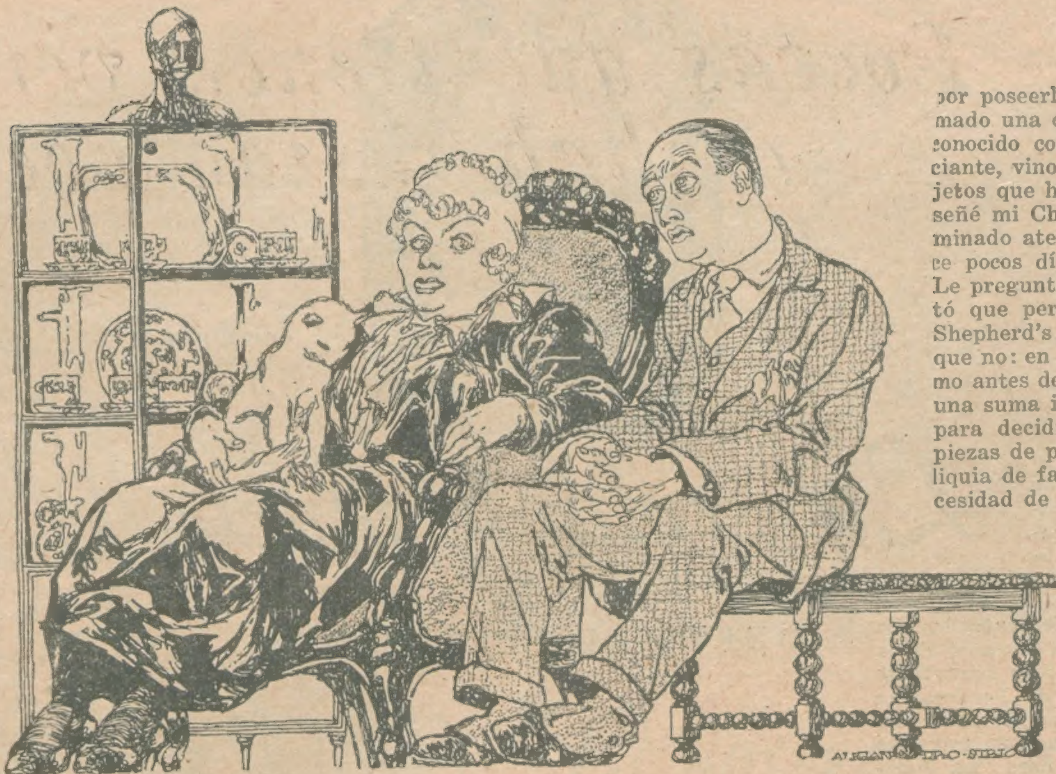
¡Colosal ventisquero siniestro,
huracán pregonero de rabias,
tempestad de las agrias envidias,
simún implacable de iras humanas:
conflagrad vuestra furia enconosa,
descargad injusticias insanas,
que aquí está el trovador, el poeta,
sin vicios, ni humores, ni pestes, ni manchas!

(Continúa en la pág. 70)


FOTO R. N.
Horacio Quiroga


FOTO WITCOMB
Jorge Mitre


FOTO CASADA
Nicolás Coronado



El secreto de la vitrina

Por

HUGO CONWAY

Ilustración de Sirio





ONOCÍ al señor Roberto Headly en el local de un remate público. Soy un ocioso, que disponiendo de mucho tiempo y de cuando en cuando de una que otra esterlina de más, ha concebido poco a poco la pasión por las antigüedades.

Buscarlas es una ocupación que me sirve para matar el tiempo y para acumular, en forma de porcelanas antiguas, etcétera, algunos ahorros que, en otro caso, serían gastados en objetos igualmente inútiles, pero menos valiosos.

Headly y yo nos contábamos entre los asistentes más asiduos al encanto de los remates públicos, y como durante la temporada en que se realizan las ventas nos veíamos casi a diario, pronto nuestra afición común nos condujo a trabar relaciones.

Headly era un hombre simpático, de unos treinta y ocho años, alto y de aspecto distinguido; se comprendía inmediatamente que debía haber estudiado a fondo la cerámica. Rectificó mis ideas en algunas cuestiones de poca importancia, y dos veces, sus consejos me evitaron que adquiriera objetos falsificados. Y lo que más satisface a un verdadero coleccionista es mostrar sus tesoros a otra persona capaz de comprender y admirar su belleza, Headley no tardó en invitarme a visitar su casa con tal objeto.

—Venga pronto — me recomendó; — así tendremos tiempo de ver todo a la luz del día. Después, cenará conmigo.

La casa de Headley daba a una plaza tranquila, en la parte más limpia y cuidada, si no la más elegante de Londres. Mi huésped manifestó al verme gran contento y vivo deseo de mostrarme en seguida sus tesoros. Pertenecía, sin duda, a la especie bien conocida de los "coleccionistas entusiastas", en los cuales la pasión de recoger objetos raros se convierte casi en una manía. Confieso que su colección le daba derecho a manifestarse orgulloso. Fatigaría al lector, que no conoce las características tan delicadas y sutiles del corazón del coleccionista, si describiera detalladamente sus porcelanas antiguas de Dresde, de Sèvres, de Wedgwood, de Bentley, sus Nankin de color rosado, sus arabescos blancos y azules, etc. La envidia no fué, en mí, menor que la admiración.

Los objetos estaban dispuestos con mucho gusto, en pequeños armarios de puertas de vidrio, hechos expresamente, y entre las rarezas más hermosas, la que más me llamó la atención fué un soberbio juego de te de Chelsea. Se hallaba en el medio de una vitrina, rodeado por artículos de valor menor que parecían rendir homenaje a su superioridad. Aun sin tener en cuenta el elegante contorno blanco y azul, la red dorada, y el decorado artístico, su perfecto estado de conservación hacía precioso ese servicio de te.

Headley pareció satisfecho de la admiración que no pude menos que expresar vivamente, y sonriendo dijo:

—A usted, que es un coleccionista, no le causará asombro saber que a fin de completar este juego estuve a punto de sacrificar mi felicidad.

Me eché a reír, creyendo que bromeaba, y repuse:

—No creo que se llegue a tal extremo, pero estoy seguro de que si este juego fuera mío, me sentiría muy feliz.

—Eso ya se sabe. ¡Vea cómo está pintado, observe la forma, el dorado, el color! ¡Qué suavidad! — agregó, sacando la tetera de su nido de terciopelo y acariciándola con sus largos dedos blancos. — Aun en la obscuridad, yo y usted adivinaríamos, por la tersura de la superficie, que se trata de un Chelsea.

—¿Dónde lo consiguió?

—Tenía, primero, la tetera, el azucarero y cuatro tazas, con sus respectivos platillos. Habían pertenecido a mi madre. Como le dije, estuve a punto de pagar demasiado caro por lo que me faltaba. Si le interesa la historia, se la contaré minuciosamente después de cenar.

Pasamos agradablemente, entre las porcelanas antiguas, el resto de aquella tarde de verano, y a las siete fuimos invitados a pasar al comedor.

Fuí presentado a la señora de Headley, encantadora mujercita de unos veintiocho años. Me acogió con amable cordialidad, y la cena transcurrió en la mayor alegría. Nos sirvieron con platos orientales antiguos; los cubiertos eran de aquellos muy buscados del período de la reina Ana, y las copas y los botellones del vidrio de Venecia más raro. Headley tenía, sin duda, gustos refinados y costosos y, según me pareció, también medios abundantísimos para satisfacerlos.

Terminada la cena, la señora de Headley se dispuso a retirarse, y antes de hacerlo, nos recomendó que no nos entretuviéramos demasiado con las botellas de vino, porque no le agradaba permanecer sola largo rato.

—Su marido me ha prometido contarme la historia del juego de Chelsea — le dije, — pero en vista de las circunstancias, le rogaré que me la refiera lo más brevemente posible.

—Si se la cuenta, señor Burke — repuso riendo la joven esposa, — no se lo perdonaré jamás, ni tendré valor para mirarle a usted en la cara.

—Pero, querida — observó Headly, — el señor Burke es también coleccionista, y, por consiguiente, capaz de comprender mis debilidades. No la refiriría a quien no supiese apreciar mis sentimientos, pero somos espíritus fraternales, entre los cuales existe simpatía.



Después de haber cerrado la puerta tras la graciosa persona de la señora, colmé de Lafitte, hasta el borde, mi hermosa copa de tonos delicados y esperé, con cierta curiosidad, el relato prometido. Headly comenzó:

—Se dará usted cuenta de que ahora parece una broma y yo mismo río de ella, pero cuando sucedió lo que voy a referirle, fué realmente, un asunto serio. Las piezas del juego de Chelsea que poseía al principio pertenecían a mi madre, y ella las había heredado de su padre. Y desde mi abuelo atrás, su historia se perdía en las tinieblas del pasado. Cuando empezó a invadirme la manía de las colecciones, el juego fué el núcleo de ellas; todos lo admiraban y me envidiaban por poseerlo. Un día, cuando yo ya había formado una colección discreta, y empezaba a ser conocido como comprador, Wharton, el comerciante, vino a casa para mostrarme algunos objetos que había pescado en la campaña. Le enseñé mi Chelsea, y él, después de haberlo examinado atentamente, dijo: "— Es extraño: hace pocos días he visto el resto de este juego." Le pregunté dónde lo había visto, y me contestó que pertenecía a una señora que vivía en Shepherd's Bush. ¿Estaba en venta? Por cierto que no: en otro caso lo habría comprado él mismo antes de decírmelo; en efecto, había ofrecido una suma importante, pero nada había bastado para decidir a la señora a deshacerse de las piezas de porcelana. Era, como la mía, una reliquia de familia, y como su dueña no tenía necesidad de dinero, no había, al parecer, probabilidad alguna de persuadirla a que la vendiese. Se llamaba la señorita, Crofton, y su dirección era: College Road, Shepherd's Bush, número 142.

"Estoy seguro, mi estimado Burke, que me compadecerá cuando le diga que una vez descubierta la existencia de aquel juego estupendo, comprendí que mientras no lo poseyera, la vida me sería insoportable. Resolví, pues, hacer cualquier sacrificio por obtenerlo.

"Ante todo, era preciso que viera la porcelana para adquirir el convencimiento de que Wharton no se había engañado.

Así fué, pues, cómo al día siguiente fuí a visitar a la señorita Crofton. Era una dama de unos cincuenta años, cortés y simpática, con un aspecto de solterona y de situación económica muy cómoda. Siempre he creído que entre las personas que en algún modo tienen algo que ver con las porcelanas antiguas existe una especie de parentesco, y, en efecto, en cuanto expuse a la señorita Crofton el objeto de mi visita, ella, rehusándose a escuchar mis disculpas, me condujo inmediatamente hasta la vitrina que guardaba el tesoro. Wharton me había dicho la verdad, nada más que la verdad. Yo poseía la tetera, cuatro tazas con sus correspondientes platillos y el azucarero. La señorita Crofton era la dueña afortunada de la jarra de leche, de ocho tazas y otros tantos platillos, y dos platos grandes. Cuando, aturdido, contemplé la parte que ella poseía de aquel juego soberbio, me pareció que se me imponía el deber sagrado de reunir aquella familia de cerámica por tanto tiempo separada, y comprendí que en adelante no hallaría felicidad si no la reunía, y si el juego no pasaba a ser mío.

"La señorita Crofton y yo no tardamos en convertirnos en amigos, especialmente cuando, después de haber encontrado algunas cartas y hallada la genealogía del Chelsea, llegamos a la conclusión de que en otra época debió existir un parentesco estrecho entre la familia de mi madre y la de su padre. Establecido este hecho, con gran satisfacción nuestra, me aventuré a insinuar con toda la delicadeza posible, mi deseo de poseer la porcelana; y como simulara no darse cuenta de mis alusiones, me vi obligado al fin a preguntarle, sin ambages, si quería vendérmela al precio que ella misma se sirviera fijar. La buena señora fué, como me lo había predicho Wharton, obstinada en su negativa, y yo permanecí sentado allí, cerca de una hora, con los codiciados objetos en las manos, a los que veía tan remotos de mí, como las puertas del paraíso.

"Naturalmente, no perdí toda esperanza. Es preciso maniobrar, pensé. Los obtendré con el tiempo y por medios buenos... o malos. Ganaré su afecto, trataré de obligarla con alguna atención; tal vez llegue la ocasión de prestarle un gran servicio y la gratitud le aconsejará satisfacer mi deseo. Aquel día ya no podía hacer más, de modo que, despidiéndome con mucha efusión, de mi nueva parienta, como la llamaba con deliberada amabilidad, le pedí permiso para volver a visitarla.

"— Tendré mucho placer en volverle a ver cuando usted quiera — repuso la dama, — pero le ruego que no se vuelva a hablar de la porcelana.

(Continúa en la pág. 65.)



G. Jean Aubry
FOTO SUVÁ

La semana musical

Por
BERNARDO IRIBERRI



SE encuentra entre nosotros el señor G. Jean Aubry, musicógrafo de nota, que viene contratado por la Sociedad Diapasón para dar un número de conferencias en sus salones de la calle Tucumán.

El nombre de Jean Aubry es familiar entre los que siguen el movimiento musical actual. Director de la revista "The Chesterian", órgano de la importante casa editora J. y W. Chester Ltd., de Londres, ha sabido rodearse de un grupo de colaboradores importantes, dando a la publicación nombrada un prestigio encomiable y una gran difusión. Su obra "La Musique et les Nations" alcanzó entre nosotros un éxito legítimo por el espíritu independiente con que están tratadas en ella las personalidades musicales que más gozan de los favores del público en la actualidad. Además de dirigir la revista citada, ha publicado artículos de crítica musical en las mejores revistas europeas y americanas especializadas. No ha concretado a ello sus actividades, sino que ha podido recorrer los principales centros musicales del viejo mundo, dando conferencias que le han valido un renombre extraordinario.

Contratada por la misma sociedad ha llegado también la célebre cantante Jane Bathori, cuyas dotes de intérprete exquisita son bien conocidas por los que han podido escucharla en el Viejo Mundo. En el distinguido centro donde va a actuar ha de poder desarrollar sus aptitudes, y estamos seguros que sus conciertos serán lecciones de arte y de buen gusto, que aprovecharán los numerosos aficionados que a él concurran.

LA Sociedad Cultural de Conciertos sigue dando sus audiciones en el salón que la Liga de Damas Católicas tiene en la calle Montevideo. El que se celebró el día 7 estuvo a cargo de la señora Amelia Cocq de Weingand, una de nuestras pianistas más completas.

Recientemente hizo oír esta artista en las principales salas europeas algunas de las mejores composiciones de los músicos argentinos, siendo elogiada por las autorizadas plumas de Louis Wuillemin, Colestan, Pierre de Novac y Philipp, quienes en interesantes artículos ponen de relieve las espléndidas dotes de la concertista, extendiendo sus juicios elogiosos a las obras de nuestros autores, particularmente a la sonata de Ricardo Rodríguez, cuyo scherzo ha sido ejecutado con éxito por otros grandes concertistas; a la sonatina de José André, obra de una construcción interesante como forma y como inspiración; y a la suite de Floro Ugarte: "De mi Tierra", de sabor nacional encantador.

Es muy común entre nosotros el caso de artistas que, como ésta, son casi desconocidos en su faz de virtuosos. Dedicados a la enseñanza, solamente pueden intervenir en conciertos de sociedades particulares, en los que tienen a su cargo alguno que otro número, ya sea como solistas o como acompañantes de otros instrumentistas.

Pocos artistas de los que nos visitan tienen tan brillantes condiciones para triunfar como la señora Cocq, que, a un mecanismo puro y limpio, une una rara musicalidad. Su escuela es distinguida y elegante, y su manera de expresar, noble y correcta. Se adivina en ella un temperamento romántico y soñador oyéndole la sonata op. 22 de Schumann, o un absoluto dominio del piano interpretando las obras de Philipp y Debussy. Ofreció dos novedades, cuyo mérito es relativo: "Una Vieja Iglesia", de Turina, de buena factura pero fría, y "Arrieros camino de Sevilla", del joven compositor español Manuel Infante, graciosa y bien escrita, pero un tanto convencional.

Es necesario que esta artista no permanezca como hasta ahora retirada de esta clase de actividades; por el contrario, debe dejarse oír con más frecuencia.



EL señor Carlos Rodríguez, cantante de condiciones muy simpáticas y atrayentes, hizo escuchar a los socios de "Diapasón" un programa interesantísimo. Solamente un artista que tenga tan abundantes recursos puede triunfar en obras de carácter tan distinto como las que interpretó en el concierto del miércoles. Su voz agradable y bien timbrada es usada por el artista con la mayor discreción, no buscando en ningún momento el aplauso a costa de concesiones de mal gusto.

SI en el cuarto concierto de la Asociación del Profesorado Orquestal se silbó tímidamente la obra de Arthur Honegger: "Concertino", en el quinto las protestas arreciaron en forma que no estamos acostumbrados a oír.

En nuestra crónica anterior dijimos que esas protestas significan que nuestro público tiene conciencia y sabe rechazar aquellas obras que no alcanzan a herir su sensibilidad. No se trata ahora de averiguar si la obra es buena o mala: solamente queremos defender un derecho que creemos adquiere quien compra una localidad, sea cualquiera su precio.

Si se siguiera esta práctica, los directores cuidarían más su repertorio, tanto en el teatro como en el concierto, y los autores, ante la perspectiva de un fracaso, medirían su capacidad y no darían a la escena los esperpentos que se suelen presentar; al menos que, faltos de sentido común, creyeran que esos esperpentos eran felices lucubraciones de su capacidad de semigenios.

En la música, más que en cualquier otro género de arte, se abusa del público, dándole a conocer continuamente obras que tienen la vida efímera de un suspiro, y es natural que él mismo se ponga en guardia cada vez que le hacen escuchar algo que su inteligencia no llega a comprender o que su oído no puede admitir.

No se trata aquí de dar la razón a los autores de la protesta en lo que a este caso particular se refiere, pues conceptuamos que en "Concertino" hay ciertas bellezas que, si bien no pueden ser apreciadas en una primera audición, aparecen claras a medida que la obra se escucha. Hay en él alegría, cierta inspiración y gracia, y tiene efectos orquestales dignos del autor de "Pacific". Si en el allegro final hay diseños, como los del trombón, que chocan y mueven a risa, en cambio en el primer tiempo hay giros interesantes y agradables combinaciones de sonidos.

Entre las novedades ofrecidas en este concierto figuraban la suite que Henry Rabaud compuso con trozos de algunos autores ingleses del siglo XVI. En todas ellas se advierte la maestría del orquestador hábil. Ha modernizado las cuatro obras de William Byrd, John Bull y Giles Tarbany, conservando la fuerza, la serenidad y la majestuosa distinción de las mismas. El público las recibió con escaso entusiasmo.

De Sergio Prokofieff se ejecutaron cuatro fragmentos de su ópera "El amor de las tres naranjas". Se esperó posiblemente una obra de más enjundia, pues se sabe cuánta sensación ha hecho este joven compositor ruso con obras como sus "Visiones fugitivas" y sus "Sarcasmos", de una concepción completamente atrevida y original, y no se aplaudió con el calor que era de esperar.

Prokofieff, en su corta carrera, ha producido mucho. Su música es, como su persona, inquieta, desasosegada, de una fuerza que subyuga. Más que gracia y poesía se advierte en ella arrebato, impetuosidad, a veces exaltación. Sus conciertos 2º y 3º para piano y orquesta son obras importantes, que han de llegar a oírse algún día entre nosotros, y que han de producir, a buen seguro, o un gran entusiasmo, o una violenta protesta.

Como un homenaje a la memoria de Ernesto Drangosch, la orquesta ejecutó, fuera de programa, su "Obertura criolla", obra suficientemente conocida.

Nada más justo que ese homenaje como recuerdo de lo mucho que hizo por la orquesta en sus comienzos el maestro desaparecido.

No hemos visto anunciada para este año obra alguna de Manuel de Falla, y nos extraña, pues cuando hace dos años se estrenó el arreglo del Tricornio tuvo una acogida tan favorable por parte de nuestro público, que concebimos la esperanza de volver a gustarla en las siguientes temporadas.



FOTO H. N.

Jane Bathori

El antiguo Flores se va...

Las últimas quintas

Por MARIO TAMARIT



SE va el viejo pueblito de los veraneos. Hace treinta años era el lugar de cita de las familias en los meses bochornosos del año. Ya formaba un barrio de la capital, pero seguía teniendo, sin embargo, cierta atmósfera de recogida placidez.



El palacio de Muraturre, en la calle Directorio y Lautaro, con su rotonda del frente y un detalle versallesco de su lindo jardín



La casa de Aguirre, Bogotá y Condarco, perdió su mirador de vidrios multicolores, pero conserva los ligustros de la vereda

Yo lo conocí con sus calles sin adoquinar, sus cercos de mosquetas bajo la fronda espesa de las arboledas. Lo conocí con sus montes de frutales, que defendían previsores muros de pitas, y sus amplias casas patriarcales de complicadas ventanas, adonde se asomaban las niñas de ojos negros y rostro pálido, con un ramo de diamelas prendido en el pecho...

¿Y las noches de "música en la plaza"? ¿Y las cabalgatas por sus largas calles silenciosas?

Recién comenzaban a dividirse las grandes manzanas. Algunas casitas nuevas alternaban con su edificios de amplias líneas hospitalarias, de azoteas orientales y árboles coposos. Alrededor de la plaza, cerca de la iglesia, se apiñaba el poco agitado barrio comercial, reducido a dos tiendas, dos boticas, algunos almacenes y la indispensable barbería, donde se cortaba el pelo "a la moda". ¡Ah!, y la confitería...

Ir a las tiendas, solía ser de tarde y de noche, algo más que un paseo y algo menos que una tertulia. El tendero, más bien que un comerciante, era un caballero que vendía géneros. Atildado, pulcro, atendía a las niñas y daba conversación a las señoras.

He conocido al barrio de Flores con su polvorienta calle "Real", que en invierno se convertía en un chocolate de barro. Por allí trotaban los lecheros, vascos, con sus cargueros de tarros, canturreando, de fonda en fonda, algún zortzico soñoliento. Por allí marchaba, aquí caigo, aquí levanto, el pequeño tranvía de aborrascado conductor, entre chasquidos de látigo y gorgoritos de corneta.

A veces, algún pequeño alboroto político ponía inquietud en el barrio, y olorcillo de pólvora en el aire. Las lechuzas de la iglesia huían despavoridas. Se cerraban las puertas... Pero, no era para alarmarse: en quince años sólo ocurrió una vez.

Las señoras solían pasear hasta las quintas aledañas, con dos o tres mulatas, portadoras de las vituallas y avíos de merendar. Allí, bajo los sauzales, entre risas y bromas inocentes, se charlaba de todo esparciendo el espíritu. Y se merendaba sobre la hierba fresca.

¿Y los carnavales a jarro limpio? Después de la lucha, las niñas obsequiaban con ramitos de diosma y jazmín a los pollos mojados.

¡Flores!...

Yo lo conocí con su alma sencilla y perfumada. En él di mis primeros pasos, aprendí mis primeras letras... Aun ahora, cuando recorro sus calles tan remozadas de bellas casas, tan ruidosas, de tráfico y progreso, a ratos, algún árbol viejísimo, alguna reja herrumbrada, algún zaguán silencioso, me responden al corazón con un eco que viene de lejos.

El viejo Flores se va, como mañana, también, nos iremos nosotros...



El palacio de Quintana y sus jardines, Bolivia y Bacacay, ocupan toda la manzana, entre un verdadero bosque de follaje



Una de las más viejas casas de Flores es, sin duda, la de Marcó del Pont. Está junto a la estación del ferrocarril, y se halla hace muchos años desocupada



Un rincón de la Picciola, la quinta de los Estrada, de la calle Carabobo, donde nació Angel Estrada (hijo)

FOTOS PADILLA

El arte de realizar elegancias económicas

El bolero es un admirable recurso para variar las toilettes

Por MIGNON



LA distinción no está en relación directa con la multiplicidad de las toilettes; no son los guardarropas suntuosamente provistos los que subrayan el chic de una mujer elegante, ni son las fortunas que pasan a manos de los modistos las que dan prestigios en el arte del bien vestir. Esta sección ha sido creada para demostrarlo, no sólo en la teoría, sino también en la práctica. Y a ello vamos hoy, como ya lo hemos hecho anteriormente, con el beneplácito de nuestras gentiles lectoras.

Hoy le toca el turno a los boleros, que constituyen un admirable recurso para variar con ventaja el aspecto de una toilette. Tanto es así, que un solo vestido puede adquirir las más diversas apariencias, recorriendo, en virtud de los boleros, toda la escala de las elegancias: desde la más sencilla a la más suntuosa de soirée.

¿Quién diría, al examinar los cinco modelos que ilustran esta crónica, que se trata de un solo vestido? Sin embargo, es así; habiendo sido variado gracias al recurso de los boleros.



El modelo inicial, que es el que figura en último término, es de crêpe georgette color bois de rose. Su elegancia está realzada por un moño de taffetas del mismo tono.

Cuando nos cansemos de él, con sólo agregarle un bolero de encaje dorado obtendremos el precioso vestido que está a su derecha.

La misma idea puede desarrollarse agregándosele un bolero de tela estampada.

Si deseamos un bonito trajecito de visita, basta, para obtenerlo, el agregar a nuestro modelo inicial un bolero de terciopelo del mismo tono.

Su corbatita hará pendant con el moño de la cintura. Y en esa forma se habrá variado totalmente el aspecto del vestido.

Si se desea que la toilette sea de más vestir, un bolero de lamé lo satisfará ampliamente.

El traje se completa con un gran moño de tul ilusión y una écharpe del mismo tul y del mismo tono.

En el caso de ser el preferido, puede renunciarse a ese moño, dejando subsistente el de taffetas.

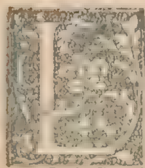
Y si aun lo queremos de más vestir, si queremos que nuestro modelito adquiera toda la apariencia de un traje de gran soirée, se le agrega un bolero de lentejuelas y perlas de vivos colores.

Ya ven, pues, nuestras lectoras, cuán fácil es variar el aspecto de un vestido y cuánta razón teníamos al afirmar que no eran imprescindibles grandes fortunas para no estar en desventaja con las mujercitas que imponen con su chic las tendencias de la moda.

La defensa del acusado

Por

A. CONAN DOYLE



LAS circunstancias que habían llegado a conocimiento del público, concernientes a la muerte de la atrayente señorita Ena Garnier, y el hecho de que el capitán Juan Fowler, acusado del crimen, había rehusado defenderse, en ocasión de levantarse el sumario, despertaron un interés general. Éste creció con la declaración de que si bien se negaba, por entonces, a defenderse, su defensa aparecería de un carácter nuevo y convincente. Fué también motivo de muchas reflexiones, la aserción hecha por el abogado del detenido, el cual dijo que no podía contestar el cargo que se hacía a su defendido mientras el asunto se tramitaba en el juzgado de instrucción, pero que lo haría una vez que estuviese en la última instancia. Por último, excitóse más la curiosidad del público, cuando se supo que el detenido había declinado toda asistencia legal y estaba dispuesto a defenderse él mismo. El caso fué presentado hábilmente por el fiscal, en una forma que no dejaba duda de la culpabilidad del acusado, pues demostraba que era accesible a los ataques de celos y que, con anterioridad, se había hecho culpable de violencias ejercitadas por esa causa. El detenido oyó estos argumentos sin la menor emoción, y en ningún momento interrumpió ni interrogó a los testigos. Por fin, cuando se le informó de que había llegado el momento de que se dirigiera al tribunal y expusiera lo que tuviera que decir, se adelantó hacia el estrado de los jueces. Era un hombre de gallarda presencia, tez morena, negros bigotes, nervioso, viril y de modales confiados. Sacó un papel del bolsillo y leyó el siguiente relato, que causó profunda impresión en todos los circunstantes:



"...respondía con una sonrisa..."

"Debo declarar, en primer término, señores del tribunal, que, debido a la generosidad de mis compañeros de profesión — pues los medios de que dispongo son muy limitados, — pude haber sido defendido por el miembro más talentoso de nuestro foro. El motivo que me ha impulsado a declinar su auxilio, y a hacerme cargo de mi propia defensa, no ha sido el de que confíe en mis facultades intelectuales ni en mi elocuencia, sino el de que estoy convencido de que un relato sencillo y franco, oído directamente del hombre que ha sido actor trágico en este suceso, les impresionaría más que un relato hecho por otra persona ajena a la tragedia. Si me hubiese sentido culpable habría recurrido al auxilio de abogados; pero, desde el momento que creo que soy inocente, puedo abogar por mi causa, comprendiendo que mis sencillas palabras, de verdad y razón, tendrán para ustedes más peso que las del más erudito y elocuente abogado. La indulgencia de los señores jueces me ha permitido poner por escrito lo que tengo que decir, de manera que podré reproducir ciertas conversaciones, con la seguridad de no decir de más ni de menos de lo que, realmente, quiero decir.

"Se recordará que, hace dos meses, al verificarse la instrucción del sumario, me negué a exponer razones en mi defensa. Se ha mencionado esa circunstancia como una prueba de mi culpabilidad. Mas, dije en aquella ocasión que, transcurrido cierto tiempo, estaría en condiciones de hablar sin reservas. Se dijo que era un subterfugio. Bien; ha transcurrido ese tiempo y puedo ahora declarar no sólo lo que ocurrió, sino también por qué me fué imposible dar una explicación en otra oportunidad. Diré exactamente qué hice y por qué lo hice. Si mis conciudadanos creen que soy culpable, no me quejaré. Sufriré en silencio la pena que se me quiera imponer.

"Pertenezco al ejército desde hace quince años. Soy capitán en el segundo batallón de Breconshire. Serví durante la campaña sudafricana, y fuí citado después de la batalla de Diamond Hill. Cuando estalló la guerra con Alemania fuí separado de mi cuerpo y nombrado ayudante del primer regimiento de exploradores escoceses, recientemente reclutado. El regimiento fué destacado en Radchurch, en Essex, donde, a falta de cuarteles, los soldados fueron alojados, parte en barracas y parte en las casas de los habitantes. Todos los oficiales fueron alojados en casas de familia, y a mí me tocó la del señor Murreyfield. Allí conocí a la señorita Ena Garnier.

"Puede parecer poco oportuno en este tiempo y lugar que yo describa a esa mujer. Sin embargo, su persona es la esencia misma de mi caso. Permítaseme decir solamente que creo que la Naturaleza pocas veces reunió en un cuerpo femenino una combinación más exquisita de belleza y de inteligencia. Contaba veinticinco años de edad, era rubia y alta, y poseía una delicadeza muy peculiar de rasgos y de expresión. He oído hablar de personas que se enamoran en el primer instante que se ven; siempre creí que se trataba de una fantasía novelista. Mas, desde el primer instante en que vi a Ena Garnier, la vida no tuvo para mí más ambición que la de llegar a hacerla mi esposa. Jamás había imaginado antes cuánta pasión había latente en mi corazón.

"No pretendo extenderme en este punto, pero creo preciso que ustedes comprendan que me hallaba presa de una pasión ciega y primitiva, en cuya virtud, durante cierto tiempo, todo lo que existía en el mundo me parecía sin valor si no podía conquistar el amor de esa joven. Con todo, había algo que ponía por encima de ella: mi honor como caballero y soldado. Sin duda les parecerá esto difícil de creer cuando les diga lo que ocurrió, pero debo agregar que si olvidé un momento los deberes de ese honor, mi crimen consiste en una tentativa desesperada por reparar el mal que había hecho.



"No tardé en advertir que la joven no parecía insensible a mis palabras de admiración. Su posición en la casa era curiosa. Había venido un año antes de Montpellier, en el sur de Francia, respondiendo a un aviso que Murreyfield había hecho publicar, por el que solicitaba una persona para enseñar francés a sus tres hijos. Pero la joven no recibiría sueldo, de modo que se la consideraba más bien como un huésped amigo de la familia. Siempre había manifestado su simpatía por los ingleses y su deseo de vivir en Inglaterra, a lo que pude colegir por sus palabras; la guerra convirtió esos sentimientos en un afecto apasionado, y la emoción dominante en su espíritu fué el odio a los alemanes. Su abuelo, según me dijo, había sido muerto, en circunstancias muy trágicas, durante la guerra de 1870, y contaba dos hermanos en el ejército francés. Su voz se estremecía de emoción al hablar de las infamias cometidas en Bélgica, y en cierta ocasión le vi besar mi espada, con la esperanza de que sería usada contra el enemigo. Una mujer animada de esos sentimientos debía acoger muy favorablemente, como se supone, mi respetuoso galanteo. Me sentí dispuesto a casarme con la joven, sin tardanza, pero ella no quiso consentir. Me dijo que nos casaríamos una vez terminada la guerra, y que primero debía trasladarme a Montpellier y verme con sus padres, a fin de observar las costumbres francesas al respecto.

"Poseía una habilidad rara en una mujer: era una motociclista experta. Gustaba hacer largas excursiones solitarias en motocicleta, aunque después de nuestro compromiso me permitía, a veces, acompañarla. Manifestaba en ocasiones, ciertos caprichos y modalidades poco frecuentes en una mujer, pero que, en mi opinión, no hacían sino agregar un encanto más a su carácter. Por momentos era la ternura misma, y al rato adoptaba una actitud lejana y modales fríos y hasta duros. Más de una vez rechazó mi compañía sin argüir motivo, y respondiendo con una mirada de súbito enojo cuando preguntaba la razón. Pero muy luego cambiaba su manera y reparaba la descortesía con una atención exquisita, que calmaba instantáneamente mi susceptibilidad herida. Las obligaciones de mi cargo militar eran tan exigentes, que sólo por la noche disponía de un rato para pasar en la casa y verme con la joven, y aun entonces solía quedarse en el saloncito donde, durante el día, daba lecciones a los niños, y decirme simplemente que deseaba permanecer sola. Al verme ofendido por su capricho, se echaba a reír y se disculpaba de su rudeza en forma tan amable que me sentía más cautivado que antes.

"Se ha hablado de mi carácter celoso, y en el sumario se hace mención de algunas escenas algo violentas y de una ocasión en que tuvo que intervenir la señora Murreyfield. Reconozco que era celoso. Cuando un hombre ama con toda la fuerza de su alma, creo que le es imposible estar completamente exento de celos. La joven era de carácter muy independiente. Descubrí que se trataba con algunos oficiales en Chelmsford y en Colchester. A veces desaparecía durante horas con su motocicleta. Cuando la interrogaba sobre algunos puntos de su pasado, respondía con una sonrisa, a no ser que la asediara demasiado. Entonces la sonrisa se desvanecía y la substituía un ceño adusto. ¿Es de extrañar, acaso, que yo, vibrante de pasión, subyugado de amor, me sintiera torturado por los celos, ante esas puertas cerradas de la existencia de la joven, que ésta se obstinaba en no abrir jamás? A veces el razonamiento me decía cuán insensato era al entregar mi vida y mi alma entera a un ser a quien no conocía realmente. Pero luego llegaba una onda de pasión y la razón quedaba sumergida.

"He hablado de las puertas ce

(Continúa en la pág. 71)

Cómo se improvisa una ciudad maravillosa


Miami, ciudad de reposo que pasó de mil a más de cien mil habitantes

MIENTRAS el Viejo Mundo, agobiado y vacilante por el peso de sus deudas, busca fatigosamente la forma de satisfacer a los acreedores americanos, éstos, en el colmo de su riqueza, entréganse a fantásticas aventuras.

Al conjuro de la mágica varita de los multimillonarios de América del Norte ha surgido una ciudad de maravilla denominada Florida Boom, cuya historia parece un cuento de hadas.

Hasta hace poco, un habitante rico de Estados Unidos que quisiera pasar la estación del frío, en una región soleada y tibia, debía atravesar el Atlántico para trasladarse a Niza, Cannes o Menton, si no se resolvía a viajar cinco largos días en "sleeping" para ir de Nueva York a California. Esto ha sido totalmente revolucionado, gracias a la audacia de algunos especuladores.

¿Por qué no tenemos también nosotros una Riviera? — se dijeron. — La crearemos, le haremos competencia y le quitaremos sus turistas.

La primera parte del programa se ha cumplido. Florida Boom es una prodigiosa realidad.

Ante todo, ¿a qué responde su nombre? Trataremos de explicarlo. Llámase "boom" a la ascensión vertiginosa de un valor mobiliario o inmobiliario ante el estímulo de exorbitantes ganancias. La fiebre se apodera de los que tienen dinero para colocar y el negocio crece en proporciones difíciles de contener. Esta palabra de argot se ha incorporado definitivamente al vocabulario de los negocios en Estados Unidos, y nunca ha sido mejor aplicada que al dar nombre a la ciudad de nuestra referencia.

Cerrando el golfo de Méjico está la península de Florida, cuyo clima es delicioso. Pero hasta hoy fué región casi desconocida y de dudosa reputación. Quienes se atrevieron a poblarla hablaban de mosquitos y fiebres endémicas, productos de una deplorable imprevisión. Con vigor realmente americano se procedió a sanear el lugar de toda miasma. Una propaganda activa se inició conjuntamente, demostrando la oportunidad de tener una Riviera propia, máxime en la época por la cual se atravesaba (era durante la gran guerra) expuesta siempre al peligro de los submarinos. Florida era un lugar predestinado, por la belleza incomparable de la región y la dulzura del clima. Tal fué el punto de partida de Florida Boom.



La nueva Jauja americana en la península de Florida

La humilde población de Miami fué señalada para la transformación. Contaba con mil habitantes en 1911, y se ha convertido de pronto en opulento centro de la península, con una población de ciento once mil almas.

Asegúrase que pasará de un millón antes de diez años. Para dar idea del avance en su población, consignamos este dato solamente: durante el año 1924 se invirtieron treinta millones de dólares en construcción de casas para habitación. Al año siguiente se dobló esta suma. Centenas y centenas de construcciones nuevas en estilo español o morisco acaban de terminarse. Ejércitos de albañiles siguen trabajando con incesante actividad. La ensenada de Miami se ha convertido en un vasto puerto repleto de naves.

Es hoy tan intensa la especulación en Miami que los terrenos son mucho más caros que en Nueva York.

Se ha improvisado una Riviera americana. Levántanse ciudades, vastos hoteles y palacios suntuosos.

La ciudad de Hollywood, algo al norte de Miami, ha ido hasta movilizar al coronel Goethals constructor del canal de Panamá, y es este personaje célebre quien dirigió los trabajos de su puerto, en el cual se han invertido quince millones de dólares.

Disponiendo de capitales ilimitados y estimulada por la fama, la novedad y la ganancia, la imaginación yanqui se ha lanzado hasta los dominios de lo fantástico y lo extraordinario.

Como la profundidad del agua no es mucha en esa costa, se ha buscado hasta la creación de islas artificiales. El cemento armado es la materia usada para tan atrevida concepción. Muy curioso es el método empleado para fabricar este archipiélago. Se comienza por construir paredes de cemento armado o de piedra cuya altura en el instante de la marea pase de 1 m. 80 el nivel de las aguas. Por medio de bombas aspirantes se absorbe el limo de la bahía. Una vez drenada el agua se sumergen las islas, que van recubiertas con una capa de tierra sobre la cual se levantan jardines. Las islas artificiales son una conquista más de la energía americana y del poder industrial de los Estados Unidos. Sucédense estas islas en series inacabables, que colman de riqueza a quienes las construyen para la venta.

La aparición de Miami y sus alrededores alarmó justamente a los centros de excursión europeos, cuya mejor clientela estaba constituída por ricos americanos, como la Riviera, por ejemplo. Después de profundo análisis suponen a Florida Boom un peligro del momento, que desaparecerá en el futuro. ¿En qué se fundan sus consideraciones acerca de la fantástica improvisación? Oigamos sus deducciones:

En Palm Beach, Miami, Hollywood, en toda esa costa, se buscaría inútilmente — dicen — una perspectiva digna de cautivar la atención. No solamente se experimenta la ausencia de los Alpes sino que hasta carece de la menor colina capaz de dar algo de relieve al paisaje. Nada en ella recuerda el esplendor panorámico de Cannes, de Niza, de Beaulieu, de Montecarlo o de Mentón. Todo es plano y arenoso. No tiene Florida alturas considerables. La máxima, algo mayor de cien metros, no abarca la región íntegramente. En cuanto a las floridas terrazas y jardines que embalsaman la Costa Azul, tienen su débil representación en las mesas de los hoteles de moda, decoradas con productos artificiales de lejanas "serres". Solamente crecen en abundancia aquí los pinos, palmeras y cocoteros, dominando los últimos. Al desembarcar, sorprende favorablemente la novedad de este aspecto, pero el turista lo encontrará luego fatigoso y monótono. Lo que es realmente superior en esta nueva Riviera es el clima. La temperatura media en invierno es de 22 grados centígrados. Esto permite el baño cotidiano en sus playas, cómodas y extensas. Solamente la de Miami tiene una longitud de 40 millas. Un inconveniente de la naturaleza tropical es la aparición de lluvias torrenciales, cuya violencia es desconocida en otras latitudes. Dos horas de lluvia bastan para transformar en lagos las calles de la población, y el tránsito para peatones se hace difícil en las ciudades de Florida. Los coches se deslizan como canoas automóviles, desplazando trombas de agua. Estos inconvenientes — continúan los detractores — unidos a la uniformidad de viviendas, a la flora, a la turbulenta actitud de los traficantes de terrenos, a la penosa impresión recibida ante algo improvisado e inconcluso, a la imposibilidad de beberse tranquilamente una copita de chartreuse sin temer persecución, hacen pensar que la "élite" de la sociedad norteamericana no aceptará en el futuro a Florida como su jardín de reposo. Bien conocido es el afán que ponen los americanos ricos en sus viajes, para alcanzar diversiones que les hagan olvidar las preocupaciones comerciales.

Esta distracción la encuentran trasladándose a Europa. Cuando cruzan el Atlántico no es con el exclusivo fin de llegar a la Riviera. Hallan atractivos en la antigüedad de las ciudades europeas, en sus costumbres, en la infinita variedad de


Islas artificiales en los costados de Miami


Puerto de Miami, cuyos muelles se prolongan artificialmente sobre el mar

(Continúa en la pág. 60)

El último beso de Roxana

Por

ALEJANDRO ROMULO CANEPA



LA campana del convento de las Damas de la Cruz, que doblaba a muerto, esparcía la melodía sollozante de sus notas místicas, cuando Roxana, velada la mirada, pálido el rostro y posternada ante la rígida envoltura mortal, posó sus labios cálidos sobre la frente luminosa del poeta moribundo, con cuya violenta desaparición finaliza Rostand su admirable concepción dramática. Pero aquel beso trágico, más que un subrayado de color de rosa, era perla de amor arrancada del corazón de una virgen para depositarlo sobre la transparente lividez de una carne inerte; era tardía promesa de soñados edenes que no logró reencarnar un espíritu ya en marcha hacia la Eternidad...

Ante la melancólica grandeza de aquella hora dolorosa, Roxana quedó privada del uso de los sentidos, y en su sueño lúcido, que era la exaltación de su pasado, ella veía, como entre nieblas, alzarse la visión arrogante de Cyrano, mientras crujía el escenario del histórico Palacio de Borgoña y la aristocrática sala aplaudía frenéticamente; le veía a través de las grandes vitrinas de la Hostería de los Poetas, esperando inquieto la hora de una cita con ella; le veía en la vetusta plazuela de Marais, al pie de su florido balcón, mientras Cristián el hermoso, hablábale de amor y él le apuntaba en la sombra; le veía en aquel movido campamento gascón, en medio del resplandor de las hogueras que iluminaban el caserío de Arras; y le veía, por último, sentado junto a ella, en el silencioso parque del convento, cuyos senderos cubriera el otoño de hojas marchitas, siempre ocurrente en sus crónicas mundanas, siempre la mirada con ese tinte sombrío de un desgarramiento anímico, de una tortura inconfesable y misteriosa.

Y la imagen intangible de Cyrano engrandecíase en el éxtasis de Roxana, a medida que los fantasmas del pasado se encadenaban con la realidad del momento, con aquella hora inolvidable en que los labios del poeta se estremecieron por vez postrera para descubrir el secreto de su amor, antes de que la muerte los sellara para siempre...

Cuando Roxana volvió de su soponcio en brazos de la madre Margarita de Jesús, ya los fieles amigos del poeta, Lebrel y Ragueneau, habían desaparecido, llevándose el cuerpo inmóvil de Cyrano para darle cristiana sepultura, a la vez que un viento sibilante, arrastrando las hojas caídas, borraba el último vestigio de un reguero de sangre, que la tierra absorbía como ofrenda de un amor santificado, como lágrimas incendiadas por la hoguera de la tortura, en las cuales cuajaba toda la amargura de una vida miserable, deshecha por la maldad de los hombres.

—¡No sospeché, en ningún momento, que tanto amábais a vuestro primo Cyrano! — exclamó la madre Margarita con beatífica suavidad.

—¿Y cómo lo sabéis? — preguntó Roxana, muy sorprendida.

—¡Por vuestros propios labios que no mintieron! Con tan desnuda pasión le habéis llamado repetidamente en vuestro desmayo, sin que fuera valla para deteneros, ni el recato de una viuda fiel a la memoria de su esposo, ni del muerto, el recuerdo que ha huído para siempre de vuestra mente!

—Nunca os dije, madre Margarita,— respondió Roxana, — todo lo que para mí fué el espíritu luminoso de Cyrano; alma de sacrificio, en la que florecieron los más nobles sentimientos, símbolo de amistad imperecedera, que gravitara en mi existencia con toda la plenitud de esa fuerza moral que desgranando resplandores de luz divina, despierta el eco adormecido de las pasiones. En nuestra dulce niñez fuimos compañeros inseparables y en mi juventud de ensueños, yo, su regazo maternal; y él, mi caballero de invencible espada!

—Leo bien, Roxana, en vuestras añoranzas.— murmuró suavemente la madre Margarita.—¡Un amor que floreció en la adolescencia, llena de luz, y que, ogaño, perfuma la soledad de un sepulcro!

—Y aun he de deciros, madre Margarita, descubriendo un pasado de remordimientos, que, por temor al tormento de un desencanto, nunca quise pensar si era admiración o amor, o ambas cosas a la vez lo que yo sentía por Cyrano, espíritu inconfundible bajo todos los aspectos del sentimiento humano. Cyrano fué para mí un padre cuando con sus consejos me apartaba de escabrosa senda; un hermano cuando con piadosa solicitud enjugaba mis lágrimas acibaradas por el dolor; mi mejor amigo cuando, fuerte y valiente, me defendía de un supuesto desliz que la maledicencia pregonara; mi más rendido amante cuando, escudándome en su capa, se batía por mí, cuando la emoción del triunfo hacía centellear su mirada clavada en la mía... Y si, despierta, mi pensamiento seguíale por doquier, dormida buscábale en mis ensueños de doncella como el ave extraviada busca con afán su lejano nido.



Una escena del Cyrano de Bergerac

FOTO CASADA



—¿Y cómo, siendo así, que vuestro primo os hizo comprender toda la sublimidad del amor — objetó la priora, — vos, entre la corona del poeta, tejida por un ángel de luz, y la de un barón de Neuvillette, fundida en bronce por el orgullo humano, elegísteis la menos grata a vuestra exaltada idealidad?

—Que me perdonen los manes de Cyrano — replicó Roxana, melancólicamente, — pero él tuvo la culpa de que su amor no fuera correspondido por mí como merecía tan abnegado sacrificio, pues confió a labios extraños lo que los suyos, más elocuentes, pudieron decirme con mayor vehemencia. ¿Acaso no eran provocadas por él aquellas lágrimas de Cristián que, como un rocío fecundo, regaban las flores de mi balcón? ¿No eran de él aquellas bellas imágenes con que Cristián simbolizara una pasión sublime? ¿No eran de él aquellas cartas apasionadas en las cuales cada frase envolvía una caricia, irradiaba un resplandor de la hoguera de su querer hondo y misterioso? Y si todo eso que me enloquecía era de él, ¿qué es lo que en hora menguada le detuvo para caer en mis brazos, en el abismo de mi alma agradecida? Cyrano, que nunca había temblado ante ningún hombre, que había luchado con más de ciento a la vez, culminando en el triunfo..., sintió miedo...; sí..., mucho miedo.

—¿De qué?

—¡De un cruel desengaño!

—Encuentro esto muy extraño en Cyrano, que no retrocedía ante ningún obstáculo...

—Sin embargo — agregó Roxana, — su lamentada fealdad física hacíale retroceder ante la más indiferente mirada de una mujer. Todos los atractivos de Cyrano residían en la singular belleza de su espíritu selecto.

—¡No quiero que os fatiguéis con estas dolorosas confidencias, y tened por seguro, Roxana, que en la paz luminosa de este retiro hallaréis un oasis para vuestra alma peregrina! — limitóse a murmurar la madre Margarita de Jesús, entornando los ojos...

Y en el fondo obscuro del parque, que la noche cubriera de sombrías colgaduras, deslizóse, silenciosamente, una larga procesión de monjas, vestidas de argento como los arcángeles, confundiéndose los cánticos religiosos con el triste eco que descendía del vetusto campanario...

II

TRANSCURRIERON seis meses desde la muerte del poeta, y la pálida belleza de Roxana, como amortajada en sutilísimo cristal, parecía esfumarse en medio de los estremecimientos de aquella primavera lujuriosa. Una serenidad de mística resignación daba a sus pupilas la expresión adorable de las almas románticas. Había en ella esa transparencia mortecina que, como huella del dolor, deja la tortura moral con sus noches de insomnio, la tristeza de los días grises y la severa disciplina de los retiros espirituales... El parque de blancas fragancias estaba desierto. Una brisa juguetona oreaba la frente serena y los bucles rizados de la bella enclaustrada, mientras que el duque de Grammont, sentado junto a ella, contemplábala extático, en muda adoración, como filtrando en su mirada todos los encantos físicos de su interesante interlocutora.

El duque de Grammont, que al noble abolengo unía los prestigios de su elevada jerarquía militar, era una híbrida conjunción de pagano sensualismo y unción cristiana, un falso exponente de aquella era caballeresca que culminara en la corte de Luis XIV, bajo la regencia de Ana de Austria. El duque, que se destacaba por un arraigado sibaritismo y que hiciera de la seducción un arte, había sido uno de los más empecinados admiradores de la fascinante belleza de Roxana, y en aquel suave atardecer de primavera reanudó sus visitas momentáneamente interrumpidas por la muerte de Cyrano de Bergerac.

—¿Y aun persistís, Roxana — exclamó por fin el duque — en vuestro empeño de huir a las estridencias de la vida cortesana, de que vuestra belleza imperativa se marchite dentro de las austeridades de estas sacras paredes?

—¡Bien podía excusarse, señor duque, la pregunta, conociendo las tragedias que encierra mi vida, y ese viejo afán vuestro en cuidar de mi belleza, no siendo vos el dueño de ella!

—¿Por qué tratáis con tan áspero rigor a quien, sin más voluntad que la vuestra, viene en esta hora a ofreceros la felicidad?

—Me imagino el lauro de felicidad que venís a ofrecerme: ¡una felicidad amasada con el oro viejo de vuestros arcones!

(Continúa en la pág. 50)

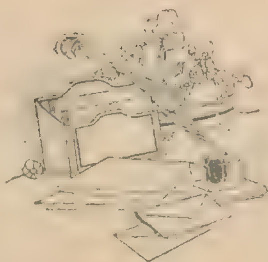
Filosofículas de invierno

Por

FEDERICO QUEVEDO HIJOSA

Ilustración de Bouché





NO sé si me creerá usted — escribe mi amiga Angélica, — pero le confieso que he entrado hoy con emoción en mi coqueto cuartito de soltera. Me parecía calzar sandalias, y que yo me asomaba a un santuario, y que todo, hasta el violetero con el ramo olvidado de pobres flores mustias, amarillentas, me hablaba al oído de los horas felices aquí transcurridas, y ya desvanecidas para siempre. Penetré con mi paso ligero y menudo, y luego de dirigir una mirada circular, dejeme caer sobre la silla como atontada. Usted dirá que es cursilería romántica, mas yo le advierto que es otro achaque, sin que deseche el influjo de la primera cana, de las hojas que se desprenden de los árboles, del cielo nuboso. Me he abismado en esta interrogación: ¿Sufro contemplando los vestigios del pasado, o es la inquietud de los días inciertos que vendrán? Todo está aquí como lo dejara hace tres meses. Manos hacendosas han quitado el polvo de los muebles, aunque no se atrevieron a arrojar aquellas rosas marchitas al tarro de la basura. Repuesta del momentáneo desasosiego sensiblero, he abierto el balcón para mirar la calle. Nada ha variado en la vecindad. ¿Es posible, me pregunto, que nadie haya muerto en el barrio? El borrachín, que apenas puede tenerse en pie, sigue yendo a la cantina; la chica pálida, que expresó a su novio que quería morir como la heroína de Isaac, tose todavía; la hidrópica planchadora, a punto de reventar, no sólo suda la gota gorda junto al brasero y la tabla, y grita a su hombre y a la turba de mocosos, sino que canta las tonadillas en boga.

"Acodada en el balcón observo el ir y venir de las gentes cual si estuviese en un palco de teatro, teniendo delante a los histriones con sus farsas. Después de tres meses de veraneo en la estancia, compruebo que la señora de la casa próxima ha experimentado un sensible cambio. Usted se imaginaría que ha envejecido de pronto. Y es que la "toilette" de invierno destruye el milagro de las telas vaporosas y claras, los escotes, el peinado de melenita y la falda cortísima de estío. Hasta el semblante, se me ocurre — y lo mismo pensaría usted, — que denuncia el artificio, con un dejo de cansancio que está también en la inflexión verbal, en la mirada nostálgica y en el intermitente y casi imperceptible temblor de los labios. ¿Me estoy volviendo un poquito perversa? Me apresuraré a hacerle justicia recordando las bellas condiciones de mi vecina. ¡Qué tesoro de ternura! ¡Qué delicadeza de modales! Los primeros fríos le hacen perder juventud, pero esto en lo exterior, porque en la intimidad ella ha de sentirse rejuvenecida hasta apurar de un sorbo cada día la vida entera, en algo así como una eclosión afectiva. Si yo fuese hombre, amigo mío, amaría mujeres de cuarenta años. ¿Sonríe?

"El otoño no es alegre ni triste, murmura en mi oído monsieur de la Palisse. ¡Es todo tan relativo para nosotros!, añado yo... Las ideas más extrañas se agolpan en mi cabeza. Es la hora del crepúsculo; noto tonalidades grises no sólo arriba en el firmamento y abajo en la calzada, sino asimismo en las personas que transitan por la acera. Hay más tristeza en la ciudad que en el campo; esta ciudad chica, de corte aldeano, desde donde le escribo cediendo a sus porfiadas insistencias de "curioso impertinente", aficionado a los epistolarios sentimentales, como otros coleccionan estampillas...

"Prosigo: fáltanos la deliciosa y embargante melancolía del paisaje. Allá, en la llanura, dilátase el alma, pues las sombras tardan en ocultarnos el horizonte teñido de rojo o de oro, y nos reconocemos asociados no ya a la inmensidad de la pampa sino aún al infinito. Acá nos oprime la chatez del caserío, el retazo de cielo que se ennegrece rápidamente, los focos eléctricos que nos suprimen en un segundo el panorama divino del atardecer. Verdad que encendidas las luces de la población prodúcese un movimiento de alborozo en los hogares y en los sitios públicos y en las esquinas. Acaso el crepúsculo nos disgusta trayendo a nuestra mente evocaciones penosas, y que hecha la noche recuperamos esa calma que nos permite apechugar tan frescos con las cosas de la vida. Yo divago viendo caer las hojas de los árboles una a una, como la abuelita de Eusebio Blasco (¿recuerda?) que quería vivir cien años; pienso en los que agonizan lentamente en el otoño, sobre todo, los enfermos jóvenes, que se rinden con una frase en los labios, parecida a la que Jesús dirigiera desde la Cruz a su Padre: "Señor, ¿por qué me has abandonado?" Y pienso en los trabajadores roídos por la miseria; en las mujeres del pueblo, atormentadas por la calamidad del invierno que acrece las necesidades, y en los niños exhaustos, unos; otros que van a la escuela vestidos con ropa de algodón, ateridos y famélicos. Pienso en los padres transidos de dolor, y pienso en los hijos, absortos de incomprensión... ¡Cada racha fría a cuántos se lleva!

"Sí, el otoño en el campo se nos aparece como una sinfonía encantadora, a quienes profesamos ático amor a la Naturaleza. No a toda la arboleda despojan los vientos del verde follaje. Flora y Pomona siguen reinando, y sin ello no habría existencia posible sobre la corteza terrestre, que se convertiría en árido desierto a semejanza de las que los indios llamaron tierras del Diablo, en Patagones. El campo no es hosco en el invierno, bajo lluvias incesantes y heladas "bárbaras". Da al hombre todo cuanto tiene de realidad fecunda y de poesía. Hasta exhorta con sus símbolos al hombre a que se sienta de veras hermano del hombre, por la grandeza del suelo sin límites y el inconmensurable cielo, que sólo se disputan las gaviotas revoloteando antes de asentarse sobre los surcos que traza la reja del arado. El aire, que cuando arrecia el vendaval tantas incomodidades causa en la ciudad, en el campo arranca de las frondas una música que tiene remedos de Lohengrin. Ya sé lo que estará usted diciendo con sorna: que tengo la obsesión rural. Y bien: en el campo, el alba y la noche nos consuelan de muchas decepciones. El amanecer es una lección de optimismo que disuelve la duda, tonifica los nervios y los músculos y nos invita a paladear intensamente los goces de la jornada. Tras la hora vesperal experimentamos la sensación de que el espíritu sube a los astros. Una gran quietud nos invade. Discurrimos sobre el valor de las cosas. Hacemos examen de conciencia. Las acciones humanas pierden relieve, bajan de nivel, se tornan opacas; nuestra mirada atraviesa las tinieblas, se orienta hacia puntitos de luz que brillan como piedras preciosas en el espacio, al decir de "Ariel". Venus, bellísima, seméjase ya a una perla, ya a una lágrima; Saturno gira amorosamente con su anillo, quizá mordido por el dragón de fuego; Marte, convertido en una pupila sanguinolenta, enfoca a través de la distancia a la Luna, parodiando en el espectáculo sideral a Pierrot y Colombina.

"Usted, mi buen amigo, advertirá que esta prosa garrapateada al correr de la pluma, así no más como va saliendo, sin pulimento ni abalorios, está imbuída de tristeza otoñal. ¿A qué negarlo? Existe relación íntima entre la estación de los días cortos y mi juventud, ya también en otoño. Y si la pena no desgarra mi corazón es porque un poquito panteísta como soy, me figuro que la Naturaleza necesita de este morir melancólico de marzo a junio para operar en septiembre el renacimiento de su eterna, indestructible lozanía. Sería ingrata con el maravilloso Arquitecto del Universo si ocultase que en medio de quebrantos saboréanse instantes de dicha inefable. Ahora, con la punta de la naricilla pegada a los vidrios del balcón, en los que el rocío pretende en vano cuajar en estalactitas, me es dado contemplar la neblina que envuelve la ciudad y hace parpadear los focos de arco voltaico bajo el firmamento estrellado, adonde no alcanza, por cierto, la cerrazón de vapor de agua. Un sentimiento de infinito, de un infinito poblado de constelaciones resarce de los jirones de alma que dejamos en las zarzas del camino. ¿Sensaciones de una soltera de treinta y tantos años? Lea usted el cartelito que ostenta esta inscripción, como en los depósitos de explosivos: *Peligro. Entrada prohibida.* ¿Por qué? Porque solamente un profesor o un psicólogo nos oirían con gusto, sin recriminarnos, sin sonreír con mortificante malicia; el primero, en ejercicio de su oficio espiritual; el segundo, con el afán del naturalista. Solía, otrora, entristecerme, oh, lo juro, esta rotación de estaciones. Trae el otoño una sensación de acabamiento que aflige; los días se abrevian; los árboles muestran sus ramas desnudas y resecas; huyen las golondrinas abandonando sus nidos. Fuerza es reducirse al "home". Y, yo, reflexiono que la Naturaleza rompe la monotonía que de otra manera nos haría insoportable la vida. Frío

(Continúa en la pág. 88)



"...Nada ha variado en la vecindad..."



"...los gestos del hombre que dialoga mudamente con su imagen..."

El espejo

Por

HECTOR I. EANDI



N hombre está en el mundo de las cosas reales; frente a él, el claro enigma de un espejo, y, en el mundo de las cosas virtuales, otro hombre igual. Muy próximos parecen, y, sin embargo, se interpone entre ambos todo el pavoroso abismo que hay entre el ser y el no ser. Ambos hombres aprietan una carta, con la mano derecha el uno, con la izquierda el otro. Ambos tienen en los ojos la expresión y el estupor de un inmenso dolor inesperado.

El silencio nocturno que reina en la habitación afina la atmósfera quieta y recorta con nitidez los gestos del hombre que dialoga mudamente con su imagen.

La habitación es un oasis, un solitario islote de claridad en la vasta noche del mundo, que estrella contra las ventanas cerradas su vuelo derrotado.

El hombre y su imagen, abandonados a sí mismos, se aferran solidariamente a un mismo destino, como el náufrago a la tabla que sus manos oprimen.

Los cuatro ojos saben la misma desoladora verdad. Dos a dos se la han contado silenciosamente, como se han comunicado siempre todos los dolores, todas las alegrías, todas las esperanzas.

La escena no era nueva. Mil veces había acudido Conrado ante el frío misterioso del cristal, buscando en los ojos del enigmático ser que allí le salía al encuentro, la solución de algún hondo problema de su vida íntima.

Pero aquella noche el dolor los unía más estrechamente que nunca, por obra del pequeño pliego que ambos apretaban en el puño crispado.

La carta era de la novia de Conrado, y decía que ésta, dolida en su amor por ciertas supuestas infidelidades, daba por roto el compromiso y las relaciones de todo género con su novio, y reclamaba su absoluta libertad, con altas protestas de dignidad ofendida.

Esfumada en una vaga niebla de dolor, la imagen del espejo contemplaba al hombre que levantaba hacia ella el rostro apenado, como un niño sufriente. Una misma desesperanza los hería; un mismo inmenso desaliento de vivir los impulsaba más allá de la vida, como un viento de estepa nevada. Apoyando el uno en el otro su miseria común, ninguno de ellos encontraba salida al terrible desfiladero de dolor en que habían caído.

El fino cordaje de los nervios tensos elevaba el dolor a un grado indecible, y ninguna sombra de consuelo se interponía entre el hombre atribulado y la conciencia clara de su desdicha, que su imaginación magnificaba.

Una muda desesperación arrastró al hombre, perdido en su alcoba silenciosa como en un vasto desierto. Apoyó los ojos extraviados en los ojos que lo miraban desde el otro lado de las cosas, y vió claramente en ellos la gran solución.

Con la carta aun en una mano y un revólver en la otra, Conrado tornó a pararse ante el espejo, llevado por un hábito antiguo. Tuvo horror de sí mismo en el instante decisivo... Se volvió de lado al cristal, y disparó.

Fué todo tan instantáneo, tan súbito, tan inesperadamente inmediato, que el hombre virtual no pudo tener conciencia de lo que hacía el otro, y se quedó allí, tieso de espanto, viendo cómo el suicida se desplomaba sobre el suelo, se volvía de lado y quedaba inmóvil.

Un terror loco, un pavor infantil se apoderó entonces del hombre que se había quedado solo en el espejo, más allá de la realidad de las cosas. Presa de un inconcebible espanto, corría aquel extraño ser por el ámbito irreal en que se hallaba, desatinado, sin saber qué hacer.

Había en la estancia un silencio mate, un silencio de sueño, que sus pasos de fantasma enloquecido en nada turbaban.

El miedo del hombre encerrado en el fondo del espejo subía de grado por momentos. Lo espantaba pensar que pudiera entrar alguien, atraído por el estampido del disparo, y descubrirlo allí, frente a aquel cadáver...

La helada atmósfera de más allá del espejo se le hacía insufrible sin el apoyo del hombre cuya forma viviente había reflejado hasta entonces. Un terror misterioso hacia la quietud de las cosas de que el fondo del cristal estaba lleno, lo impulsó en un afán desesperado de libertad. Con un gesto de indecible ansiedad se lanzó entonces hacia adelante, y salió del espejo, parándose, perplejo, ante el cadáver... de sí mismo, de ese Conrado cuyo otro yo había sido hasta un momento antes, viviendo, paralelamente, su misma vida espiritual.

Al chocar con la atmósfera real el hombre imagen vaciló como si hubiera recibido un golpe; pero pronto se repuso, aspiró profundamente el aire y sintió como si *algo* consolidara y diera firmeza a la nada inconsistente de que estaba hecho. Una cohesión vital, creada tal vez por la fuerza psíquica que tomara durante tantos años del hombre que acababa de morir, le daba una convincente apariencia de realidad humana. Comprobó que, queriéndolo, poniendo en ello su voluntad de un modo consciente, podía mover los objetos. Entonces, cautelosamente, con infinitas precauciones, levantó el cadáver del hombre, lo llevó a un desván, y allí lo ocultó.

Vuelto a la habitación, hizo desaparecer las huellas del suicidio. Después de quitar del piso las manchas de sangre, se incorporó y miró al espejo: la luna no le devolvió su imagen; él no existía, con existencia real, para el mundo virtual de donde había salido; para ese mundo seguía siendo una imagen, nada más que una imagen, por más engañadora que fuese su apariencia de realidad...

Sentado en el sillón de lectura de Conrado — una vez pasada la agitación del primer momento, — el hombre imagen se sintió presa de la tortura del dolor de amor que había llevado al otro al suicidio. En vano trataba de distraerse, de pensar en otra cosa: simple reflejo de una conciencia y de una mentalidad, no podía elaborar ideas ni sentimientos nuevos, y estaba constreñido a pensar, constante, indefinidamente, en aquello que pensaba el hombre real en el momento en que le usurpó su puesto en la vida. Así como un retrato reproduce para siempre, invariablemente, un gesto o una mirada del retratado, él reflejaba, sin posibilidad de variación, un estado de conciencia, una actitud mental y afectiva: era el retrato sensible de un alma sufriente, encerrado en una envoltura de apariencia humana.

Se sucedieron así varios días que el "alter ego" de Conrado vivió — o padeció, mejor — en un ininterrumpido sufrimiento, en un constante dolor exacerbado por la exquisita sensibilidad heredada del suicida y agravada por el temor de ser descubierto.

Temía, en efecto, que alguien se percatase de la falsa realidad de ese hombre que caminaba sin ruido, como una sombra, que tenía el corazón en el lado derecho, que no se reflejaba en los espejos y que carecía de la consistencia corpórea del hombre. Porque él había podido comprobar que solamente merced a un gran esfuerzo de voluntad que le permitiese concenrtrar toda su esencia vital, conseguía adquirir la consistencia necesaria para mover los objetos y para producir en los demás la sensación del tacto. Pero ese esfuerzo le era tan penoso, que no podía sostenerlo durante largo tiempo. Y cuando no lo realizaba, era una simple sombra, a través de la cual podían pasar libremente las personas y los objetos.

Por ese motivo, no salía casi de su habitación, se pasaba larguísimas horas en la soledad espantosa de la estancia, donde ni el espejo le reconocía realidad humana. Allí se estaba, atado estrechamente al tormento inconcebible de pensar y sufrir siempre lo mismo, sin posibilidad de liberación ni de variación siquiera.

Ese sufrimiento constantemente igual, era algo espantoso, como una boca desgarrada en un grito interminable, que no se pudiera acallar; como una herida eternamente abierta, que manara sangre interminablemente; como un puñal que siempre se estuviera clavando y que nunca acabara de hundirse.

Llegado a la desesperación producida por un dolor exasperado más allá de los límites concebibles, el hombre virtual trató de darse muerte. Se disparó un tiro de revólver en la cabeza, pero la bala le atravesó el cráneo y fué a incrustarse en la pared, sin causarle otro efecto que un brusco aturdimiento que le nubló la vista por un largo instante: su condenación era, pues, horriblemente ineludible.

LA luz de un insospechado amanecer desgarró un día la tiniebla del tormento en que languidecía sin vivir aquel extraño ser salido del fondo de un espejo en una noche de tragedia.

En efecto: los inmóviles objetos de la habitación, que habían contemplado indiferentemente las distintas fases del doble drama, sorprendieron una mañana al hombre virtual leyendo una carta escrita en un pliego perfumado.

La carta era de la novia de Conrado. Contenía infinitas protestas de disculpas y una constelación de mimosas instancias para que se le perdonara el error en que había estado al suponer culpable a su novio, y terminaba con estas palabras, más poderosas que cualquier argumento: "Te estrecha contra su seno la cabeza adorada, y te besa hasta morir, tu Leonor".



Esta carta, colocada dentro del orden de ideas y sentimientos que le había legado Conrado, fué accesible para su imagen viviente. Es decir que el hombre irreal pudo asimilarla y llenarse de la misma loca

(Continúa en la pág. 60)

La caricatura en el extranjero



INOPORTUNIDAD

—Ese paraguas no es tuyo.
—Ya lo sé, pero no digas nada...
—No; pero el caso es que es mío.

(DE "GAIETY", LONDRES)



EN LOS TIEMPOS QUE CORREN

—No precisas mirar el reloj, querida; en este mismo momento son las doce.

(DE "JUDGE", NUEVA YORK)



MAL NEGOCIO

El ladrón.—Esto sí que es el colmo: después de haberme yo gastado veinte pesos en comprar un palco para usted en el teatro, y de enviárselo, se queda usted en casa y me arruina el negocio...

(DE "GAIETY", LONDRES)



PRECAUCIÓN HABITUAL

—¿Y no usas ahora tu automóvil?

—No, en estos días no lo uso, porque tenemos la costumbre de no salir nunca los dos juntos del hospital.

(DE "GAIETY", LONDRES)



GALANTERÍA

—¿Desea mi asiento, señora?

(DE "EXCELSIOR", PARÍS)



EGOÍSMO

—Pero, ¡qué fogata, qué humo! ¿Por qué no abres la ventana?

—¿Y te crees tú, acaso, que yo gasto mi carbón para calentar la calle?

(DE "LONDON OPINION", LONDRES)



NIÑO EXTRAVIADO

Señora amable.—Mira alrededor, hijito; a ver si por las piernas puedes reconocer a tu mamita.

(DE "LIFE", NUEVA YORK)



DESPRENDIMIENTO

El mendigo.—Diez centavos, señor; que aun no he almorzado.

Transeúnte.—Ni yo tampoco, amigo.

Mendigo.—Veinte centavos entonces, señor, y almorzaremos juntos.

(DE "LE MONDE COLONIAL", PARÍS)



EL DÍA DE LAS NUPCIAS

—Recuerda, Pepito: desde hoy, basta de tonterías.

—¿Tonterías? Crees acaso que existe una mayor que la que acabamos de hacer?

(DE "EXCELSIOR", MEXICO CITY)



ESPOSO REGALÓN

—Lo primero que hago al llegar a casa mañana es decirle a mi esposa que me rasque la espalda.

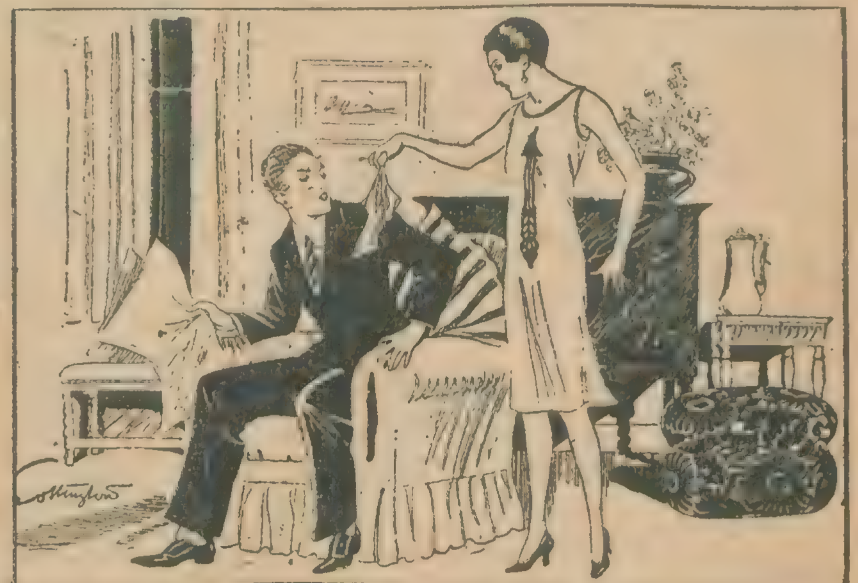
(DE "JUDGE", NUEVA YORK)



65.000 ESPECTADORES

—¡Qué raro! Tantos alemanes juntos y sólo dos bandos...

(DE "JUGEND", MUNICH)



LA FRAGILIDAD DE LOS VESTIDOS

—Eso es el colmo, Jorge; he buscado este vestido en todas partes...

("THE MARY MAGAZINE", LONDRES)

La zamba de Vargas

Por

RAFAEL CANO





ESTA zamba tiene su carta de ciudadanía en la provincia de Santiago del Estero, y es tan popular que difícilmente se encontrará un hombre nacido en el norte agentino, que no la haya bailado a la luz de la luna en los patios familiares, ya fuese para celebrar sus bodas o restañar dolorosa herida de amor.

Analizada técnicamente consta de dos partes, aunque el guitarrista suele introducirle ligeras variantes, y se ejecuta en tono de "Mi menor".

En realidad, pertenece a la categoría de "danza corta", porque si bien tiene la misma melodía de las otras de su estilo, en cambio sus frases son muy breves. Caracterízase por su tinte sentimental, que llega al corazón en forma incisiva, hablándonos de la tristeza de las campiñas a la hora del crepúsculo, de la soledad de las rocas y de angustias muy hondas...

El nombre de "Zamba de Vargas" proviene de un hecho de armas ocurrido en la provincia de La Rioja, en las postrimerías de la guerra civil, y tanto la música como la letra son anónimas.

En el folklore norteño figura, como la más antigua y rara, una versión del año 1892, que dice así:

Batallón Cazadores,
Dijo Paunero;
Por derecha e izquierda
Rompan el fuego...

Batallón Granaderos,
Dijo Navarro;
Por derecha e izquierda
Formen el cuadro.

Batallón Cazadores,
Pozo de Vargas;
La despedida es corta,
La ausencia es larga.

Fin

Transcribo a continuación dos versiones santiagueñas que gozan de gran popularidad.

Batallón de Varela,
Pozo de Vargas,
Formó su pelotón,
Manuel Taboada.

Aquel bocón que viene
Ha de acabarnos;
Vamos a hacer un tiro,
Guapos muchachos.

Al primer tiro que hizo
Le dió en la boca;
Fugándose Varela,
Valientes tropas.

Desenvainó su espada,
Manuel Taboada;
Si esta guerra pierdo
No cargo espada.

Batallón de Varela,
Pozo de Vargas;
Formó sus escuadrones,
Manuel Taboada.

Al primer tiro que hizo,
Le dió en la boca;
Juyéndose Varela,
Valientes tropas.

Desenvainó su sable,
Manuel Taboada,
Si esta guerra la pierdo,
No cargo espada.

Batallón de Varela,
Pozo de Vargas;
La despedida es corta,
La ausencia es larga.

Fin

En la ciudad de la Rioja tuve ocasión de oír cantar la "Zamba de Vargas" con estas coplas de carácter pi[illegible]. Dicen así:

En el barrio del alto,
Un penitente,
Se robó una muchacha,
De quince a veinte.
Sí, ay, ay, ay...
¡Déjenme llorar!

La muchacha llorando,
Llorando decía:
Este es el penitente,
Que yo quería...
Sí, ay, ay, ay...
¡Déjenme llorar!

Arriba de un olivo,
Cantó un zorrino:
Espuelitas de plata,
Poncho merino.
Sí, ay, ay, ay...
¡Déjenme llorar!

El amor de una rubia,
Ausente vive;
No tiene más consuelo,
Sólo que silve.
Sí, ay, ay, ay...
¡Déjenme llorar!

Cuenta la tradición que en el mes de febrero del año 1867, después que fué ejecutado el gobernador de la Rioja coronel Dávila, se tuvo conocimiento en las provincias norteñas que el caudillo Felipe Varela avanzaba desde Chile al frente de un ejército de cinco mil hombres, dos piezas de artillería y numerosa caballería.

Esta noticia no tardó en ser confirmada por hechos censurables.

En efecto, al llegar a Famatina. Varela tomó prisioneros a los señores Fernando de la Vega y Fermín Bazán y de Varcala. Días más tarde, sin previo juicio, fueron degollados los prisioneros, aumentando el terror de los riojanos y la impopularidad del invasor.

El ejército protector de la Rioja, al

(Continúa en la pág. 52)

El avión sanitario



EN la Sociedad Francesa de Navegación Aérea ha dado una interesante conferencia sobre el avión sanitario el médico militar y director de los servicios de sanidad en el Ministerio de Guerra francés, M. Vicent.

Al hacer historia del avión sanitario, dijo:

—En las grandes maniobras de 1912 fué donde, por primera vez, el senador Reymond, médico y piloto, puso la aviación al servicio de la sanidad militar como medio para buscar heridos en el campo de batalla.

Algunos meses después, en una conferencia que dió en la Unión Federativa de los Médicos de la Reserva y de la Territorial, decía:

— En lo sucesivo se construirán aviones con los que se hará la evacuación de heridos.

Confirmando esas previsiones, desde los primeros meses de la gran guerra, en noviembre de 1914, las duras circunstancias en que se hizo la retirada de Serbia impusieron el avión para el uso médico legal. El teniente Paulhan y el capitán Dangelzer transportaron en sus aparatos de guerra, desde Prizrend a Escutari, o sea ochenta kilómetros por vía aérea, a doce de sus camaradas, a quienes no se podía evacuar en otra forma.

El primer avión sanitario lo ideó, en 1917, el doctor Chassaing, diputado de Puy de Dome, quien, como médico ayudante de la reserva, ideó un dispositivo para transportar heridos en el "fuselaje" de un aparato tipo "A. R.". Transportó a varios, primero a Villacoublay, luego al frente del Oisne, donde recogió heridos en Moulin de Laffaux, para transportarlos, en veinticinco minutos, a una ambulancia de retaguardia situada a sesenta kilómetros.

Estos ensayos, que se repitieron en Marruecos, dieron los más lisonjeros resultados, y merced al apoyo del mariscal Lyautey, residente general, el doctor Chassaing alcanzó, en 1918, de la Subsecretaría de Aeronáutica y del Servicio de Sanidad, arreglar, conforme a su dispositivo, sesenta aparatos Breguet. Se les quitó la ametralladora, y en el "fuselaje", abierto, merced a la armadura de duraluminio, se introducían, por una portezuela lateral, dos heridos, colocados en parihuelas especiales, superpuestas.

Los primeros aviones sanitarios Breguet 14. A 2, tipo Chassaing, funcionaron en escuadrilla, en Levante y en Marruecos, en la primavera de 1921, y algunos meses más tarde rindieron estos aparatos excelentes servicios.

De marzo a noviembre de 1921 se evacuaron más de setecientos heridos. A pesar de las dificultades de este período de ensayo, estos transportes se hicieron con gran regularidad y rapidez, sin accidente ni incidente alguno.

El avión sanitario se impone como imprescindible en los países faltos de carreteras o de comunicaciones difíciles, en los que las operaciones militares crean situaciones no fáciles y delicadas a los servicios de sanidad.

Gracias al avión, que los transporta a los grandes centros sanitarios, los heridos encuentran cuidados mayores y mejores auxilios.

El Breguet 14. A 2, tipo ametralladora, provisto del dispositivo Chassaing, está actualmente en servicio como avión de guerra. Esta coincidencia facilita en gran manera la explotación, permitiendo emplear los mismos pilotos para los combates y para los fines sanitarios.

Estos, por su carga útil, sus condiciones de vuelo y altitud, reúnen cualidades inmejorables para su empleo en las regiones quebradas y montañosas, en las que, a menudo, hay que volar a tres mil metros. Ese mismo aparato, dispuesto para el transporte de viajeros en "limousine" 14 T bis, se ha elegido adaptándolo al transporte de heridos, substituyendo poco a poco a los Breguet 14. A 2.

El nuevo avión sanitario tiene condiciones de vuelo análogas, y los recambios casi idénticos; tiene iguales facilidades de mando. A más, un dispositivo, ingeniosamente dispuesto, permite colocar dos hombres en condiciones muy confortables. Se han previsto también los medios de calefacción y otros, inhalaciones de oxígeno y accesorios médicos para curas de urgencia, precisas durante el transporte.

En muchos países empiezan ahora a preocuparse del avión sanitario. Inglaterra estudia la transformación de algunos de sus aparatos. Un Wicker Wimy puede llevar cuatro heridos.

Italia ha sacado a concurso el modelo de un avión para transporte de heridos en Trípoli y Berbería.

Los Estados Unidos ha realizado, en estos últimos meses, el transporte de heridos y enfermos por aviación.

España ha adquirido algunos aviones militares sanitarios del tipo Breguet Limousine 14 T bis.

Francia hasta ahora lleva hecha una reorganización completa de sus servicios sanitarios aéreos.

Señalaremos algunos casos en que se han hecho traslados de enfermos en aviones ordinarios.

En 1921 un miembro inglés del Consejo Supremo, en un ataque de apendicitis, se hizo llevar a Londres por vía aérea, para que, si era preciso, le operase su cirujano.

En septiembre de 1922 la Compañía Aérea Francesa transportó de Marsella a Royan, en una "limousine", a un médico atacado de parálisis. El recorrido lo hizo en tres horas, cuando por ferrocarril hubiera precisado diez y ocho horas. Como en el sitio adonde se le transportaba no había terreno de aterrizaje, el avión aterrizó en la playa, aprovechando la marea baja.

El problema está en buscar el herido dónde se encuentre y transportarlo con toda rapidez a los sitios mejores para su curación.

En sí parece este problema sencillísimo; pero su resolución es muy difícil. En efecto: precisa transportarlo al terreno de aterrizaje en condiciones rápidas y confortables. Para resolver esto la Dirección de los servicios sanitarios ha dotado a las columnas de medios de transporte apropiados, para evitar pérdidas de tiempo, perjudiciales a los enfermos. Se han estudiado hasta aparatos especiales, para evitar los movimientos bruscos.

Desde el punto de vista sanitario no existe medio de transporte mejor que el avión.

El viaje por tracción animal, automóvil o ferrocarril ocasiona movimientos bruscos que perjudican al enfermo, imposibilitando su traslado a largas distancias.

El avión permite, en poco tiempo, marchar de prisa y lejos. No tiene más trepidaciones y choques que los inevitables al aterrizar, que un piloto hábil sabe evitar.

El avión está llamado a desempeñar el rol más importante, a la vuelta de pocos años, en el orden médicoquirúrgico.

En el primer Congreso de Aeronáutica, dijo el doctor Chassaing:

—¿No ha llegado la hora de que, después de haber aterrado al mundo con el hierro y el fuego el avión lleve en sus alas la vida y la esperanza?

Guía de la mujer práctica

Lo que puede hacerse con una bola de vidrio

Las bolas de vidrio están actualmente muy a la moda, empleándoselas en la decoración doméstica de muy distintas maneras. Se hacen con ellas acuarios, macetas, plaffoniers, etc. Se usan también como adorno llenándose con agua coloreada, a manera de las grandes ampollas luminosas que se emplean en las farmacias.



Fig. 1

En los grabados encontrarán nuestras lectoras algunos de los motivos que pueden desarrollarse con las bolas de vidrio, y que tendrán muy vistosa aplicación en el interior de una pieza o sala.



Fig. 2

En la figura primera tenemos una aplicación interesantísima y hermosa. Se coloca en el interior de la bola, previamente coloreada, una lámpara eléctrica, y se suspende adornándola con ramas de hiedra o alguna otra decoración floral. El resultado será originalísimo y de novedad extraordinaria.

En otro grabado, el de la figura 2, tenemos un acuario muy moderno, sin haber empleado con la ampolla de vidrio más que los cordones, que servirán para mantenerla en suspensión.



Fig. 3

Con bolas de más reducidos tamaños se pueden obtener estas pequeñas lamparitas de mesa de noche, con pantallas variadas, de que dan idea los grabados de la figura 3. En una de ellas el cuerpo de la ampolla está pintado con rayas sinuosas, de color. Y, por el estilo, pueden conseguirse otros muchos efectos.

Un trabajo práctico

Como amenidad, vamos a dar a nuestras lectoras el modelo y procedimiento para hacer por sus propias manos un lindo bolsito de estilo elegante y práctico, cuya confección es muy fácil y resulta de un lucidísimo efecto.



Fig. 1

Se hace en crepé de China, azul marino o negro. Se pueden emplear otros colores, pero los mencionados resultan de mejor efecto con el adorno perlado, del que hablaremos mas adelante. Va también forrado de satin gris. Se compone del saco propiamente dicho, dividido en dos partes: un fondo redondo, de quince centímetros de diámetro, alrededor del cual se monta una banda derecha, cerrada en redondo, cuyas dimensiones deben ser veinte centímetros por cuarenta y dos, incluso la costura. El forro será cortado sobre las mismas dimensiones, y, una vez armados, como está indicado en la figura 3, se unen entre sí por medio de la alforza, en la cual va pasada la cinta del cierre; pero esto se hace después de haber fijado el adorno, que se compone de tres filas de puntas en crepé azul forradas de crepé satin gris, colocado por el lado derecho, conforme al patrón de la figura 2. Para esto dibújense con un hilván las veinticuatro puntas necesarias; dispóngase alrededor de cada una el emplazamiento de una alforza de cinco a seis milímetros, y ejecútese el bordado de cuentas fijando cada cuenta con un punto atrás antes de cortas las puntas, que se forran de gris antes de fijarlas al bolso.

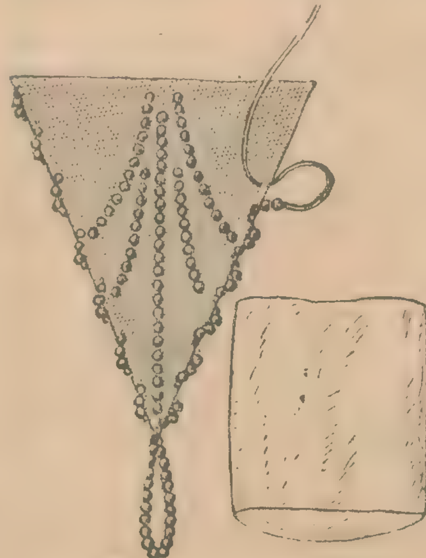


Fig. 2



Fig. 3

Cada una de ellas será terminada por un colgante de cuentas; y el mismo fondo del bolso irá adornado por hilos de cuentas dobladas sobre sí.

Hacen falta, más o menos, seis mil cuentas de vidrio o de color acerado para realizar este adorno.

Los pequeños recursos para vestir económico

Ciertas modas imponen, aparentemente, gastos elevados si han de observarse con cierta minuciosidad y esmero; pero el ingenio inagotable de la mujer logra encontrar recursos, en que siempre el buen gusto es el que triunfa de todos los inconvenientes.

Tal es el caso de la moda fastuosa de los encajes, cuya adopción se ha generalizado para ciertos estilos del vestido femenino, y que no obstante considerarse irreemplazables, se ha encontrado un medio ingenioso de suplirlos, obteniéndose un efecto tan delicado que puede decirse que no se echan aquéllos de menos en las toilettes que debían llevarlos.

En el grabado ofrecemos el ejemplo de este motivo. Se trata de un vestido con una amplia y vistosa pechera de encaje, en que este rico complemento es reemplazado con éxito y economía. Basta para tal efecto emplear un fino tul que se hace vainillar y en finos volantes plegaditos, resulta encantador componiendo la pechera del elegante vestido.

Para la casa. El cuidado de los muebles

A la mujer incumbe el cuidado de la casa, y, particularmente, la inspección constante de los muebles que la componen y adornan. Ejerciendo ésta, precisamente, es que notará que los muebles que llevan algunos años de uso empiezan a perder su lustre, tienen polvo incrustrado entre las molduras, las esquinas están rotas, los cueros ajados, etc.

Esos males tienen, sin embargo, cada cual su remedio, más o menos eficaz.

El cuero de los sillones, por ejemplo, necesita para mantenerse siempre joven y lozano, ser frotado de vez en cuando con glicerina a la cual se haya incorporado un poco de dextrina o de albúmina. Cuando está ya demasiado ajado y gastado, se refresca con una solución de goma laca en alcohol o

(Continúa en la pág. 24)

A propósito de ciertas críticas a la enseñanza secundaria

Valor normativo del Colegio Nacional

Por SALVADOR PAGANO GUTIERREZ



ROBLEMA arduo y complejo es el que ofrece, en sus diversos aspectos, la enseñanza, y no es nuestra mente abarcarlos en la brevedad de un artículo; por ello, subdividiremos su estudio, circunscribiéndonos, en esta oportunidad, a señalar el valor normativo que lleva involucrada la enseñanza secundaria. Nos mueve a tal propósito la exposición de ciertas ideas hecha en esta prestigiosa revista por no menos prestigioso escritor.

Se dice — con excesiva frecuencia, — que los "bachilleres no saben nada", y se dan como explicaciones de tal estado de cosas la incapacidad de los profesores y la mala orientación de los programas. Ahora bien. ¿Es realmente cierto que los bachilleres no saben nada? He ahí lo fundamental del problema, he ahí el baluarte del error. Necesario es señalar, bien claramente, las funciones encomendadas a dicho ciclo de estudios para poder luego apreciar el producto obtenido y juzgar la capacidad del cuerpo docente.

¿Tiene la enseñanza del colegio nacional un valor normativo, de disciplina mental, que capacite al cerebro juvenil para la futura adquisición de los conocimientos particulares a la rama de estudios superiores que quiera seguir, o es el aprendizaje estricto de cada una de las innumerables materias que figuran en el plan de estudios?

Si esta última fuera su función, aun hallando al superprofesor (como Nietzsche pretendía hallar al superhombre), los resultados deberían considerarse desastrosos. Alumnos hay que sobresalen en las matemáticas, otros, en las letras, otros, en las ciencias naturales, y, así, sucesivamente; pero, que sobresalgan, por igual, en todas las asignaturas, son muy difíciles de hallar.

Por el contrario, si pensamos en que la función del colegio nacional es la de disciplinar las mentes juveniles, capacitándolas para el estudio, abrir senderos en la inteligencia por donde luego pasen triunfantes las ideas, habituar a los alumnos a un aprendizaje metódico, ¿qué nos importará el saber que un alumno, bachiller, no recuerde detalles de la historia, o haya echado al olvido la demostración más o menos engorrosa de un teorema geométrico? La semilla queda y dará sus frutos apenas sea necesario, porque esas cosas olvidadas no han desaparecido: están en la subconciencia.

Por desgracia, la mala interpretación de la finalidad que persigue el colegio nacional arrastra a los mismo estudiantes. "¿Para qué estudio matemáticas si voy a seguir Derecho?" ¡Cuántas veces hemos oído esta expresión! Y eso que, casualmente, son las matemáticas las más necesarias: es la ciencia del método por excelencia, y método es lo que debe buscarse para la joven mentalidad. Encauzada en los senderos de demostraciones absolutas y necesarias, practicando el método hipotético deductivo, y dejando aparentemente de lado las verdades contingentes, llegaremos a formar en el joven una actividad cognocitiva disciplinada. Se nos podrá objetar que la matemática, a pesar de ser la ciencia de la prueba, lo único que nos prueba son verdades arbitrarias, de un sistema imaginario, creado a voluntad del hombre; lo sabemos y no nos interesa: es una materia con cimientos lógicos, y son esos cimientos los que necesita el estudiante para que dirijan la aparición de los conocimientos que, como ya dijimos, quedaron depositados en la subconciencia.

Sucede lo mismo con todos los alumnos: consideran inútiles las materias que no pertenecen al ciclo de estudios universitarios que han de seguir, olvidando que la enseñanza de esas asignaturas se realiza en virtud de la finalidad normativa.

Luchando contra el error común, entenderemos el porqué del bachillerato, y no juzgaremos a los profesores a través del aparente resultado que sus alumnos obtengan sino con criterio más racional.

Libres estamos de convertirnos en panegiristas del profesorado secundario. Reconocemos que hay profesores malos, muy malos; pero, ¿dentro de qué orden de actividades no existen malos funcionarios? ¿Por qué, entonces, alzar tanto la voz pregonando esas imperfecciones, principalmente cuando se juzga a los profesores con criterio que involucra un error inicial?... Y, además, ¿por qué cubrir despiadadamente a los buenos profesores con el negro velo de los incapaces?... ¿Por qué no hacer resaltar a esos hombres que toman los cerebros vírgenes de nuestra juventud, para forjar con ellos las mentalidades exquisitas de un mañana luminoso?

Ahora bien; admitido el valor normativo del colegio nacional cabe preguntarse: ¿Nuestro Ministerio de Instrucción Pública realiza la obra que debe realizar, actualmente? Creemos que, dentro de lo posible, sí. La carencia de una ley orgánica que establezca planes y programas adaptados a las circunstancias del momento, ocasiona un trabajo ímprobo que, lo repito, creo bien encaminado por las autoridades respectivas.

Este último punto es de tal condición que requiere un estudio detenido y aparte.

Mientras tanto, recordemos que la enseñanza del colegio nacional tiene un valor normativo, y que esa ignorancia que suponemos en el bachiller es sólo aparente, y se disipa apenas pone a prueba sus aptitudes siempre y cuando haya seguido sus estudios complementando con su propio esfuerzo el esfuerzo del profesor.

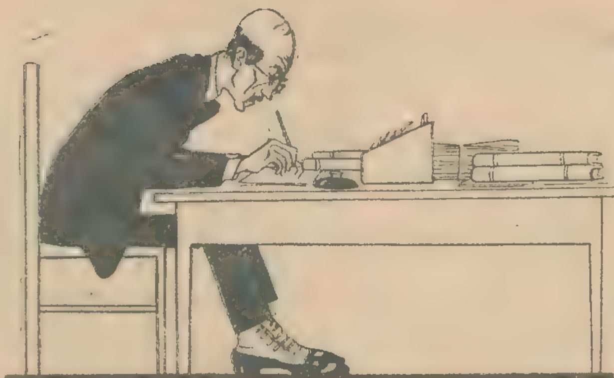
TALENTO ORIENTAL

UN turista francés, de vuelta de un reciente viaje por Turquía, cuenta que estando en un bazar turco preguntó al dueño el precio de una alfombra. El interpelado dió a entender que el precio deseado era de doscientos francos. Al francés la suma le pareció algo exagerada, y para tratar de terminar con el asunto y tener un pretexto para abandonar el local, sin necesidad de entablar largas discusiones de precios, ofreció al turco veinte francos por la alfombra.

— ¿Veinte francos? — preguntó el comerciante. — No, señor; prefiero regalársela... Llévesela, señor; y dígale a su esposa que se la regaló un turco pobre, pero muy pobre...

Puede uno imaginarse el trance que significaba esto para el turista, que, para ser tal, era, finalmente, un hombre de dinero... A su juicio, no le quedaba otro remedio para solucionar el asunto que comprar la alfombra por el precio original pedido por el turco, y fué así que pagó los doscientos francos que aquél pedía por la alfombra.

Este pequeño incidente da una idea de la habilidad excepcional de los turcos como comerciantes, habilidad que ya conocemos, por otra parte, bastante bien, aquí en Buenos Aires, donde todos los pequeños tenderos turcos pueden servirnos de ejemplo.



"Trifón"

Cuento de risa y de lágrimas

Por

JULIO FRANZOSO





Le llamaban así, en la oficina, los alegres compañeros: "Trifón". ¿Por qué? Porque le sabían dominado por las energías casi masculinas de su esposa, y decidieron compararle con el popular marido cuyo nombre, gratuitamente, sin compasión alguna, le adjudicaron, para ir olvidando, poco a poco, al verdadero, al que no querían recordar: Rodríguez... Se burlaban de él, de su mansedumbre, de lo que suponían cobardía, al verle allí, tras el escritorio, que le defendía como una muralla de la risa de los demás, inclinado siempre sobre columnas de números, que parecían, desde lejos, regimientos de hormigas... Sí, allí le encontraban siempre cuando querían dejar caer sobre su persona el amargo buen humor de la oficina. Allí estaba siempre "Trifón", con sus anteojos de oro, su calva lustrosa, sus pies un poco deformes por lo grandes, su traje cubierto de incomprensibles manchas, y sus cuarenta y cinco años llenos de fatiga. Allí estaba siempre, en su escritorio, esperándolos, presintiendo las bromas sobre su infelicidad conyugal, producto exclusivo de una antojadiza calumnia que propagara entre ellos un compañero humorista. Habíales asegurado en su información que a Rodríguez lo maltrataba la señora; sí, que tenía pruebas de ello, y que, además, no había más que mirarle detenidamente para extraer de aquel examen el convencimiento absoluto de lo que afirmaba... Todos le creyeron. Nadie puso en duda la verdad de aquella mentira. Les resultaba más cómodo creerlo que negarlo, y, además, prácticamente, a todos les convenía que así fuese, ya que de ello resultaba un espléndido motivo para entretener las horas desocupadas, y que eran muchas. Desde entonces, Rodríguez no fué más Rodríguez, fué... "Trifón", porque en la oficina los alegres compañeros necesitaban reírse de alguien, y fué Rodríguez el elegido...

Trifón no estaba dominado por su esposa, como lo creían. No. Rodríguez había sido en su juventud un hombre sentimental, demasiado sentimental, quizá, cuyo único error fué creer en la bondad de la vida, sin investigar fríamente el "porqué" y el "cómo" de las cosas. Por todos los caminos había llegado a un idéntico fin: la desilusión. Eso era "Trifón": un hombre desilusionado a quien la vida había engañado muchas veces con sus espejismos de felicidad. Cuando creyó encontrar un alma gemela a la suya, que le compensaría de sus anteriores fracasos, se unió a ella, desesperadamente, y lo hizo para toda su existencia.

Pasaron los años, y con ellos llegaron nuevas revelaciones. Se había engañado una vez más. Ya estaba acostumbrado. Desde entonces dejó que su compañera atendiese a su modo el hogar, sin preocuparse de los detalles pequeños. Así, poco a poco, ella se independizó e impuso su sistema de mujer fuerte y honrada que ve declinar las energías del esposo. Pero no era dominación la suya, sino previsión, cuidado, ternuras de madre... Y por eso le llamaban a Rodríguez "Trifón", porque el enorme cansancio que recogiera en la vida le anulaba para imponerse contra los insignificantes detalles conyugales... ¡"Trifón"! Pobre, más pobre que todos, porque ya ni la confianza en sí mismo le quedaba... Arrastrando por la oficina sus pies grandes y deformes pasaba por entre los escritorios grave, triste, y ocupaba el suyo, deseando no reparasen en su grotesca figura de hombre vencido por la vida.

Pero un día su orgullo, su altivez, la única riqueza que aun le quedaba en medio de su miseria, todo él se reveló contra la burla de los demás. Intentó hacer valer sus derechos, y la hilaridad de todos le acompañó en aquel gesto tardío de su hombría... Entonces, ¿qué hacer?... Lo pensó mucho..., mucho... Allí dentro, en la oficina, estaban los compañeros que se burlaban, sí, pero también estaba el sueldo, no elevado, pero seguro, que ponía a cubierto de la miseria a su esposa y a sus dos hijitos... Era la seguridad para los suyos contra las sorpresas que, a veces, tiene la vida... Era todo para él...

Fuera, en la calle, estaba su orgullo no vencido, la satisfacción mayor de su existencia. Sólo que... él tenía dos criaturas... Lo pensó mucho..., mucho... Al fin se decidió. El sentimiento de su paternidad fué superior al del orgullo de hombre, y, para no arriesgar la dicha triste pero segura de su familia por un gesto teatral de insospechadas consecuencias, prefirió seguir siendo el "Trifón" de la oficina. Los alegres compañeros se divertían con ello, eran "muchachos" al fin, y él los disculpaba porque era la vida que, jugando con él, intentaba demostrarle prácticamente que aun le dejaba vivir, a él y a los suyos, de la risa ajena... Y mientras los demás reían llamándole "Trifón", el pobre Rodríguez, el cobarde, el infeliz, lloraba como lloran los ciegos, para adentro, bebiéndose las lágrimas y sintiendo cómo le quemaban al pasar por su garganta...

He aquí por qué Rodríguez consintió en dejar de ser Rodríguez para ser... "Trifón".

Guía de la mujer práctica

(Continuación de la pág. 21)

éter sulfúrico, aplicándola con una brocha.

Las maderas conservan su bonito lustre y quedan por largo tiempo perfectamente nuevas encerándolas una vez por mes y frotándolas luego con una franela para darles brillo. Hay que cuidar de aplicar muy poca cantidad de cera para que la superficie no quede pegajosa y de que no quede depositada entre las ranuras o molduras del mueble.

Cuando el mueble está tan gastado y averiado que ha perdido toda traza de pintura, conviene barnizarlo de nuevo, después de haberlo limpiado perfectamente y remendado sus defectos. Un buen barniz puede hacerse mezclando: alcanfor, 6 gramos; ácido benzoico, 10 gramos; alcohol metílico, 400 gramos; éter sulfúrico, 5 gramos.

Si se desea un barniz más brillante, se obtendrá con esta fórmula, que puede usarse en frío: Goma laca pulverizada, 550 gramos; sandáraca, 75 gramos; trementina de Venecia, 245 gramos; alcohol, un litro. Se disuelven la laca y la sandáraca en el alcohol; luego se agrega la trementina y, por último, 20 gramos de una materia colorante, por ejemplo, "fucsina", para obtener un barniz rojo, y "nigrosina", para un barniz negro.

Los cortinados Los cortinados imitando los vitraux antiguos están cada vez más en boga, para el amueblamiento moderno. Pueden hacerse reuniendo trozos de taffeta, seda, faya, de todos los matices, uniendo sus bordes con un cordoncillo de seda gris que imita las uniones de plomo.

Las figuras geométricas más opuestas pueden ser incluídas en estos conjuntos caprichosos, sin perjuicio de formar dibujos que puedan ser fácilmente retenidos a la vista; también pueden imitarse escenas y motivos animados, característicos de los vitraux antiguos. Si la luz ha de pasar a través de los cortinados, el efecto será mejor.

Los cortinados deben inspirarse siempre en el estilo del conjunto y en el carácter de la pieza.

El filet de color bordado con flores, pájaros y motivos de muchos colores, es el que más de acuerdo se halla con el arte moderno. Será encantador empleado como portier, cortinado, o velo de vitraje en un salón o habitación de colores matizados en cierta armonía.

Observaciones y consejos Generalmente se puede restaurar con alumbre el color de las telas desteñidas. Para ello cepíllese bien el artículo cuyo color se desea devolver y cúbrasela con una capa de espuma de jabón. Enjuáguese con agua clara y luego con agua de alumbre. En esta forma el color primitivo volverá a aparecer.

—He aquí una receta antigua para la toilette, y que puede prepararse en un momento dado con sólo mezclar dos ingredientes muy conocidos: miel y glicerina. Tómense 30 gramos de glicerina y colóquense en un cacharro de porcelana y póngase éste al fuego o en una cacerola con agua hirviendo. Agréguense cuatro cucharadas de miel. Apenas esté todo derretido, se revuelve bien y se echa dentro de una botella. El uso de esta preparación no solamente conservará suave la piel, sino que contribuirá a que se mantenga blanca.

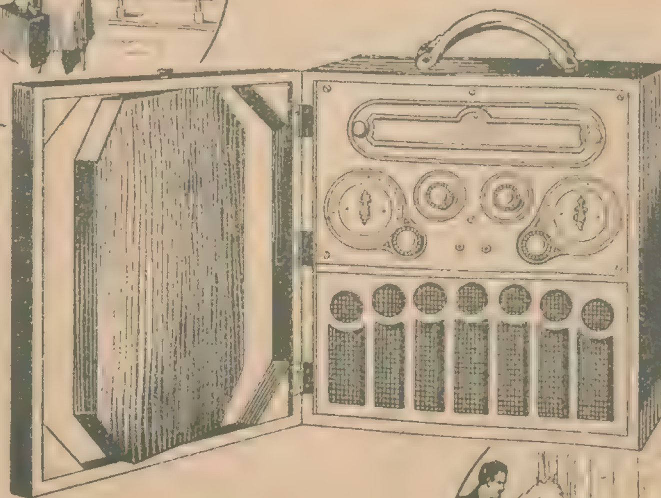
Para las personas que hacen muchos trabajos domésticos y sus manos son difíciles de mantener arregladas durante el invierno, se puede agregar una cucharadita de jugo de limón a la miel y la glicerina.















El buen humor de los demás

HUMORISTAS DEL VERSO

PABLO PARELLADA ("Melitón González")

DEL "TENORIO MODERNISTA"

APULSO BIS

"Alma Agosto.
Tiempo caluroso,
suelo resecáceo,
encuéntrase tan sólo al frescoco
el cetáceo.
Aire caligino,
brisa de rescoldo;
impónese el gazpacho de pepino
y el toldo.
Ronronean moscas
y demás compinches,
y se ponen hoscas
las chinches.
Muere, aguafaltante,
la libelulilla,
y [illegible] en la ley municipante
la morcilla.
Tarde bochornídea,
el pastor sestea,
se tumbalarguídea
y piernasueltea."

APULSO PRISTINO

Firmofeché. La campana
tocó la hora amarilla.
La coleante Sevilla
abandonaré mañana;
tornaré a la patria mía
cuando alborezca el expando
luciérnaginoso; cuando
se desenchiquere el día...
¡Ah! Mármoles sitibundos
que esculturé con afán,
los sevillanos vendrán
a veros, absortibundos;
y al sorber del panteón
las nuevas necropolieces,
mostrará admiracioneces
la glauca generación
persistiréis en los puestos
Siglos y siglos, pasados,
en que os puse, mis enhiestos
remembros petrificados.
¡Oh! Pomas de mi intelecto
que con mi cincel mondé,
y en las que exteriorice
personificante efecto;
aquel que os formalizó
os ruega que los laureles
recojáis del Praxiteles
que forma vívida os dió.
Lapidente doña Inés,
corporal e inanimácea,
deja que un alma violácea
plaña brevemente a tus pies.
En mi cerebral armario,
y hoy que, como antidotario
tu amor busca con afán,
te halla metida don Juan
en tu estuche funerario.
En ti sólo remembré
desde que Villadieguí
y, desde que me esfumí,
volver encefalicé.
Yo tan sólo esperancé
de tu espíritu el santuario,
y hoy que retorna precario,
cual lacrimente caimán,
sólo se encuentra don Juan
con tu estuche funerario.
Liliácica doña Inés,
cuyo peplo de bellencia
ergastulo en sepultencia
quien plañendo está a tus pies.
si de esa piedra al revés
te refleja el inventario
del que te adoró [illegible]
como al fauno adoró Pan,
localidiza a don Juan
en tu estuche funerario.
germinaste por mi bien,
por ti, vívida camelia,
he pensado en la eutrapelia
de la vida en el andén.
Sí; en el momento presén,
como efluvio de incensario,
veo un ser imaginario
y se exhausteoe mi afán
que simbifica a don Juan,
en tu estuche funerario.
¡Oh! Inés de mi convivencia,
lejonica luz de Sirio,
madrigalizante lirio
de mi bohemia existencia,
si de tus labios la esencia
llega al celestial estuario,
y hay alguién tras el muestrario
de astros que fulgiendo están,
di que atalaye a don Juan
en tu estuche funerario.

(Gravitoequilibra en el aposento necrodúlico, eclipsando su personal frontispicio; y mientras estatiquiza, una emanación nefeloide que emerge de la vitrina necrodúlica, pantallea la pétrea remembranza de doña Inés. Cuando la nefeloide emanación se esfuma, la pétrea remembranza se he invisibilizado. Don Juan surge de su estupefacientismo.)

Esa luna cuadrantal
las glauqueces me refresca;
luna miliunanochesca,
abracadabrante y... tal.
¡Cielos! En el sustental
no está el mármol estatuario;
aquel contorno Inesario,
¿fué de mi mente un desmán?

CURSO LIBRE DE CHISTOLOGÍA

—¿Cree usted en los restauradores del cabello?
—Desde luego. Son infalibles.
—¿Le han hecho crecer el pelo?
—No. Inventé uno, y me he comprado varias estancias...

Un pasajero dice al guardatren:
—Me va usted hacer el favor de despertarme en la estación de X y hacerme bajar, aunque sea a la fuerza, cueste lo que cueste. Ya sabe usted que en esa estación el tren no para más que dos minutos, y yo tengo el sueño muy duro. De modo que si tiene usted que echarme a puntapiés, écheme a puntapiés, y ahí tiene usted esos pesos.

A la mañana siguiente se despierta el caballero y se encuentra en la estación de I, a cien kilómetros de X. Se indigna, se enfurece, llama al guarda:
—So estúpido, so canalla, ¿no le dije a usted que me despertara en X, y que me echara del tren a puntapiés?
Escandalizados los demás viajeros,



LOS SUELDOS DE LAS ESTRELLAS

El magnate del film. — ¿Tomaría usted en cuenta una propuesta de mil dólares por semana?
La estrella. — Como un chiste, tal vez... En nuestro "studio" no nos permiten aceptar propinas.

acuden en favor del empleado. Y éste dice humildemente:

—¡No, si no me extraña nada! ¡Habían ustedes de oír las cosas que me dijo el otro!

—¡El otro! ¿Qué otro?

—El que en X hice bajar del tren a puntapiés.

Una vez tropezó el conde de S. a M. de Vaines. Y le dijo:

—¿Es cierto, caballero, que en una casa donde tuvieron la bondad de asegurar que yo era un hombre de ingenio, vos respondísteis que no lo había sido nunca?

Y el de Vaines replicó:

—Caballero, os han engañado... ¡Yo no he estado jamás en ninguna casa donde dijeran que vos erais un hombre de ingenio!...

Nombran a Cachirulo director de una empresa de ferrocarriles, y su primera medida es disponer que se ponga en todas las estaciones el siguiente sugestivo cartel:

"En lo sucesivo, cuando avancen dos trenes por la misma línea en dirección opuesta, los maquinistas tendrán la obligación, bajo su responsabilidad, de detenerlos antes de que ocurra el choque. Y les queda terminantemente prohibido el ponerse en marcha por la misma línea, hasta que uno de los dos trenes no haya pasado."



EL SONAMBULO

—*¡Alabado sea Dios! Afortunadamente, no era cierto. Soñé que me caía de un caballo...*

VERGEL DE INGENIO

JOSÉ BERGAMIN

—Aunque no vayas a ninguna parte, no te quedes en el camino.

—Sólo los verdaderamente apasionados pueden ser verdaderamente fríos.

—El hombre no piensa más que cuando está solo.

—El valor de una inteligencia se cotiza generalmente por el cesto de los papeles.

—El siglo XIX es el siglo del abanico.

—Casi todos los pecados de amor tienen su origen en alguna inocencia más o menos paradisíaca.

—Cleopatra resume, tan representativamente en Shakespeare, todo el amor y toda la feminidad, porque con su papel de reina contrasta mejor su condición de esclava.

—El baile es la fuerza puesta al servicio de la ligereza. Abominad de toda fuerza que no sirva para bailar.

—La danza eleva hasta el espíritu; pero el espíritu para nada necesita bailar.

—El *jazz-band* suena bien cuando no pretende ser una música.

—No hay teatro de arte ni arte de teatro; hay, sencillamente, teatro.

—El éxito no compromete la obra, sino la obra futura.

—Eugenio d'Ors sonríe siempre como para quien está en el secreto.

—El cohete es una caña que piensa con brillantez.

—El barómetro que marca "variable" es un irónico acusador de Dios.

—De casi todos los sitios en que se entra muy fácilmente por la puerta, se suele salir por la ventana.

—Aun dentro del salón de baile hay quien prefiere no bailar.

—Se tiene una teoría como se tiene una mujer: por amor, capricho o conveniencia. Por eso hay que procurar elegir, y, además, tener suerte.

—Una bebida espirituosa no puede causar un daño espiritual.

Evocaciones del pasado

Un pintor que debía exponer en el Museo Histórico

Por PILAR LUSARRETA



EN punto a colecciones raras — me dijo el estudiante, sombrero grasoso en los bordes, corbata deshilachada y tacones gastados hasta la ausencia en las botinas irradiantes de un brillo ficticio — he conocido algunas; no sé si le he hablado a usted de un caballero que tenía etiquetados, sellados y con su pequeña historia individual sujeta al gollete, los envases de todos los específicos que había ingerido en su vida. Cuanto remedio nuevo salía a luz, se lo suministraba por el placer de añadir a su colección una nueva botella o caja procedente de los laboratorios químicos de París, de Edimburgo o de Londres; naturalmente murió intoxicado. Otros he conocido también muy originales, algún día hablaremos de eso...

— Y la suya — añadí — la suya es también bastante curiosa...

— ¡Oh, la mía no! — protestó modestamente, pero halagado a todas vistas. — Y luego, la explicación mata la originalidad: no pudiendo coleccionar obras de arte, a las que soy aficionado, colecciono los catálogos de las exposiciones y museos que visito; los anoto, los comento y me los guardo. Le aseguro a usted, que dan tanto placer como ellas, y carecen de muchos de sus inconvenientes: ocupan poco sitio y como no tienen un valor material, no hay peligro do que le sean embargados a uno.

Guardó silencio; en la sala de exposición, donde nos encontrábamos, silenciosa y casi desierta, se oían los pasos arrastrados y el jadear de un anciano, que emitía voces aprobadoras ante las pequeñas y abundantes telas que tapizaban las paredes. Yo veía moverse febrilmente un cabo de lápiz en la mano del estudiante,

"Momifiée et toute jaune
Comme la main d'un pharaon..."

Sentí una curiosidad juvenil, infantil, casi, un deseo picante por desentrañar los conceptos que irían a engrosar, con aquel catálogo, la colección; algo como lo que debió inducir a M. Champollión a descifrar los jeroglíficos de las tumbas y monumentos egipcios. Hay en la quietud de esos salones de pintura, sin público casi, un vago ambiente de ensueño que amortigua la volutad y que conturba el espíritu. La imaginación flota indecisa; se dice uno cosas razonables que parecen absurdas y sólo lo absurdo satisface a la razón. Se desearía huir de la realidad, alvidar el presente; se aspira a lo desconocido, al más allá futuro o pasado...

— Ahí fuera — dijo el estudiante, guardándose el cabo de lápiz en el bolsillo alto del chaleco — me espera Fulano. — Y alargándome el pequeño catálogo amarillo, surcado de su escritura confusa como un hilo enredado, añadió: — Le dejo a usted en buena compañía; dentro de media hora estaré de vuelta.

Entonces, entre el catálogo y yo entablóse un diálogo silencioso.

"— El catalejo — comenzó — con la anotación primera está un poco empañado y vuelto de revés. Las escenas son confusas y pequeñas, pero si se aplica, logrará usted ver algo...

"— Sí — dije—ya voy descubriendo...

"— Todo el "Buenos Aires de sesenta años atrás", de Antonio Wilde. ¿No es eso?

"— ¡Eso mismo!"

Hubo un claro en la conversación, poblado de escenas: "Un gato bajo los ceibos", unos "Candombes", una "Salida del baile", unas "Cuarteleras del tiempo de Rosas"...

Yo me retardaba en su contemplación, saboreando el ambiente, sonriendo satisfecha: vagamente, confusamente me parecía escuchar el balbuceo negro, pueril y gangoso, el redoblar de los tambores, y el rodar de las volantas en el empedrado grosero de las calles de Santa Rosa o Potosí; creía oír el rasguear de las guitarras y las voces de aviso de los gatos y pericones... Por bien parecer, consulté el catálogo:

"— ¿Qué piensa usted del pintor Figari? ¡Es encantador todo esto!

"— Del pintor no opino nada — respondió, — porque no existe. Si sabe usted lo que es pintura, no me explico que califique de pintor al que ha hecho estas cosas.

"— Sin embargo,—protesté — el impresionismo...

"— Sí, y el primitivismo; pero todo eso, comienzos o transiciones del arte, pinturas de emoción o de evocación, de formas solas o colores solos, pintura musical, literaria, romántica, histórica, etc., etc., no destruyen ni son comparables a la pintura, que es el fin de todas las tendencias.

"— Entonces — protesté — ¿cómo explica que siendo esto tan malo como a usted se le antoja, guste y atraiga?"

¿Será audaz decir que el catálogo tuvo una sonrisa desdeñosa?

"— ¡Qué verdad acaba usted de expresar! — respondió una línea torcida que sorteaba los elogios impresos en la primera página. — Y advierta que es, precisamente, lo más malo, pictóricamente hablando, lo más suyo y no lo retocadito y pretensioso — que lo hay también — y no lo que ya tiene aspiraciones de dibujo, lo que más me gusta y más me atrae... ¿Ha estado usted en el Museo Histórico alguna vez? Sí, pues es claro... Y ¿no recuerda unas largas colecciones de grabados, de entre los años diez al ochenta del 1800, torpes, desproporcionados, ingenuos?... ¿Recuerda? "El Rancho", "El Aguatero", "La tipa de tortas", "La Diligencia", "El nido en la pampa", "En la iglesia", "Baile federal", etc., etc... Pues lo mismo que ésos, éstos, que allí están inspirados y de all tomaron su carácter, se hacen acreedores a toda disculpa para sus desproporciones, para sus infantiles torpezas, infancia de un arte popular y anónimo. Más aún, de la torpeza de su ejecución, y de la agreza de su colorido, que les da *sabor de entonces*, es de donde procede su encanto. Si no, ¿cómo cree que podría soportarse con paciencia? Esta mala pintura es como la pésima redacción de los libros de Calzadilla, de Germán Vega, de Mansilla y de Wilde (Antonio). Gusta, porque como los libros de los autores citados, evoca una época en que se pintaba y se escribía así, y porque no habiendo otras cosas mejores de aquellos tiempos, ¡qué diablos! no queda más recurso que apechugar con ellas. ¡Y no digamos si Pedro Figari en vez de pintar escenas de oído — como tocan el piano los aficionados cursis — hubiese nacido en el año 20! *¡Quel chance!* Sus cuadros serían a estas horas lo mejorcito del Museo Histórico; serían *documentos* en vez de *evocaciones*... ¡El público es tan exigente! Uno no se convence con que le pinten de memoria, necesita que le copien de la realidad."

"—Pero — objeté yo — usted calumnia demasiado esta pintura. En muchos de los cuadros adviértese un adelanto sorprendente, y quizá una deformación *querida*, como de mano hábil, que se propusiese no serlo... "Repechando", por ejemplo, con muy poco más, sería una obra pictóricamene buena... — Concedió; yo me animaba. — ¿Y la luz? Dígame si ahí, ese cuadro "La Laguna" no tiene una luminosidad...

"— No, no — interrumpió el catálogo,

con una de sus notas marginales — eso es un "truco"... la luz está en el foco colocado demasiado cerca de la tela, y cayendo de pleno sobre ella; eso no cuela; ¡si lo viese a las diez antemeridiano..."

Confieso que empezaba a comprender las aficiones del estudiante. Temerosa de que llegara de un momento a otro, y me arrebatase su tesoro, me apresuré a consultarle:

"— En resumidas cuentas, ¿cuál es su opinión sobre Figari?

"— ¡Pchs!... Yo creo — repuso la anotación final — que puede disculpársele que pinte, y hasta que pinte mal, porque lo que hace tiene para nosotros cierto interés anedóctico y documental; lo que no puede disculpársele ni tiene perdón de Dios, es que haya hecho con estos cuadros exposiciones en París y en Londres... ¿Se imagina usted la posición espiritual de un inglés frente a estas manchas confusas? ¡Horror!... Porque, desengáñese usted, lo mismo que es imposible mirar el retrato, aunque sea malo, de una persona amada a quien se ha perdido, sin conmoverse, no por lo que el retrato es, sino por lo que entre nosotros despierta, estos cuadros de Figari el único valor y la única emoción que tienen, es el que les presta quien los mira..."

LA GROENLANDIA

La mayor masa de hielo en el planeta que habitamos es la que constituye casi todo el interior de Groenlandia, donde se ha ido acumulando aquél desde tiempos prehistóricos, formando un bloque de cerca de un millón doscientos mil kilómetros cuadrados, por lo que se refiere a su área total, y de cerca de tres kilómetros de profundidad. Si estas cifras estadísticas no están erradas, resultaría que ese "terroncito" de hielo tendría un volumen mucho mayor que la totalidad del agua contenida en el Mediterráneo, y que extendido sobre la superficie de la Gran Bretaña e Irlanda las cubriría con una capa de trece kilómetros de espesor; o de cerca de doscientos metros si se esparciera sobre el inmenso territorio de los Estados Unidos.

Filosofículas de invierno

(Continuación de la pág. 16)

externo y calorcito interior. Fuera de casa llovizna, viento; dentro, apetitosa tibieza, blanda molicie, que no es pecado... Un libro nos deleita mejor que el paseo más atrayente. ¿Y las noches largas? ¿Y las comidas abundantes? ¿Y los deportes desde el patín hasta el baile? En rigor, amigo mío, el otoño que nos impresiona y conmueve no es el del cuadro agreste sino el que contemplamos en nuestra propia individualidad, en la que el tiempo ocasiona estragos irreparables. ¡Ah, pero no olvidemos que las gentes del siglo están logrando suprimir esta transición que motivos abundantes diera al arte! Se procura saltar de la primavera al invierno en tentativa muchas veces victoriosa, después de la cual hay que resignarse a rendir el tributo a la madre tierra. Ni canas ni arrugas, ni telas obscuras ni gorras. En la sangre arde el deseo, aunque sin llegar a exteriorizarse desembozadamente. Acátanse los imperativos de la moral cristiana, fundamento de nuestra sociedad. La mujer moderna, negándose a envejecer, y en ello le ha precedido el hombre que se somete al injerto del doctor Voronoff, es la concreción viviente del arquetipo en que la humanidad tiene puestos sus ojos. ¿Responderán, le pregunto yo ahora a usted, las generaciones venideras, vaciadas en estos moldes, a los anhelos que a la fecha trasuntamos tímidamente? Si usted es discípulo de Darwin, de Mantegazza o de Ameghino — concluye diciéndome en su carta mi gentil amiga, — apuesto a que baja la cabeza en señal afirmativa."

De nuestra tierra

Hacia Entre Ríos

Por

MARIA ANTONIA MARTINEZ


QUE nuestra patria es hermosa es algo que saben ciertos extranjeros, lo ignoran muchos, y, ¡oh ironía!, olvídanlo los argentinos.

Cualquier rumbo que tomemos está lleno de bellezas o de notas interesantes, como ser: progreso insospechable, actividad comercial, por ende, riqueza y elevada cultura.

Vibren, pues, nuestros corazones de patriotas, con el más noble de los entusiasmos, y, en justo orgullo y homenaje, pregonemos nuestra grandeza, después de comprobarla viajando por nuestra querida tierra.

Vamos hoy hacia Entre Ríos.

¿Quién no recuerda los versos aquellos, inspirados por un sentimiento análogo al que me incita en mis breves y mal hilvanadas reseñas?:

De las entrañas de América
Dos raudales se desatan:
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.

Cuando el vapor remonta cualquiera de esos ríos desenvuélvese ante la vista del viajero — si es emotivo y asequible a las gratas impresiones — una sucesión de panoramas multiformes y policrómicos que disipan el tedio y cansancio de la vida urbana. Diríase que una ráfaga de higienización moral nos aristocratiza, tornándonos al viejo romanticismo, que lo mismo lloraba una décima que esgrimía, caballero de un ideal, la lanza bélica que nos dió patria.

Subiendo el Uruguay, así que pasamos Martín García, vemos por el lado de estribor las mesetas de la Agraciada, recordando entonces la hazaña de los Treinta y Tres. A babor, y allá en la lejanía, las arboledas del Delta, cuyas bellezas inspiraron a Marcos Sastre — hoy completamente olvidado — páginas incomparables.

Algo tarda aún el vapor en penetrar al sitio en que el Uruguay estrecha sus costas. Al fin pasamos las "Tres Bocas", constituídas por dos islas paralelas. Estamos ya bis a bis con la provincia de Entre Ríos.

Concepción del Uruguay, la vieja capital de la provincia y ciudad predilecta del general Urquiza, conserva todavía el aspecto de las ciudades coloniales. Rememóranse a su vista aquellas estrofas tan dulces y penetradas de suave añoranza:

Todo está como era entonces:
La casa, la calle, el río,
Los árboles con sus hojas
Y las ramas con sus nidos.

Mas, eso no es desmérito. Llegará un día — si no ha llegado ya — en que los lugares que conservan lo argentino, la tradición, el punto de arranque de nuestra entidad política, serán refugio y reducto donde se retemplen las virtudes de la raza, un tanto abatidas por la mezcla de un cosmopolitismo que si nos da progreso material nos substrae fuerzas morales eficientes para la vida pública e individual.

Más arriba, y así que pasamos la ciudad uruguaya, Paysandú, que alguien llamó "la Troya americana", aparece el pueblito de Colón, con sus casitas blancas y rojas, remedando esos nacimientos que nos encantaron en los días de la infancia, en las inolvidables Nochebuenas.

Allí se detiene por lo general el vapor de la carrera, dando trasbordo de su carga a otro más pequeño, que llega a Concordia y Salto.

Esto nos permite internarnos en el territorio. La colonia San José, fundada hace poco más de medio siglo, es como un suburbio de Colón. Nació con familias suizas, y fué, puede decirse, el primer paso dado por el Estado para la iniciación de la industria agrícola.

Quedan todavía, como reliquias de esfuerzos y anhelos pretéritos, tres molinos de viento, que, por cierto, no realizan molienda alguna, como no sea la que su presencia silenciosa nos sugiere al desmenuzar fechas y recuerdos. Uno de ellos conserva aún las aspas. Recordamos los pasajes del célebre libro del inmortal manco, en que Don Quijote platica con el bueno de Sancho en las llanuras de Castilla, cuadros que tienen siempre más cerca o más lejos la sin igual pareja, uno de tales molinos. Al margen de la poesía de lo que fué, surge la manifestación de la actividad y del capital contemporáneo en el más importante establecimiento del mundo entero en carnes conservadas: el viejo saladero Colón, hoy la gran fábrica Liebig.

Bellos horizontes, recuerdos de gloriosos días, sitios para la égloga y el "amor que ama", por contraposición al amor que olvida.

Sería excelente para la salud espiritual fijar la atención en la terapéutica de excursiones periódicas a estos sitios, contra la cocaína, la morfina, el cabaret.

Seductora es nuestra capital, pero malsana. La salud y felicidad están lejos del bullicio de sus centros, frente a la madre naturaleza, o en el recogimiento de las ciudades tranquilas y pintorescas del interior...


FOTO N. H.
Vista general de Diamante (Entre Ríos)


FOTO CALVET
Cascada del Salto Grande


FOTO BOURGUIN Y CIA.
La ciudad de Paraná

Página de ofertas y oportunidades

DOS PALABRAS

CON la presente damos por inaugurada la página de ofertas y oportunidades. Como su título lo indica, en ella hallarán nuestras lectoras un indicador de toda ocasión que se presente para enriquecer sus guardarropas, los guardarropas de sus hijos y esposos, o bien para contribuir al alhajamiento de sus hogares.

Es nuestro propósito, al inaugurar esta página, el de secundar a las amantes dueñas de casa en su grata, pero difícil tarea, que tiende a lograr las notas más elevadas de la elegancia y del confort dentro de una bien entendida economía. De ahí que abriguemos la convicción de que nuestras lectoras se convertirán en asiduas examinadoras de la sección "Ofertas y oportunidades", seguras de que en ella hallarán, a la par que noticias de indiscutible interés, una serie de ofertas que sin duda encontrarán convenientes. Nos confirma en esta convicción el hecho de que, para que un ofrecimiento de oportunidad sea admitiendo en esta página debe realmente tener el carácter de tal.

Expresado esto, damos por inaugurada la sección con una serie de ofertas, las que, más que las frases más vehementes y las promesas más sinceras, pueden dar una idea sobre cuáles son las intenciones que nos guían.

He aquí una oferta de pulseras de perlas, que constituyen la última novedad de la moda. Las elegantes, que saben la importancia del rol de las perlas en la moda actual, fácilmente la valorarán en toda su significación.

A la par de esta oferta, figura la de las "tricot" elegantísimas y cómodas, irreemplazables en esta época caracterizada por su modalidad deportiva.

Realmente notable es la oportunidad que se ofrece en zapatería. De formas y coloridos muy en boga, no dudamos de que la oferta llamará la atención de nuestras lectoras.

Igualmente digna de aprovecharse es la oferta de guantes y medias. Muy de moda, realizadas con materiales de calidad y a precios muy convenientes, serán, sin duda, motivo de preferencia. Manifiestamente excepcional es la ocasión que brinda uno de los más prestigiosos bazares, haciendo una deferencia a las lectoras de "El Hogar", a las que ofrece algunos de sus artículos a precios de verdadera oportunidad. Y por último, he ahí una oferta de una casa de modas, la que ofrece hechuras de vestidos y tapados a precios no vistos con frecuencia.

Esta oferta, como ninguna de las anteriores, no necesita ser comentada para que surja la evidencia de cuanto tienen de conveniente.

Actualidades gráficas

Los grandes enlaces



Señorita Sofía Hearne Rocha, que contrajo enlace con el señor Manuel Suárez Bernat

Señorita Eva Crotto, que contrajo enlace con el señor Joaquín Vergara Campos

Señorita Laura Lynch, que contrajo enlace con el ingeniero Luis Cárdenas

Señorita María Rosa Pérez Tornquist y señor Enrique de Lezica, cuyo enlace fué bendecido recientemente

Notas de provincias

LA ACTUALIDAD SOCIAL DE ROSARIO



FOTO MARTIN

Enlace de la señorita Sara Beatriz Sempé Doncel con el señor Samuel Salvá Molina



FOTO MARTIN

Parte de la concurrencia a la reunión social organizada últimamente por el Club Hípico Rosario



FOTO MARTIN

En la estación Rosario Norte. Recibimiento efectuado al director del diario "La Capital", al regreso de su reciente viaje a Europa

SAN LUIS



FOTO LA VÍA

El señor gobernador de la Provincia, su comitiva y parte del público que asistió a la misa de campaña celebrada en la festividad patria del 9 de Julio

LAS FIESTAS PATRIAS EN SANTA ROSA DE TOAY (Pampa)



El gobernador del territorio, señor Jorge Moore, magistrados y autoridades superiores de La Pampa, presenciando, frente a la plaza Mitre, el desfile de los colegios salesianos, realizado después del Tedéum



FOTO QUIROGA

Damas, señoritas y caballeros en el palco oficial de la Comisión de Fiestas Julias, en el parque Centenario, asistiendo al desarrollo del programa deportivo realizado como un número de las fiestas patrias

Rarezas y extravagancias





FOTO WILL POTTER

Una novedad en materia de inventos raros es el paraguas cartera, ideado por un fabricante de conservas de Berlín, llamado Heidelberg Naegele, de que dan idea estas dos fotografías. El paraguas se pliega, reducido a proporciones insignificantes, para ser usado como cartera, teniendo entonces solamente el tamaño de diez y seis centímetros. El mango del paraguas termina en una bola que sirve para guardar menesteres



FOTO NACHRICHTENDIENST

La conocida actriz del cine alemán Jenny Jugo, paseando por las calles de Berlín en un triciclo accionado por un aparato de radio de que es inventor el pintor berlinés Paul Baron, que la acompaña



FOTO NACHRICHTENDIENST

Paul Baron con el aparato de su invención, para recepción telefónica, en que usa como antena una armazón de sombrilla, sin conexión fija; y la actriz de cine Jenny Jugo observando las condiciones del aparato, que funciona en cualquier lugar

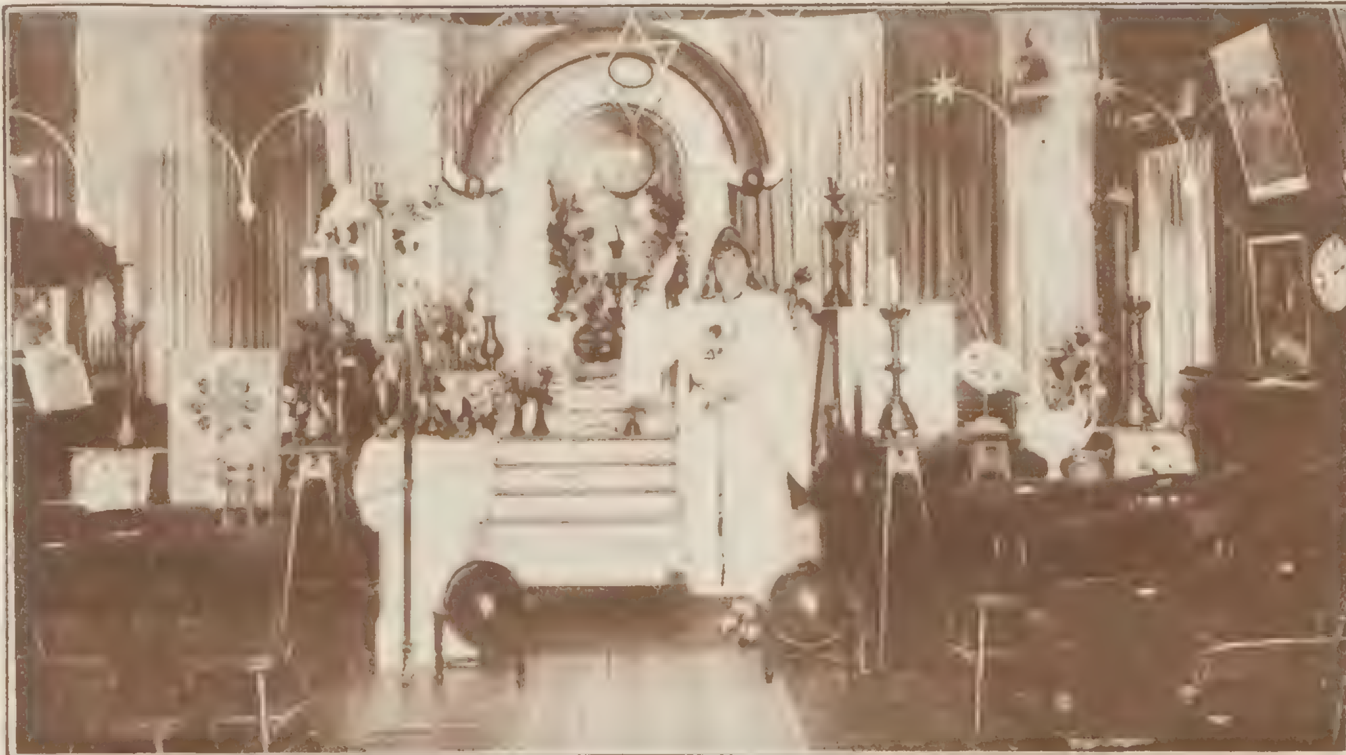


FOTO SPORT & GENERAL

La iglesia más extraña de Londres es ésta, que funciona en una de las salas de espera de la estación del ferrocarril del Sud, en Demark Hall, y en la cual actúa de sacerdotisa la fundadora, esposa de un maestro de escuela de Londres



El caso del Teatro Imperial

Por

ENRIQUE M. AMORIN

Ilustración de Goldschmidt





LA lluvia torrencial que cayó sobre la ciudad la noche del estreno no se ha repetido desde entonces. Las calles desiertas y a obscuras. Arcos voltaicos por el suelo. Cables colgados de las columnas; recios cables que daban la sensación bárbara de un destripamiento de la ciudad. En la esquina del Teatro Imperial, un coche de plaza, volcado, contenía con la capota el torrente de agua. Los albañales y las bocas de tormenta más bien parecían arrojar el agua que tragarla. Automóviles abandonados en la vía pública; trágicos caballos, muertos por las descargas eléctricas de los cables, rígidas las patas, panza arriba. Puertas y ventanas que se sacudían, dando golpes estrepitosos. Los caños maestros del agua se iban abriendo en grietas, en el asfaltado o en el pavimento de madera. Todo, en un caos de tormenta, mientras se representaba por primera vez mi drama en tres actos, titulado "Historia trágica". Afuera el huracán, la tempestad; adentro, el viento trágico de mi obra, pasando en ráfagas por el escenario del Teatro Imperial. Yo, en el paraíso, confundido con el público grueso y la claque, seguía, palabra por palabra, el desarrollo de mi drama. Siempre me ha gustado confundirme con el público el día del estreno. Ya aquella noche, mientras oía la tormenta que azotaba la ciudad, gozaba doblemente del espectáculo. Creo que al público le sucedía lo mismo. Estábamos aislados del mundo exterior, firmemente convencidos todos que era imposible salir a la calle. Las líneas telefónicas interrumpida. Por una feliz casualidad, el cable que alimentaba la energía eléctrica del teatro no había sido dañado por la tormenta. Desde la más alta ventana del teatro se podía ver el mar, en tempestad. Al finalizar el primer acto, asomado a la ventana, presencié el espectáculo inmenso de la mar embravecida. Me acompañaban dos sujetos de la claque. Todo el entreacto lo pasamos extasiados.

El público masculino salió a ver llover. Pudieron presenciar los curiosos el daño que la tormenta había ocasionado. Era tal, que un sacudón nervioso recibieron al contemplar el cuadro que presentaba la plaza cercana, arrasada. El soplo tempestuoso de la noche puso un trágico asombro en los ojos de los concurrentes... En la sala, al comenzar el segundo acto de mi "Historia trágica", había un silencio sepulcral. Yo me asusté al principio; pero cuando mi protagonista femenino comenzó a reprochar la maldad de su esposo, en el diálogo de la escena octava, me tranquilicé. El público, atento, escuchaba como nunca los discursos de mi drama. El silencio era mayor aún a medida que el diálogo iba tomando bríos. Fué creciendo en tal forma, que resonaban en la sala y hacían ecos en el paraíso los menores movimientos de los actores.

La seda del forro del tapado de Fanny, la protagonista, producía, al ser acariciado por la actriz, un murmullo encantador, que sobrecogía. Si el malvado esposo, en un gesto triunfal, frotábase las manos, el ruido que producía su piel pasaba, al parecer, como un viento helado de perversidad sobre las cabezas descubiertas de los oyentes. Nadie se movía; ni un gesto, ni un ademán, ni un suspiro en el público. Por instantes, el aliento suave y doloroso de la actriz llenaba la sala de una tristeza extraordinaria. Mi carne se apretaba a mis huesos, en un recogimiento íntimo de satisfacción, por el éxito que mi drama iba obteniendo. Inmóvil, apenas podía, después de un gran esfuerzo y una lucha conmigo mismo, quitar los ojos de la escena. Muy pocas veces pude observar al público presa de aquella escena terriblemente dolorosa. Aquella escena que en voz alta tantas noches leí en mi casa, hundido en la soledad de mis cuatro paredes.

Al terminar el segundo acto el público se hallaba tan posesionado del drama, que, salvo excepciones, nadie salió a los pasillos. Aplaudieron y quedáronse quietos. Las mujeres, llorosas; los hombres, pensativos. Toda la concurrencia en mis garras...



"...Me asomaba a aquel pozo, en donde se debatía la humanidad..."

II

EL tercer acto comenzó con un silencio religioso. Yo había cifrado en él todas mis esperanzas. No sobraba una sílaba; no cabía allí una sola palabra. Algunas cabezas del público se alzaban sobre las demás, como suele suceder en las luchas romanas que se llevan a cabo en los escenarios. Bocas abiertas; ojos zahoríes; manos crispadas en los respaldares; cabezas que se iban despeinando poco a poco; mujeres que deshacían entre las manos blancos pañuelos, como en los días de desgracias familiares; y, silencio, un silencio fantástico, capaz de dar cabida al más leve suspiro de Fanny, la protagonista.

Yo mismo, que deseaba presenciar los dos espectáculos, por momentos me veía agarrado al escenario. Los magníficos actores secundaban mi trabajo magistralmente, poniendo en la interpretación una fuerza humana superior a la de los oyentes. Vencíanse a sí mismo, dándole tal realidad al diálogo, que las palabras mías parecían ser articuladas por primera vez.

De pronto, como si en el escenario hubiese pasado un accidente, vi a la primera fila ponerse íntegra de pie repentinamente. Tal como sucede en las luchas romanas, como en los verdaderos matchs de box, cuando cae vencido uno de los pugilistas. Aquél sí era un espectáculo real. Mi obra tenía el poder de sugestión de una lucha limpia, sin truco; tenía un valor humano comparable a un match. Yo me sentí perdido, perdido para siempre. Había algo allí que no alcanzaba a comprender. La primera fila de pie, posesionada del drama — en donde había un buen número de mujeres, — estiraba, toda ella, en un ademán de súplica. Era una fila de brazos implorantes. Aquellos gestos, me recordaban las de las luchas, brazos levantados del público pidiendo el golpe definitivo. Mi escena era real, verdadera, como yo habíala concebido. Insólito el acontecimiento, pero previsto por mí, para el futuro de mis obras. Deseo recordar un pasaje del diálogo, el más culminante, quizá:

"*Fanny.*—¡Me dejas ir ahora! Sabes que si salgo, es para no volver. La noche me arrebatará en sus brazos. ¡Será para siempre!

Héctor. — Ahí tienes las cartas, tu historia trágica. Eres libre. Puedes marcharte. Es la primera vez que te oigo hablar, como la otra...

Fanny. — ¡Pero, si la otra no existe, Héctor, nada más que en tu cabeza de alucinado! ¡No, no existe! ¡Déjame quedar, déjame quedar! ¡Escúchame!"

Al pronunciar estas palabras, tras de la primera fila, se levantaron dos más, luego tres; y, más tarde, a medida que el diálogo continuaba subiendo de tono, la platea entera, se puso de pie. Vi, por los pasillos, a varios señores que, seguidos de sus esposas, al parecer, andaban en dirección al escenario. Se aglomeraron en el puente o "pasarella" de la orquesta, inmóviles, siguiendo el desarrollo de la escena, con una atención enfermiza, y en actitud de intervenir.

La protagonista clamaba, llorando, por un amor que no podía alcanzar. Las mujeres, reunidas con sus maridos en los pasillos y aglomeradas en los palcos, miraban a sus hombres, llorosas y con ojos de súplica, interrogantes al mismo tiempo. ¿Qué se podía hacer, Dios mío?, parecían

(Continúa en la pág. 54)

Las actrices bonitas y sus lunares



FOTO F. BIXIO Y CÍA.

Josefina Serrador, dama joven de la compañía española que actúa en el teatro Victoria



FOTO F. BIXIO Y CÍA.

Ivette Andreyor, una de las figuras de relieve en la compañía francesa del Cervantes



FOTO F. BIXIO Y CÍA.

Nora Serrador, primera dama de la compañía española del teatro Victoria

ES casi una regla establecida que las figuras femeninas que actúan en el teatro presenten al análisis del público alguna nota original en su físico, ya que detrás de las candilejas pocas son las caras feas.

Un lunar suele ofrecer para el caso el punto vulnerable, y todo depende de la elección del lugar donde ha de ubicarse, ya que se trata, como es fácil comprender, de un simple agregado artificial.

El conjunto de fotografías que publicamos revela cómo se halla de difundida la moda del lunar en las actrices; aparecen aquí intérpretes del teatro francés, italiano y español. Puede observarse sin esfuerzo que ninguna coincide en la ubicación del lunar, lo que prueba una vez más la disparidad de gustos que domina entre el elemento femenino.



FOTO A. BADODI - MILÁN

Italia Almirante, primera actriz de la compañía italiana que debutará próximamente en el Cervantes

Del interior y del exterior

LA TEMPORADA EN SIERRAS HOTEL, ALTA GRACIA


Señor Studdet y señora


Señoras de Cruz y Jantus y señorita de Cruz


Señoras de Van Prat y Loxley


FOTO BIDA
Señoritas de Llambí y Gondra

TUCUMÁN


FOTO GOMEZ
Enlace de la señorita Elvira Alonso con el doctor Raimundo Bosch

MONTEVIDEO


Señoritas que asistieron a la recepción ofrecida por la señorita Elisa Bares Orejuela a sus amistades, con motivo de su cumpleaños


FOTO ADAMI
Enlace Nin Recaite-Rodriguez Castro

MONTEVIDEO


La nueva comisión directiva de la Sociedad Euskal Erria


Reunión infantil en el domicilio de los esposos Weisen, festejando el cumpleaños de su hijita Nely


FOTO ADAMI
Enlace Róspide Sarran-Róspide

Informaciones diversas

DE ACTUALIDAD SOCIAL EN LA CAPITAL URUGUAYA



Enlace Terra Ilarraz-Puig Larrande



FOTO ADAMI

Concurrencia al baile con que la colectividad norteamericana celebró en el Parque Hotel la fiesta patria del 4 de Julio



FOTO ADAMI

Enlace Lussich Siri-Lerena Acevedo

MONTEVIDEO



FOTO ADAMI

Los delegados al Congreso Sud Americano de Higiene, a bordo del Pan América, a su paso por la vecina capital

SAN LUIS



FOTO LA VIA

Las señoritas de Luco, Jofré y Suárez, en el baile dado en el domicilio del gobernador electo, doctor Arancibia Rodríguez

TUCUMÁN



Durante la ceremonia del enlace de la señorita María Luisa Reto Aráoz con el doctor Alberto E. Tay



FOTO MARTIN

Señoritas que participaron en el torneo de tennis realizado últimamente por el Tucumán Lawn Tennis Club

De nuestro gran mundo: noviazgos y enlaces



FOTO CABADA
Señorita Lucrecia Rocha y señor Guillermo de las Carreras, saliendo del templo de San Miguel, después de bendecido su matrimonio





FOTO VAN RIEL
Señorita Elena Ocampo Vedoya y señor Pedro A. Lobos, cuyo matrimonio fué celebrado recientemente





FOTO VAN RIEL
Señorita Gloria Demaría González Guerrico y señor Emilio Castro, cuyo enlace será bendecido el año próximo



FOTO WITCOMB
Señorita Esther Cullen Paunero, que ha formalizado su compromiso con el señor Luis Peró



FOTO WITCOMB
Señorita Dolores Josefina Santamarina, que contraerá enlace con el señor Simón Pereyra Iraola



FOTO WITCOMB
Señorita Hortensia Frías Padilla, que contrajo enlace con el doctor Ladislao Iraola, el 10 de julio



FOTO WITCOMB
Srta. Lucrecia Bunge Martínez, cuyo enlace con D. Ernesto Billoch Newbery, será bendecido próximamente



FOTO WITCOMB
Señorita Mabel Pasman, que ha formalizado su enlace con el señor Enrique Rodríguez Lubary



FOTO WITCOMB
Señorita Teodelina Lezica Alvear, cuyo enlace con el señor Fernando de Carabassa fué bendecido ayer



FOTO WITCOMB
Srta. Ernestina Fernández Górgolas, que contrajo enlace con D. Jack S. Taylor



FOTO VAN RIEL
Srta. María C. Cortejarena, que ha formalizado su compromiso con D. Arturo Peralta Ramos



FOTO WITCOMB
Señorita Cora Frers Lynch, que contrajo enlace con el señor Luis Dorado Aguirre



FOTO WITCOMB
Señorita María Esther Otamendi, que ha formalizado su compromiso con el señor Marcelo Guevara Lynch



FOTO BAY
Señorita Delia Rocha, que contraerá enlace con el señor Carlos A. Cortejarena



FOTO WITCOMB
Señorita Marta Bosch Pagés, que contrajo enlace con el señor Saturnino Zemborain (hijo)



FOTO WITCOMB
Señorita Amalia Frías Padilla, que contrajo enlace con el señor Luis Martel



FOTO CABADA
Señorita Adolfina Stegmann Buttner y señor Julio Saavedra, después de haber contraído enlace en la capilla de N. S. de las Victorias

En el mundo del cine



FOTO N. N.

Isabelita Ruiz y Jean Napoleón Michel, interpretando los papeles de protagonistas en una escena de "La Ascensión del Águila", película estrenada recientemente



FOTO N. N.

La actriz Susy Pierson, que tiene a su cargo uno de los papeles principales en "La Ascensión del Águila"



FOTO N. N.

Isabelita Ruiz en otra escena de "La Ascensión del Águila", película de Henry Roussell filmada en Francia e Italia, y que hace poco fué estrenada en esta capital



FOTO FAMOUS PLAYERS LASKY CORPORATION

Harold Lloyd, el conocido bufo, en una escena de "Agua Caliente", una comedia Pathé, que presentará en breve la Paramount



Carol Dempster ejecutando una extraña danza para una película Paramount, en la que la conocida intérprete encarna el papel de protagonista

Notas del extranjero



FOTO CENTRAL PRESS

El norteamericano Jesse Sweetser, de 24 años de edad, antiguo miembro del equipo de golf Walker, ganó el campeonato británico de golf para amateurs, en Muirfields, batiendo a A. T. Simpson, de Edimburgo. La fotografía muestra a Sweetser llevado en triunfo por sus compatriotas, después de la sensacional victoria



FOTO HENRI MANUEL

Aterrizaje en el puerto aéreo de Bourget (Francia) del primer avión comercial alemán destinado a la nueva línea aérea París-Berlín-Varsovia-Moscú. La máquina iba tripulada por los pilotos Rodsdinska y Lange Wiesche



FOTO CONSORTIUM DE LA PRESSE

El monumento a la gran trágica francesa Sarah Bernardt, obra del escultor Sicard, erigido en la plaza Malesherbes de París, y cuya inauguración se celebró en la mañana del día 5 del corriente mes



FOTO HENRI MANUEL

Comité francés constituido para la recolecta de fondos de la contribución voluntaria para la defensa del franco. En esta fotografía, tomada en el palacio del Elíseo, figuran en primer término, de izquierda a derecha: el mariscal Jofré, el presidente de la República, M. Doumergue; M. Raoul Pret, ministro de Finanzas, y el cardenal Dubois, arzobispo de París

El chic femenino



FOTO SCAIONI

Vestido en crepe de Chine blanco, abrigo de alpaca de seda blanca, ligeramente bordada en plata, modelo presentado por Drecoll

Vestido de sport, en kasha, presentado por Lelong

Las novedosas concepciones de la moda actual

Por BIJOU



MÁS o menos detenidamente, ya hemos pasado revista sobre las novedosas colecciones que nos trae la moda actual. Y de ese examen ha surgido una conclusión que puede resumirse así: Surge una aglomeración de ideas, a cual más nueva y más original, pero de ellas no se deduce ningún principio dominante en absoluto. Se nota una abundantísima riqueza de imaginación en la variedad de los detalles, pero ellos, en el fondo, no marcan una diametral o separación de las tendencias ya conocidas.



Quizá a estas características de la moda de hoy debamos el privilegio de que gozan las inspiraciones personales. Nunca se han puesto ellas de manifiesto con más libertad ni con mayor eficacia, haciendo que las elegancias ganen en diversidad lo que pierden en precisión.



Elegantísimo traje de "soirée", cuya mayor belleza consiste en los efectos "degradé" de sus cuentas blancas, grises y negras. El "corsage" aparece bordado con las mismas tonalidades de los flecos

Ello no significa, sin duda, que no se hicieran presentes algunas concepciones realmente novedosas, susceptibles de influenciar sobre la evolución ulterior de la moda; pero tampoco cabe dudar acerca de que esas novedades están condenadas a desaparecer bajo el reinado de la imprecisión y de la confusión que hace de la moda actual un curioso "melange" donde el pasado se encuentra con el futuro y el presente. Condenadas a desaparecer, sí; pero sólo momentáneamente, por lo que no es posible pasarlas por alto; menos aun si se considera que su importancia adquiere una trascendencia extraordinaria ya que son esas manifestaciones, hoy aisladas, las que, acaso, contienen el germen de la línea de mañana.

Entre esas novedosas concepciones, por ejemplo, fácil es de advertir el imperio de la manga ancha y el resurgimiento de la tendencia hacia los adornos; que la línea del talle tiende a elevarse y fijarse de una manera definitiva y que las faldas, de las que ya el año pasado se decía haber alcanzado la última expresión de lo cortonas, tienden aun a acortarse más.

Pero no nos apresuremos demasiado y vayamos por partes.



La originalidad de este traje de terciopelo, color rojo fuerte, consiste en sus graciosos moños forrados de lamé

LA SILUETA

LA moda de hoy exige que ella sea esbelta y grácil para lucir con ventaja las hermosas toilettes de última creación. Las faldas cortas, muy cortas, contribuyen a darles ese aire juvenil por el que las mujeres elegantes de todos los tiempos tanto han suspirado.

—¿Triunfan los vestidos cortos?

Esa parece ser la pregunta que pende de todos los labios femeninos, menos, claro está, de aquellos que no pueden alardear de ciertos encantos...

La línea del talle se eleva y las faldas se acortan. Nueva tendencia hacia los adornos

—Sí..., sí... Muy cortos.

Y esa parece ser la respuesta invariable.

En este terreno la moda permite todas las exageraciones. Y si la moda lo permite, ¿quién se atreverá a calificar de osadía la extrema cortedad de las faldas? Lo que gusta es la línea grácil que convierte a la mujer en una figurita delicada y gentil, ideal al que contribuyen esas telas de tonos vibrantes que dijérase tienen más de sueño que de realidad.



El antipático "término medio" parece irremisiblemente condenado al destierro; ni en el corte, ni en el color, ni en los accesorios, se advierte de ninguna manera el afán de lograr un efecto "discreto". La moda de hoy no admite las cosas a medias. Si nos disponemos a escucharla oiremos cómo nos dice: "O

Continúa en la pág. 67.



La boga de las capas y de las telas escocesas preconiza el éxito que alcanzarán durante la próxima temporada

Una evocación del pasado



En el concurso de vidrieras organizado por nuestro colega "La Razón", la Casa Thompson, presentó un edificio que reproducía un modesto taller de muebles de la época colonial



El frente del primer comercio de muebles instalado en Buenos Aires por Thompson

FOTO CABADA



El interior del local del antiguo negocio de muebles, en el que la Casa Thompson ha reunido una valiosa y auténtica colección

COMPARE y DEDUZCA!

VALIJA PARLANTE "PALACE"

(Marca Registrada)

Lo mejor y más barato en Máquinas Parlantes transportables. Tamaño 28 × 24 × 11 ½ centímetros. Caja de madera forrada en tela imitación cuero. Es de voz fuerte y nítida. Se le puede dar cuerda mientras funciona. Cerrada, parece una valija. Con 200 púas "Cóndor"

m$n 38

EMBALAJE GRATIS

NIRONA (Marca Registrada)

ES EL FONÓGRAFO IDEAL. Pesa 2 kilos. Mide 21 ½ × 28 ctms. Está dotado de un motorcito especial; su diafragma, niquelado, es de primera calidad. La caja es de hierro esmaltado. Con 200 púas "Cóndor".

EMBALAJE GRATIS m$n 20

Fonógrafos GLÜCKSMANN

CON Y SIN BOCINA

De roble o caoba, 38 × 36 ctms., con puertas graduadoras del sonido. Cuerda de 22 mm y plato giratorio de 25 centímetros.

Con 200 púas "CÓNDOR", $ m/n 45

Puede dársele cuerda funcionando

EMBALAJE GRATIS

DISCOS DOBLES NACIONAL

Nuevos

SON LA FIEL EXPRESION DEL ARTE CRIOLLO

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

D. D. "NACIONAL", de 25 cm., a $ 3.25

DUO GARDEL-RAZZANO

Con acompañamiento de guitarras RICARDO - BARBIERI

18171 { Juguete de placer. Tango. Solo Gardel. [illegible]. La milonga. Tango. Solo Gardel. [illegible]-Rosa.

1817[illegible] { Caminito. Tango. Solo Gardel. Peñaloza-Filiberto. Calandria. Tango. Solo Gardel. Caruso-Teisseire.

D. D. "NACIONAL", de 25 cm., a $ 3.—

ROBERTO FIRPO

Orquesta Típica y Jazz-Band

6472 { Mientras vivas. Tango. [illegible]. Los modernos chofers. Fox-Trot. Mollé-Cravén-Terés.

6473 { Eche más caña, patrón. Tango. J. Rodríguez. Hay que reír. Fox-Trot. [illegible] J. Puglisi.

FRANCISCO CANARO

Orquesta Típica y Jazz-Band

4192 { El cardenal. Tango A. Bianchi. A ti te contaré. F. Trot. L. Demare.

4196 { No se me aflija, cuñao. Tango. [illegible]. [illegible]. Tango. B. Ger[illegible].

OSVALDO FRESEDO

Orquesta Típica y Jazz-Band

[illegible] { Ave negra. Tango. B. Ger[illegible]. ¿Por qué lloras? Tango. F. Nosi.

[illegible] { Tentación. Tango. V. Gorre[illegible]. Bajo las estrellas. Fox-Trot. Cabelli.

D. D. "NACIONAL", de 25 cm., a $ 3.25

IGNACIO CORSINI

Con acompañamiento de 3 guitarras

18470 { El poncho del olvido. Tango. Maroni-Avilés. A la luz del candil. Tango. J. Navarrine-C. Flores.

18466 { Traiga otra caña. Tango. Novión-Scatasso. Consuelo. Tango. Romero-Scatasso.

D. D. "NACIONAL", de 25 cm., a $ 3.—

FRANCISCO LOMUTO

Orquesta Típica y Jazz-Band

7673 { Se fué Mateo. Tango. A. de Bassi. Mi nena. Shimmy. O. de Sa[illegible].

ELEUTERIO YRIBARREN

American Jazz-Band

8111 { Puro succo. Maxixe. J. Ga[illegible]. Fogo na zona. Choro ma[illegible]. P. Nepomuceno.

8108 { Cecilia. Fox-Trot. Ruby-Dreyer. No me despiertes nunca. (Don't wake me up). F. Trot. Wayne-Baer.

ADOLFO R. AVILÉS

Jazz-Band

8233 { La violeta (¡La va la val...). Fox-Trot. R. Aieta. Génesis de amor. Vals. V. Troysi.

D. D. "NACIONAL", de 25 cm., a $ 3.25

AZUCENA MAIZANI

Con acomp. de ORQUESTA CANARO

11033 { Entrá sin miedo, hermana. Tango. M. Flores-De los Hoyos. Rostro de cera. Tango. Ferreira-Carrasco.

CONDOR

Púa "Cóndor" (MARCA REG.) ES LA MEJOR EN CAJAS de 200.. $ 1

PROYECTOR CINEMATOGRAFICO "CONTINSOUZA"

La forma más perfecta, práctica y económica del cinematógrafo en su aplicación a la enseñanza y en su uso en el hogar, las academias, establecimientos de campo y para profesionales o propietarios de pequeños salones o espectáculos ambulantes.

PARA TODA PELÍCULA UNIVERSAL. SE CONECTA A CUALQUIER TOMACORRIENTE. Cuadro luminoso y fijo de 2 m. por 2 ½ a 10 m. de distancia. Puede manejarlo un niño.

PRECIO, incluyendo 1.000 metros de films .... m$n 530

CAMARA PATHE-BABY

Le permite tomar películas cinematográficas de todos los recuerdos y acontecimientos familiares, con la nitidez de los mejores films. Las películas se manipulan ahora como cualquier film fotográfico y se imprimen por contacto, lo que permite usar el negativo indefinidamente. PRECIO REBAJADO DE LA CÁMARA, CON SU ESTUCHE m$n 95

PROYECTOR PATHE - BABY

(MODELO D. Reformado)

Es el cinematógrafo ideal para la familia. No exige instalaciones especiales. Un niño lo maneja. Tiene un repertorio extenso en films de todos los géneros. Precio rebajado del proyector, $ m/n. 75

Reforme su antiguo PATHE-BABY

Un dispositivo que se aplica a los primitivos proyectores le permite pasar los nuevos films de 20 metros. PRECIO DEL DISPOSITIVO, a .... $ 13

AFICIONADOS A LA FOTOGRAFIA

AMPLIACIONES FOTOGRAFICAS

Cualquier clase de ampliación al pastel, acuarela, bromo-óleo, etc.

AMPLIACIONES RETOCADAS A LÁPIZ, CON MARCO DORADO, OVALADO:

30 × 40 cm.	40 × 50 cm.	50 × 60 cm.
$ 18.—	$ 24.—	$ 30.—

RETOCADAS A SEPIA, CON MARCO OVALADO, DORADO:

30 × 40 cm.	40 × 50 cm.	50 × 60 cm.
$ 22.—	$ 28.—	$ 34.—

EXISTENCIA PERMANENTE DE LOS MEJORES APARATOS FOTOGRÁFICOS — PLACAS — PAPELES — DROGAS — PELÍCULAS — ACCESORIOS GENERALES

REVELACION Y COPIAS 6 HORAS

CREDITOS POR MENSUALIDADES

MAX GLÜCKSMANN

ROSARIO Córdoba, 1048 - CALLAO y Bmé. MITRE - B. AIRES - FLORIDA y LAVALLE - MONTEVIDEO 18 de Julio, 966

Monedas del tiempo de Cristo



AUN cuando todo el mundo tiene casi olvidado, de puro sabido, que Judas entregó a Jesús por treinta monedas de plata, probablemente no hay nadie capaz de fijar de un modo exacto el valor de dichas monedas. Los evangelistas, por lo menos, nada dicen en concreto. Puede tenerse, sin embargo, una idea aproximada conociendo la moneda que en aquellos días circulaba en Jerusalén. Las monedas persas, griegas y sirias, justamente con ellas y el denario romano, se admitían entonces en todos los mercados, si bien el dinero de Roma era el preferido para las transacciones; pero las ofrendas en el templo tenían que hacerse precisamente con moneda hebrea, la cual sólo circulaba en Palestina. De aquí que los cambistas fuesen necesarios en los alrededores del santuario. En las grandes solemnidades llegaban hasta instalarse dentro del sagrado recinto, adonde acudían fieles de todas partes del mundo para adorar a Jehová y presentarle sus ofrendas. El tributo sagrado, o "de la expiación", al que, según la ley mosaica, estaba obligado todo varón mayor de veinte años, era de medio siclo. Cuando este tributo fué instituído, los hebreos no tenían moneda propiamente dicha; hacían uso de piezas de plata de un peso determinado, pero sin forma regular ni inscripción o figura de ninguna clase.



Siclo de Simón Macabeo



Denario de Tiberio



Un lepton

La primera moneda hebrea digna de tal nombre fué el siclo, que hizo acuñar Simón, hermano de Judas Macabeo y sumo sacerdote y príncipe de Israel, hacia el año 144 a. de C.

Estos siclos recibían su nombre de su peso, que era de un siclo, o sea unos quince gramos; eran de plata, y de un valor nominal equivalente a un peso papel, aunque algunas veces el efectivo debió elevarse a diez veces más.

En el anverso llevaban la copa de maná, que se mandó a Moisés conservar en memoria del divino socorro recibido por los israelitas en el desierto; en el reverso, la vara de Aarón, con tres flores brotando.

Ambas caras tenían inscripciones en caracteres hebraicos primitivos, esto es, como los empleados antes de la cautividad de Babilonia, caracteres que sólo se conservaron en los monumentos y objetos sagrados.

Una de las inscripciones era: "Siclo de Israel"; la otra, aunque por regla general decía: "Jerusalén la Santa", variaba mucho, viéndose en algunos siclos: "Simón, príncipe de Israel", y en otros: "La Redención de Sión. El primer año de la libertad de Israel", etc.

También había monedas de plata de medio siclo, y de dos, tres y cuatro siclos, todas las cuales, como las de uno, tenían su valor marcado sobre la copa del maná, encontrándose siempre las mismas figuras e inscripciones análogas.



Chalcon de Pilatos

Después de morir el Redentor, allá por los años 132 a 135 de nuestra era, en tiempos de Adriano, aparecieron en el mercado otros siclos, acuñados por Simón Bar Cochab, jefe de la segunda revolución de los judíos. Llevaba grabado un templo con cuatro columnas en el pórtico, y las inscripciones decían: "Simón. Por la libertad de Jerusalén". Además, sobre el templo veíase una estrella, aludiendo al nombre Bar Cochab, que significaba "hijo de una estrella".

Un denario romano, moneda también de plata, de un valor de veinte centavos, más o menos, era lo que los hebreos tenían que pagar a Roma, o sea el tributo civil del que no se eximió el mismo Cristo, y que dió lugar a su famosa sentencia: "Dad al César los que es del César". El denario usado en aquella época tenía, en efecto, la imagen de Tiberio César en los dos lados: en el anverso, de busto, y en el reverso como pontífice. Los jornaleros de la Judea ganaban uno de estos denarios al día. En Judea circulaba también mucha moneda de cobre, pero de poquísimo valor. La llamada "chalcón", acuñada por Poncio Pilatos, no valía más que unos dos centésimos de centavo; presentaba en el anverso la figura de tres hojas de maíz, y tenía en griego la inscripción: "Tiberio César"; en el reverso llevaba la leyenda "Julio César". Todavía menos, apenas un centésimo de centavo, valía el "leptón", otra moneda de cobre equivalente a medio "chalcón", y la más pequeña de cuantas circulaban en Palestina.



Medio siclo de Simón Macabeo

No ya tratándose de monedas de una época tan remota, sino de otras de tiempos muy posteriores, presenta dificultades determinar su valor, el cual sólo puede calcularse de manera aproximada.

LAS MUJERES Y EL HUMORISMO

ESTÁN las mujeres dotadas del sentido del humorismo propiamente dicho? A juzgar por ciertos antecedentes, parece que no. Las mujeres que dibujan no hacen caricaturas, las que escriben no hacen libros cómicos, ni dan al teatro piezas alegres. ¿Se ha visto jamás alguna mujer actuando de clown? En Inglaterra mismo, donde el "humour" tiene mayor ambiente y libertad, son una realidad las anteriores reflexiones.

La directora de una gran revista femenina inglesa, decía recientemente sobre este particular: "Yo no acepto nunca una novela ni un artículo cómico. A las mujeres no les agrada el humorismo. Ni lo aprecian ni lo comprenden. Prefieren cien veces una pieza que las hace llorar a una representación en que su ánimo pueda regocijarse."

—¿Sabe usted — preguntó una vez un caballero a una célebre actriz — por qué Dios ha rehusado el sentido del humorismo a las mujeres?

—A fin de que nosotras podamos amarlos en vez de reírnos de ustedes — contestó la espiritual artista.

Sin duda, debe haber una razón para esto, como la hay para todas las cosas.



Temas domésticos

Importancia de la elección de una batería de cocina



MUCHOS y buenos son los libros de cocina editados que enumeran una gran cantidad de platos y preparaciones a cual más exquisita, indicando recetas y procedimientos.

A poco que se penetra en el lenguaje culinario, se encuentran tecnicismos y explicaciones que a primera vista parecen simples. Cuando la aficionada se encuentra en la cocina, delante del horno, y quiere traducir en obras lo que ha leído en el libro, se ve muchas veces en apuros sin que el resultado corone sus esfuerzos.

El secreto de estos fracasos está en que el técnico que describió las recetas era un práctico cocinero, al cual le pareció inútil referirse a los útiles de que es necesario servirse, o sea, la batería de cocina.

La adquisición de una batería de cocina, tiene en la vida doméstica más importancia de la que generalmente se cree. Por lo común, al efectuar la compra, la dueña de casa se preocupa mucho más de la estética de las paredes en que aquélla ha de ser ubicada, que del punto de vista práctico en el que debería colocarse ante todo.

Al precio que hoy en día tienen los metales, es un error adquirir cacerolas de cobre, si ellas no han de servir más que de adorno. No obstante, si se puede hacer tal gasto, y si se ha de servir diariamente de la batería, el cobre es el metal que conviene adquirir, pues ninguna otra materia reparte mejor el calor.



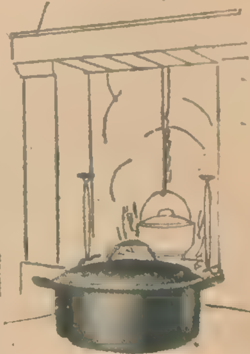
Al cobre se ha opuesto, desde hace algunos años, el aluminio. Este metal, agradable a la vista, y que se limpia fácilmente, tiene el inconveniente de que es demasiado buen conductor del calor. Cuando se adquieren utensilios de aluminio, por consiguiente, conviene, si no se quiere quemar las manos, adoptar los modelos en que el mango o las asas están fabricadas de material diferente, tal como porcelana, madera, etc. Si en la adquisición de la batería se prefiere el punto de vista práctico al estético, conviene elegir una heterogenea, en la cual cada elemento sea elegido según convenga al destino que se le haya de dar.

Se precisa, ante todo, una olla grande. ¿Cómo elegirla? ¿De barro? No conviene. Alí-Baba ha definido muy bien este recipiente antiguo, diciendo que da gusto a tierra cuando está nuevo, y a bazofia cuando está viejo. Por otra parte, resulta siempre peligroso manejar un recipiente tan frágil lleno de cinco litros de líquido hirviendo, por ejemplo. Un golpe aciago puede ser fatal, y entonces el líquido caliente, al verterse, causar graves quemaduras. Si no se puede tener una olla de cobre — recipiente carísimo en la actualidad, — preferible es adquirirlo de hierro fundido o de aluminio. El hierro fundido es mejor, por las razones de conductibilidad mencionadas más arriba.

Para preparar un asado o un "ragú", es todavía la vieja y clásica "cocotte" de hierro fundido lo que se debe adquirir. Ningún otro recipiente podrá reemplazarla; ella deriva directamente de la marmita que se suspendía de la cremallera, y que nada, hasta ahora, bajo el punto de vista de la excelencia de la cocción, ha reemplazado. La concavidad de la tapadera, su peso, la conductibilidad del metal, todo hace recomendar esta clase de cacerola. Descubierta, sirve para preparar jugosos asados. En ella se hacen también las mejores preparaciones de estofados y guisos, con los más variados adobos, cuando se usa tapada. No sirve, sin embargo, para hacer cocer legumbres verdes, porque se ponen negras.

En una cocina bien provista, se precisan, por lo menos, dos sartenes para freír; una grande y otra mediana. Éstas serán siempre de hierro. Sólo este metal servirá para el efecto. Si se conserva la sartén en un estado de limpieza perfecto, jamás las tortillas se pegarán.

Para cocer pastas, arroz, potages, etc., debe tenerse una colección de cuatro cacerolas, cuyos diámetros varíen entre veinticinco y quince centímetros. El hierro batido, el aluminio, podrán ser empleados con preferencia al enlozado, que es peligroso. El aluminio, de fácil conservación, será todavía preferible al hierro, que es necesario estañar de tiempo en tiempo. En estas cacerolas no deben cocerse más que alimentos sumergidos en agua.



Para las salsas ligadas a la harina, las holandesas, etcétera, conviene una cacerolita de cobre de quince centímetros de diámetro y doce centímetros de alto. Elíjase de paredes bastante gruesas; es una de las condiciones para que den el resultado apetecido. La altura, relativamente grande, del recipiente, permite co-

(Continúa en la pág. 67)

El último beso de Roxana

(Continuación de la pág. 15)

—Ya os dije, Roxana, que toda mi ambición se cifra en exaltar vuestra belleza con mi corona ducal, que es prenda de honor y digna diadema para esa frente inmaculada, donde sólo brilla una palidez en toda su pureza.

—De tan grande y generoso deseo, os hago merced, señor duque.

—Os juro, Roxana, que el mío es un amor sin mácula —prorrumpió el duque, a la vez que sus ojos parpadeaban en lujuriosos denuedos.

—¿Sin mácula habéis dicho? —observó Roxana, muy sorprendida.— ¿Acaso ya no recordáis aquella sangrienta canción de Lignière que pregonara a los cuatro vientos vuestro diabólico empeño en casarme con el vizconde de Valvert, un arlequín de la farsa dorada, y en cuya candidez afirmábais la esperanza de que yo cediera a vuestros incalificables deseos?

—¡Pero... eso... ya fué perdonado! —arguyó el duque, poniéndose lívido.

—¡Sí, habrá sido perdonado; pero yo nunca podré olvidarlo!...

—De manera, pues, que resucitando una vieja artimaña de amor, reabriendo una herida de antaño ya cicatrizada, vos rechazáis con injustificada crueldad lo que vengo a ofreceros: nombre, título y fortuna —dijo sombríamente el duque de Grammont, estrujando el cordón azul que pendía de su cuello.

—Gran merced haríame el cielo si prolongara la dulce paz de que disfruto en esta santa casa —murmuró, débilmente, Roxana.

—¡Mayor merced sería si os curara de esa manía que, desconcertando vuestra vida, os hace esclava de platónicos amores de antaño!

—No olvidéis, señor duque, que fuí la esposa de Cristián de Neuvillette.

—Sí, una esposa a la manera platónica de Hipatia, la hermosa filósofa de Alejandría, cuya hermosura igualaba a la de los astros, y que vivió al lado de su esposo, siempre virgen..., siempre casta...

—Culpa fué de vuestros celos homicidas, pues, a raíz de mi boda, os llevásteis a Cristián para hacerlo matar en el sitio de Arras...

—¡Por su patria y por su rey!

—Bien; no recordemos aquellos tristes episodios que tanto daño me causan, y ahora, fuerza es que os diga que entre vos y yo se interpone como valla insalvable...

—Ya lo sé... ¡La canción de Lignière!...

—No; más que esa canción sangrienta... ¡la sombra vengadora de Cyrano!

El secular toque de ánimas puso término a tan ingrato coloquio, y el duque de Grammont, enfundado en su orgullo de aristócrata, salió del convento como un gran señor, colmado de beatíficas reverencias.

III

El duque de Grammont, a pesar de las correrías licenciosas con que avivara las horas mustias de su vida ociosa, había cuidado con tesón expiatorio de la salvación de su alma, perseguido intento que prometíase alcanzar con piadosas oraciones murmuradas entre dientes, y ofrendando a las comunidades religiosas con el oro que abundaba en sus arcas. Desde luego que una de las congregaciones más favorecidas por la esplendidez del duque fué la del convento de las Damas de la Cruz, a partir de la hora en que Roxana se refugió en él, precipitada por trágicas circunstancias.

La prodigalidad del duque, que se deslizaba por medio de regias dádivas y sus frecuentes visitas al monasterio, provocaron la complacencia de las religiosas. La misma madre Margarita de Jesús, a cuyos oídos no había llegado el eco de las lupercales del duque, no tuvo reparo en ayudarle en sus pretensiones acerca de Roxana, y, extremando los argumentos persuasivos, logró arrancar a su pupila la promesa de que, si no profesaba, sería la esposa del duque de Grammont, cuando éste se hallara "in articulo mortis". Esta

(Continúa en la pág. 53)

Mármol, Varela y Rosas

Por

DARDO CORVALAN MENDILAHARSU

DON Saturnino Cabral y Obes, en el artículo que consagra en EL HOGAR del 4 de junio al doctor Florencio Varela, bajo el epígrafe de "Una víctima de Rosas", incurre en errores que conviene fijar en beneficio de la verdad histórica que todos perseguimos.

Me refiero, en primer lugar, a la epístola, "muy reservada", aun atribuida a Rosas por los que se aventuran en los terrenos difíciles de la historia sin preparación previa ni dominio sobre los elementos.

La carta, incluída en el tomo 7 de la "Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata" — pág. 194 — del señor Díaz, a que alude el señor Obes, es *apócrifa*. Lo demostró terminantemente el doctor Adolfo Saldías a raíz de publicada esta obra. Entonces el autor de la "Historia de Rosas y su época", desafió a que se presentara el original, lo que no ocurrió. La carta era *fraguada*.

¿Quién atribuyó a Rosas y Oribe el asesinato del doctor Florencio Varela, alma de "El Comercio del Plata"?... ¡Sus enemigos!

José Mármol, en el folleto de 67 páginas que estampó en Montevideo en 1849 sobre el "Asesinato del señor doctor Varela, redactor de "El Comercio del Plata" (Imp. Uruguaya), dice (página 37) que *"Oribe hizo fusilar al señor Varela, representado por un busto grotesco..."* El propio diario del doctor Varela comentó risueñamente el hecho que atribuían a sus adversarios del Cerrito, con estas palabras: "Con un sentimiento fácil de comprender, *pero* sin dolor, tenemos que anunciar a nuestros lectores nuestra propia muerte, e invitarlos a nuestros funerales, que deben tener lugar en la costa del Miguelete, si es que el señor presidente de aquellas chacras lo permite..."

Diez días después, de verdad, el doctor Varela era *ultimado*.

En lo que hace a la participación que se ha querido señalar de los generales Rosas y Oribe en el drama del "20 de marzo de 1848, escribe el poeta Mármol: "Una hora después de cometido el asesinato, millares de personas repetían los nombres de Rosas y Oribe; con seguridad completa de que de alguno de ellos, o de los dos, venía el crimen."

He aquí el origen de la *versión vieja*, que se reproduce sin examen y que está desechada por las constancias del proceso judicial que se instruyó en Montevideo para esclarecer el asesinato.

Dicho proceso, que individualiza al matador Andrés Cabrera y establece las circunstancias en que se consumó el terrible hecho, se perdió durante años; y en 1916 lo encotró en la Suprema Corte de Justicia de Montevideo el conocido historiador don Aquiles B. Oribe, quien lo entregó a la publicidad, inteligentemente comentado en su valiosa obra "El Cerrito de la Victoria" (1916). Ahí está probado que Cabrera ejecutó a puñal al doctor Varela, impulsado por hondos resentimientos íntimos, en el momento que la ilustre víctima llamaba en el número 90 de la calle en que cayó mortalmente herido.

Es lamentable que todavía se escriba apoyándose en "testimonios apócrifos", y se ignoren elementos de juicio tan valiosos como el que nos ofreciera en 1916 el escritor Oribe.

No hay duda que sería preferible poder abrir la boca fría y enigmática de don Juan Mármol para oír *la desconcertante verdad*.

En EL HOGAR de julio 2, don Juan A. Mármol, hijo del popular autor de "Amalia", se hace cargo de lo que llama "infamaciones", (1) para aclararlos, y esto con motivo también de la colaboración sobre el asesinato del doctor Varela.

El señor Mármol admite que su *"padre no fué encarcelado por sus ataques a Rosas*, pues éstos — dice — vinieron más tarde, pues entonces residía en Buenos Aires, contaba apenas 21 años, *era estudiante de cuarto año de derecho"*, etc.

Bien. Con motivo de un artículo en que el doctor M. de Vedia y Mitre recordó el 99º aniversario del natalicio de Mármol (en "La Nación", diciembre 2 de 1916), destacó la circunstancia dolorosa de que el autor de los cantos de "El Peregrino" sufrió *"cárcel y cadenas"*, y fué víctima de la saña atroz de Rosas. Rectifiqué entonces la liviana especie (en "La Razón", diciembre 11 de 1916), y dije que lo que ha dado en llamarse en nuestra historia la "edad media" (época de Rosas) sufre como la inglesa, resucitada por el genio de Shakespeare, "de apariciones espantosas", fruto de mentes exaltadas por el romanticismo de los veinte años...

Agregué entonces, con respecto *a la* detención del joven Mármol, que no era serio hablar de "cárcel y cadenas" — son nuevas expresiones literarias — porque *su expatriación* obedeció a causas privadas, etc.

Desde Capitán Sarmiento, con fecha 11 de diciembre de 1916, don Juan A. Mármol, seguramente el mismo de hoy, me escribió reclamándome aclaraciones precisamente en cuanto afirmaba yo "*que su expatriación* (la de José Marmol) *se debió a motivos privados*".

Corridos algunos años, celebro que el hijo del poeta acèpte — como lo hace en su carta que publica "El Hogar" — la verdad muchas veces repetida por mí: *que Mármol se fué del país* no porque las condiciones políticas se lo impusieran, ni porque Rosas lo castigara, ni porque necesitara él — joven sin significación — otra atmósfera moral; salió del país porque se le ocurrió mejor, por "flujo de movimiento", porque se iban otros...

Mármol era entonces bien tratado; tenía un protector de la talla del general Guido, cuya casa frecuentaba con intimidad; y había sido objeto de atenciones por parte de don Juan Manuel. En 31 de enero de 1838 pidió José Mármol en la Universidad matrícula de primer año de filosofía, sin poder acreditar sus estudios de latinidad, y se le concedió. (Ver Extracto Archivo — 1821 — 50 — U. de B. A.)

Su hijo se equivoca cuando escribe: "en 1839 era estudiante de cuarto año de derecho..." Entonces, obsérvese, los estudios de derecho se hacían en tres años, que se cursaban en el aula de jurisprudencia — que funcionaba en el templo de San Ignacio, "lugar tradicional de las grandes fiestas de la inteligencia, — y una vez obtenido — previa tesis — el grado de *doctor*, se pasaba, con adscripción a un estudio de abogado, a la academia teóricopráctica, donde se hacían tres años más, para obtener la licencia profesional.

Recibió, pues, el futuro ejecutor literario de Rosas, favores a igual que don Nicolás Mariño, luego director del Cuerpo de Serenos de Rosas, quien es examinado de primer año, con resultado "Bueno" (ver Libro de Exámenes Parciales — 1826 — 64 — U. de B. A.),

(1) *Nota de la Redacción.* — Al respecto de este término, cúmplenos aclarar que se trata de un involuntario error de imprenta, pues en el original de la carta del señor Juan A. Mármol, a que se refiere el autor de este artículo, y que conservamos en nuestro poder, dice "informaciones", y no "infamaciones" como salió publicado equivocadamente.

y consta al margen del folio 3 que le *faltaban estudios anteriores.* Lo mismo ocurre con Rivera Indarte, Tejedor y hasta con don *Juan María Gutiérrez*, de tan feliz memoria, que en 1834 (junio 5), a las diez y media de la mañana, disertó sobre "Los tres Poderes públicos" (ver "Disertaciones". Archivo — 1831-1864), y recibió luego *su título* de *"doctor"* gratis, de orden del *"tirano Juan Manuel de Rosas"*, por ser un joven moral y de talentos distinguidos, que ha sucedido a su difunto padre en la atención de una numerosa familia...", y porque *"las cualidades personales del joven Gutiérrez hacen justamente presagiar que algún día retribuirá dignamente a la protección del Gobierno y de sú Patria los beneficios que de ambos haya recibido"*. Notable e ignorada resolución de una administración que, como la de Rosas, carga con el calificativo de "bárbara, barbarizadora y perseguidora de la inteligencia..."

Pero, así se escribe la historia. Spencer observa, quizá con razón, "que sólo varían los ojos..., *en los cuales y por los cuales se realiza este mundo...*"

También bajó Rosas se graduaron, e intelectualmente se formaron, Juan Bautista Alberdi, Vicente Fidel López, Carlos Tejedor, Marco Manuel de Avellaneda, Benito Carrasco, etc., para recordar tan sólo a las estrellas de primera magnitud de esa generación, indudablemente magnífica, que se nos presenta como víctima *de la tiranía* de Rosas: *"los proscriptos"*.

¡Cuánto bien hizo ese denigrado hombre de los "glaciales ojos azules"!

Cuando los que se proponen seguir demostrando la *maldad de Rosas*, hacen que enmudezca *la cuchilla...*, el martirio sigue..., y, como en los dramas terribles, "el tormento es siempre más complicado y hasta la sangre brota más negra..."

Don José Mármol, ligado a personas de fuste de la época de Rosas, fué imprudente, cuando menos. No cuidó de guardar la neutralidad a que lo obligaba su condición de nacional, estando el país comprometido en una guerra desigual con extranjeros. Se explica así su detención para indagarlo.

La declaración que se transcribe es la que se conserva en el Archivo de la Nación. Es de todo punto interesante.

Dice así:

Archivo de Policía. Nº 112. 1839. "Órdenes Superiores". T. I. (En el Arch. de la Nac.)

"En Buenos Aires, a 3 de Abril de 1839, habiendo pasado el Gefe de Policia infrascripto a la cárcel pública donde está preso e incomunicado el reo *José Mármol*, lo hizo traer a su presencia y habiendo prestado juramento pr. Dios Nuestro Señor, y una Señal de Cruz de decir verdad en todo lo que supiere y fuere preguntado, lo fue en los términos sgtes.:

"Preguntado — Diga para quién se dirigia la carta y paquetes qe. sacó de la Admon. de Correos el dia anterior con el rótulo a D. Valerio Volmar; por quién eran dirijidas desde Montevideo; así como la qe. es rotulada al Dr. D. Mateo Vidal; debiendo decir igualmte. quién es el "José" qe. firma la esquela con qe. todo se acompaña? — Dijo — Que la carta rotulada a D. Valerio Volmar es para el declarante de resultas a haber escrito se le pusiesen a ese nombre porque le sacaban del Correo todas las que se le remitian al suyo en asuntos particulares y de familia — Que las únicas que ha recibido al dicho título son dirijidas por D. Julio Mendeville hijo de Da. Mariquita Thompson de quién igualmente recibió otra que pone de manifiesto y vá señalada con el Nº 1, ignorando por quién es dirijida la rotulada al Dr. D. Mateo Vidal ni quien es el "José" que firma pues ignoraba que pudiesen venir bajo su cubierta ninguna carta para el dicho Vidal porque creia fuese todo remitido por el Julio Mendeville que deja citado.

"Preguntado — Para quién era la carta que se le encarga en la que pone de manifiesto Dijo — que la carta porque se le pregunta era para una joven que vive al lado de Vicente Castex, en la calle del Parque, llamada Da. N. Toncoso, y que cree el declarante era carta amatoria (...)

"Preguntado — Cuales son los "viscochos" á que se refiere el "Julio" en la carta que ha manifestado — dijo que juzga sean los impresos que ahora le remite, pues en otra remesa que recibió anteriormente le ponia: "te remito esas peras".

"Interrogado que hizo ó que destino dió á los impresos recibidos en total y que personas los leyeron — Dijo — que aún tiene dos o tres en su baul y que los restantes los ha empleado en hacer mechas para calentar agua y que a nadie se las ha dado a leer — solo un Nº *que sorprendió* en sus manos un condiscípulo suyo que fue a visitarlo y despues de leido lo rompieron exclamando el compañero: "Que ni un cocinero escribiria semejantes groserias" (!)

"Preguntado — de quién es la letra del borrador que tenia por delante y va señalado con el Nº 2 cuando el jefe que le interrogaba fué al departamento de Policia — Dijo que el borrador por el que se le preguntaba es de un hijo del señor general Guido llamado Daniel. El Nº 3 de su puño y letra para dirijirse a S. E." (Súplica o apóstrofe?...)

"Preguntado — Si espera o cree que le serán remitidos de Monto. algunas otras remesas de los impresos que se le ponen de manifiesto encontrados en el paquete rotulado a D. Valerio Volmar — Dijo — que cree que no le mandaran mas pues todos sus amigos le escribieron desaprobandole la acción inicua (¿cual?) que acababa de hacer comprometiendolo al principio de su carrera (a esta fecha había recibido algunos favores de Rosas), y en sus primeros años cuando pueden exponer sobre su *conducta política* varios sujetos intachables en la opinión de federales como las de D. Manuel Irigoyen, Morales, D. Andrés Seguí y el Dr. Lucas Gonzales Peña con quién ha estado algún tiempo..." (F. 65 y sgtes. Arch. cit.)

Mientrastanto, Rosas espera el juicio definitivo, que no será el de sus detractores.

La zamba de Vargas

(Continuación de la pág. 19)

mando del general Manuel Taboada, constaba solamente de dos mil hombres. Pero su fuerte estaba en varios escuadrones formados con hombres tesoneros y aguerridos.

Taboada comprobó que el objetivo militar del invasor consistía en posesionarse de la ciudad de La Rioja, por lo que resolvió presentarle combate en los alrededores de la misma.

Con este propósito trasladó todas sus tropas al paraje conocido por "El Pozo de Vargas", sito a veinte cuadras al norte de la capital.

En el citado año era un campo desierto y entre sus contados pobladores hallábase un señor Vargas, cuyo oficio consistía en la fabricación de adobes que luego transportaba en carretas y vendía en la ciudad.

El negocio no podía resultarle más lucrativo, porque aparte de tener el monopolio, todos los edificios que se construían en La Rioja eran de adobes

Las continuas extracciones de tierra formaron un pozo de grandes dimensiones, aunque de escasa profundidad, que el pueblo bautizó con el nombre de Pozo de Vargas, y que el transcurso de los años y la acción de las lluvias hizo desaparecer.

Ambas fuerzas combatientes entraron en contacto a las quince horas del día 7 de abril de 1867. (1)

Momentos antes de iniciarse el fuego, Felipe Varela, montado en un brioso potro, recorría el frente arengando a sus tropas en los términos siguientes:

"A pelear y vencer, bravos federales, que el triunfo será para mí y el pueblo para ustedes."

Entusiasmados sus gauchos con la promesa del botín, atacaron con ímpetus salvajes.

Inútiles resultaron los esfuerzos de Taboada para impedir el desbande de sus tropas, y la derrota era ya inevitable cuando una idea tan peregrina como eficaz evitó a los riojanos el saqueo de la ciudad.

En lo más recio de la lucha, Taboada

(1) El doctor Carmelo B. Valdez en su libro "Tradiciones Riojanas", afirma que esta batalla se realizó el día 10 de abril de 1867.

(Continúa en la pág. 56)

El último beso de Roxana

(Continuación de la pág. 3

conquista de la sagacidad priorata aseguraba, desde luego, a la congregación valiosas ofrendas que serían sahumadas en el futuro con una respetable manda.

. . . .

LA torre blanca del monasterio perfilábase entre las inmóviles sombras como un encumbrado espectro que en la paz nocturna pretendía besar las estrellas, y del locutorio frío y desmantelado salían las monjas para recogerse en sus celdas, cuando, intempestivamente, llamaron a las puertas infranqueables del convento. Era el mismo capuchino que, algunos años atrás, había casado a Roxana con Cristián de Neuvillette, en aquel nido cuajado de flores del viejo Marais.

— Roxana — díjole la priora, con voz reposada y grave: — la salud de nuestro común amigo el duque de Grammont atraviesa por una crisis mortal, y en tan angustioso extremo implora vuestra visita. Este santo varón viene en vuestra busca, para conduciros hasta la alcoba del paciente.

Cuando Roxana reconoció al capuchino de marras el recuerdo de aquella promesa nupcial, formulada impremeditadamente, y a la cual ella no atribuyera importancia, por considerarla descabellada, trájole profunda inquietud. Con las pupilas encendidas por trágicas vislumbres, quedó inmóvil como ante un abismo abierto a sus pies. Presintió que el extraño mensaje bien podría ser el funesto prólogo de una venganza del duque, en represalia de aquella boda celebrada a sus espaldas, mientras el genio sublime de Cyrano de Bergerac entreteníale con las peripecias de su fantástico viaje a la Luna...

Roxana resistióse, pues, a seguir al capuchino, pero la priora, que creía sinceramente en la buena fe del duque, exhortóla a cumplir la promesa juramentada. Sin fuerzas para oponerse, Roxana, por fin, accedió aparentemente a este ruego. Pero antes de ponerse en marcha escribió reservadamente a su amigo Ragueneau, noticiándole de todo lo ocurrido.

Luego, la dama y el fraile salieron del convento e internáronse en las desiertas callejuelas que conducían a la morada del duque. Pero así que se encontraron ante los umbrales de la vivienda de Ragueneau, éste, saliendo precipitadamente de ella, interceptóles el paso.

— ¡Oh Ragueneau! — exclamó Roxana, simulando gran sorpresa al verle.

— ¡Roxana! — dijo a su vez el antiguo hostelero de los poetas. — ¿A estas horas fuera del convento?

— Pero en buena y santa compañía, como veis... Y vos, ¿adónde vais, tan de prisa?

— Loada sea la providencia, que pone delante de mí lo que ando buscando: un clérigo para que administre los santos sacramentos a un desdichado vecino mío, que está en punto de muerte.

Y dicho esto clavó su mirada en el enfaldado acompañante de Roxana.

— ¿Rehusaréis, padre—preguntó, enternecida, Roxana,—vuestro socorro espiritual a esa alma infeliz que nos deja?

El capuchino accedió incontinenti a tan cristiana súplica. Y los dos hombres penetraron en la vivienda de Rangueneau, mientras Roxana quedaba aguardándoles en el portal del vetusto caserón.

IV

AQUELLA noche el palacio del duque de Grammont, con su sombría silueta de castillo medioeval, daba la sensación de un coloso yacente, coronado de sombras. Roxana, ya en las puertas de la mansión ducal, y presa de la más viva inquietud, no se atrevía a entrar. El punzante recuerdo de aquella promesa era como un dardo venenoso que llevaba hundido en su corazón desgarrado.

Después de sacudir con fuerza la aldaba, el capuchino, empujando suavemente Roxana hacia adentro, introdújola en la regia morada. El monje fué seguidamente llevado a presencia del duque, a la vez que se anunciaba a és-

te la llegada de Roxana, la cual quedó haciendo antesalas en muda compañía con los antepasados del duque de Grammont, en cuyos gestos altivos, como en las lucientes armaduras, el pincel del artista había simbolizado todo el orgullo y las glorias de la estirpe.

El duque, custodiado por tres guardias de palacio, que desaparecieron apenas entró el capuchino, estaba tendido en su lecho, y en la alcoba no había otra luz que la que proyectaban dos candelabros colocados ante un crucifijo.

—Acercaos, padre —dijo en voz baja el duque, asiéndole por el cordón que traía en su hábito el capuchino.— ¿Ha opuesto alguna resistencia esa mujer?

—Ninguna, sire —replicó el capuchino.

—¿De manera, pues, que ella accedió de buen talante?

—Sin hesitación...

—¿Y dónde está Roxana?

—Aguardando, en el aposento de los cuadros.

—Bien; entonces es llegado el momento de que preparemos la breve ceremonia. Id a quitaros ese hábito, para echarlo encima de mi ayuda de cámara —dijo el duque con una sonrisa satánica.

—Pero, sire, ¿qué pretendéis hacer? —preguntó el capuchino.

—¿Acaso lo ignoráis? —replicó muy sorprendido el duque.— Celebraré, ficticiamente, mi boda con Roxana...

—¿Entonces... ha sido un vil engaño aquel propósito tan voceado por vos de hacerla vuestra legítima esposa?

—Pero, padre, ¿cómo se os ocurre que el duque de Grammont pueda casarse con una mujer que, en el sitio de Arras, ha sido cantinera de los cadetes de Gascuña?

—¡Eso es falso! Roxana tan sólo se limitó a repartir entre aquellos valientes vencedores algunas golosinas que llevaba, cuando visitó a su difunto esposo.

—Mas..., ¿quién sois vos, que así os atrevéis conmigo? —vociferó el duque, muy alarmado por aquella inesperada rebelión.

—¡Un viejo amigo de Bergerac, que hoy vela por Roxana! —prorrumpió el monje, echando atrás el capucho gris que cubría sus facciones.

—¡Ragueneau! —aulló el duque, incorporándose en el lecho como una fiera agredida.— ¿Y qué habéis hecho, miserable del capuchino?

Lo tengo encerrado en mi alcoba, con mordaza, y atado de pies y manos, hasta que pase esta borrasca.

—¡Qué abominable sacrilegio! ¡Despojarle de su hábito sagrado! ¡Esto es imperdonable!

—Sire, no os apenéis por esto. ¡Vos íbais a cometer un sacrilegio mucho mayor, desvistiéndole para vestir a un criado, cómplice obligado de vuestras alevosías!

El duque, irritadísimo al ver que ese hombre había desbaratado todos sus planes, no pudo contenerse, y asestando una mirada feroz, donde la ira cuajara sus reflejos siniestros, gritó, con voz airada:

—¡Ya veréis cómo castigo yo vuestra osadía!... ¡Mis guardias os matarán como a una bestezuela inmunda!

Y después de tirar violentamente del cordón de la campanilla, el duque dejó caer pesadamente la cabeza sobre la almohada de finísimos encajes.

Ante esta amenaza de crudo feudalismo, y viéndose en evidente peligro de perder la vida, Ragueneau tampoco pudo contenerse. Veloz como una saeta y antes de que reaparecieran los guardias, abalanzóse al duque, hundiéndole en el cuello los garfios de sus manos de hierro. El duque, cuyo rostro comenzaba a congestionarse horriblemente, quiso repeler la agresión, pero el esfuerzo resultó inútil, porque ya la asfixia avanzaba bajo la potente presión ejercitada sobre el cuello.

Cuando los guardias acudieron al llamado, el duque de Grammont ya había muerto estrangulado entre las manos vengadoras de Ragueneau. Seguidamente, los guardias trataron de apoderarse del amigo de Bergerac, quien defendióse bizarramente, hasta que, vencido por la superioridad numérica, cayó, para no levantarse más, sobre la enrojecida alfombra... Dos mortales lanzadas habían convertido su pecho en un volcán de sangre...

Al estruendo de la rigurosa pendencia, Roxana abandonó el aposento de los cuadros y se fué hacia donde sintiera la lucha. La trágica realidad dejóla suspensa y sumida en la más profunda consternación. Al punto corrió junto a Ragueneau, que yacía casi inerte en el suelo, y quiso levantarlo.

—Es inútil..., Roxana... ¡Dejadme! ¡Mi alma se ausenta al cielo luminoso! —murmuró Ragueneau, con voz casi imperceptible.

—¡Por mi culpa es!... ¡Dios de misericordia!... ¡Perdonadme, Ragueneau!

—¡Ya he vencido a Satán, y quedáis salvada!... ¡Odiós!... ¿Qué le digo a Cyrano?

—Que siempre le adoro y que, purificado en vuestro espíritu, le envío mi... último beso...

Y Roxana, arrojándose sobre el cuerpo mutilado de Ragueneau, depositó, en medio de sollozos desesperantes, un beso apasionado en la frente austera del heroico hostelero de los poetas.

. . . .

Dos meses después de la muerte gloriosa de Ragueneau, la pálida belleza de Roxana, amortajada con la túnica monjil, era ofrendada al cielo, ante el altar de la Virgen, en el monasterio de las Damas de la Cruz, fantástico remedo del legendario Leteo cantado por Virgilio, y en cuyas aguas sombrías Roxana, bajo el dulce nombre de sor Magdalena, iba a escanciar el olvido de su pasado...

LAS VIBRACIONES DE LAS ALAS DE LAS MOSCAS

Se ha observado, por medio de pacientes estudios, que las alas de una mosca vibran unas trescientas treinta veces por segundo, de donde se deduce que dicho insecto puede andar una milla por minuto, que es la velocidad de un tren expreso. Si una mosca tomara el vuelo en línea recta, sin parar, podría dar la vuelta al mundo en menos de veintiocho días.

Dante y los argentinos
Parte inédita de la Divina Comedia
Recogida por DAVID PEÑA
Los conversadores

XIII

BAJO una encina, y en rueda, alcancé a distinguir un grupo numeroso de sombras. Una de ellas, con animados ademanes, atraía la atención de las demás.

— ¿Quiénes son? — pregunté a Virgilio.

— Llámase el grupo de los Conversadores.

— ¿Y cuál es su pecado? ¿Por qué habitan esta región del dolor eterno y de las gentes miserables?

— Fíjate — díjome el poeta — en que esta región es amplia como una inmensidad, y está graduada. Los de esta zona no sufren más que un remordimiento silencioso, y su castigo consiste en prolongar indefinidamente el movimiento de una rueca sin huso y sin aguja.

Volvíme, y, con más atención, pude advertir, con efecto, que cada uno, a la vez de hablar y oír, incesantemente, movía con su pie una imaginaria lanzadera.

— Te indicaré algunos de los más remarcables y de los que yo conozco — prosiguió Virgilio, — pues todos ellos también me conocen a mí. Y te reseñaré sus vidas, que algunas fueron muy interesantes. No todas se encontraron en la Tierra reunidas, como aquí, pero el Señor les ha permitido que se busquen y se acerquen en virtud de sus propias afinidades y leyes de atracción. Quien ahora las entretiene y hacia la cual convergen las demás, es la sombra del doctor don Juan María Gutiérrez, cuya verba tuvo fama de cautivadora en las ruedas de la Librería de Mayo, de don Carlos Casavalle, que es aquella voluminosa que se mueve más atrás. Mientras me detengo con preferencia en Gutiérrez, y hasta tanto vuelva a él, déjame que te diga que el de la derecha es el espíritu de Pedro Goyena, otro de los cultores más atrayentes del arte de conversar que ha tenido la República Argentina.

"A no ser la marfilina blancura de su tez, te diría que debió descender de la raza árabe, de algún poeta sublime, acaso del que escribió el libro de Job. Esas manos descarnadas fueron bellas y pulcras, y él las movía como si fueran las alas de sus oraciones, al echarlas a volar sobre su auditorio, en el Parlamento, en la cátedra, en la rueda familiar. Cuando una de esas manos se posaba en su renegrida barba parecía una paloma entretenida con un cuervo. Pedro Goyena conversaba en todos los matices y sobre diversos temas a la vez, dejando caer en todos los momentos la llovizna fina de una sonrisa penetrante, aun en los períodos aparentemente severos del discurso; pero necesitaba sentir que los oyentes le pertenecían, pues sólo al estar en posesión tranquila de voluntades y corazones el raudal volvíase espontáneo y rumoroso como agua de manantial.

"De modo que al comienzo de sus charlas veíasele un tanto medroso, tanteando con el pie las ondas fugitivas. A poco, echaba el cuerpo en la corriente, deleitándose en la conversación y en los giros de ella con ingenua alegría sensual. Oírse era un deleite. Abeja punzadora, gozaba doblemente en la ironía, mientras elaboraba el panal de su relato. Era ajeno al sarcasmo, como que su instrumento interior carecía de sonidos estridentes.

"Si el talento de que lo dotara Dios hubiera creado; si en pos de sí su palabra nos mostrara un edificio hecho con sus ideas, su patria tendría una obra más, noble y útil, a la espectación del viajero. Y como no lo ha hecho, ahí lo ves, condenado a mover la rueca inútil...

"El que está a su lado es el espíritu de Lucio V. Mansilla, que aun en la vagarosa línea acusa la esbeltez y gallardía de su deshecha envoltura. Fué, con efecto, una de las figuras más gentiles y armoniosas que cruzaron por el campo de la vida en su país, como si llevara en sí el trasunto del gracioso cuerpo griego eternizado por el buril de Praxiteles, en sus líneas y en sus giros. Para mayor realce de sus formas vistiólas desde temprano con las galas del traje militar, pero es lo cierto que lo mismo se hubieran destacado bajo la clámide o la túnica, y aun bajo el sayal.

"En su edad adulta, y con traje civil, Mansilla agregó el monóculo a su pera de soldado y a su sombrero alto de castor, sombrero que, ligeramente recostado sobre la oreja, dejaba asomar el abundante y ondulado cabello a los costados, en sus sienes, dándole a su conjunto la impresión elegante de un Oscar Wilde inconfundiblemente varonil... También éste era susceptible de pasearse por la calle Florida de su ciudad natal con una rosa encarnada en la mano y de dejar una sensación de arte tras de sí, como era capaz de deshacer a puntapiés y carcajadas a quienquiera lo hubiese confundido...

"Mansilla, que tan porfiadamente se burlara de las tiradas *in fine* del doctor don Facundo Zuviría — otro gran conversador — pomposo y hueco, si bien de positivos méritos, pertenecía a los monopolizadores de la palabra, como que la sangre que lo había formado era española por los cuatro lados. La palabra era en Mansilla una necesidad orgánica. Por hablar no ha pensado. Por hablar no ha construído. Pasó por sobre el mundo en pos de la anécdota. Por cumplir su función de hablar, dejó de hacer.

"Síguele, míralo, quien tiene que ser caro a tu sentimiento: un poeta. Llamóse Carlos Guido Spano, y aun su solo nombre sabe a armonía. Desde mi región lo he visto cruzar por esas calles bajo su alado sombrero negro, copia de los de capitán, con un saco también negro, casi túnica por lo largo, y un pantalón abombachado, del mismo color, todo hecho para ocultar una marcada curvatura de sus piernas.

"Bellísima su cabeza de bardo en su mocedad, y de león en su vejez, y muy hermosos sus ojos claros y dulces, y su nariz y su boca y su barba y su expresión.

"Era su conversación siempre flúida y siempre amena, como que en él hacían conjunción el pasado histórico de su patria, por ser hijo de un prócer, y la perenne primavera del ensueño, en la que vivió y murió.

"Otoño al reflejar las campañas de la Independencia, y canción fresca al rumor de la poesía, dentro del verso y la epopeya encerró su vida como licor en ánforas, sirviéndolo a sus oyentes hasta en el lecho de su larga dolencia...

"Su vida fué una conversación no interrumpida, y su conversación fué una melodía continua. Míralo en su rueca. Míralo...

El caso del Teatro Imperial

(Continuación de la pág. 34)

decir. El diálogo final seguía su desarrollo. Un señor de luto, se acercó a las candilejas, incitado por los ojos en ruego de su compañera. Se acercó aun más, a pocos pasos de Héctor y de Fanny; me pareció dispuesto a mediar entre ellos. Tras él, subieron al escenario una señora, una niña toda vestida de negro; un señor correctamente vestido y un anciano de cabellos blancos caídos sobre los hombros... Se oía llorar a todas las mujeres, y a más de un hombre le vi llevar el pañuelo a los ojos. Mis actores, en el calor del diálogo, apenas si distinguían al público que se acercaba. De entre bastidores, aparecían caras familiares a la concurrencia, por haber tomado parte en los actos anteriores. Algunas personas bajaron del paraíso al principio. Luego, quedó totalmente desierto. De los palcos altos, también bajó el público o se reunió en uno determinado, a cambiar ideas sobre la actitud que debían asumir en aquella ocasión.

Yo, con la barbilla apoyada en el balcón del paraíso, me asomaba a aquel pozo, en donde se debatía una humanidad presa en mis garras, a quien hacía llorar y sufrir, a mi gusto. Gozaba con el espectáculo. ¡Ver aquella masa compacta y negra, moverse con una lentitud de hormigas laboriosas! ¡Ver agitarse un público que subía a la escena a mediar en el diálogo! ¡Muñecos, todos muñecos míos!

Pero de pronto me vinieron unas ganas enormes de reír. Había apartado los ojos del escenario y estaba libre de mi propio espíritu. Reí entonces; lancé una brutal carcajada allá arriba; carcajada que cayó sobre la cabeza de los concurrentes, como un torbellino de brazas. Allí estaban todos, en el escenario, intentando mediar entre los autores, buscando una solución para mi conflicto, discutiendo sobre la actitud del marido, tratando de poner en término feliz mi "Historia trágica". La escena me pareció idéntica a la que había presenciado en un "ring", invadido por el público, un público estúpido, que deseaba dar por ganada la pelea a un hombre desfalleciente y vencido.

Reí, reí una vez más, y mi carcajada les despertó. Despertó a público y actores. Todos a un mismo tiempo, miraron para arriba y me descubrieron. Al descubrirme, gritaron: "¡A Él!" ¡A Él! Era una jauría furiosa, enardecida, persiguiéndome. Me apedrearon por las calles. Una multitud seguíame a veloz carrera. Yo iba pensando en Paganini, apedreado por poseer un violín embrujado. Los tacos de mis zapatos hacían en la calzada un sonido muy parecido al que producen con las palmas de las manos los niños al burlarse, golpeándose en la boca abierta. Y, así hasta mi casa, donde permanecí encerrado mucho tiempo.

Es este el "Caso del Teatro Imperial", el estreno de mi obra maestra, contado con suma imparcialidad.

La zamba de Vargas

(Continuación de la pág. 52)

formó sus escuadrones en cuadro y ordenó a la banda de música ejecutar una zamba.

Los soldados santiagueños, cubiertos de harapos y miseria, al oír sus nostálgicos acordes sintieron como un extraño calofrío que se apoderaba de sus cuerpos, porque les evocaba el solar humilde en que nacieron y jugaron de niños; sus madres, esposas y novias, que allá en la lejanía aguardaban ansiosas la hora del regreso y del triunfo. A su influjo reaccionaron rápidamente comprendiendo la necesidad imperiosa que tenían de defender aquella ciudad amiga hasta la muerte.

Ante tan inesperada resistencia las fuerzas de Varela se desbandaron por entre los montes.

Festejando el triunfo, aquella noche los riojanos se entregaron a entusiastas manifestaciones en honor del ejército protector.

Desde entonces se conoce esta zamba, de autor anónimo, con el nombre de "Zamba de Vargas".

El señor Gálvez comenta la antología poética de Noé

Por LUIS CANÉ

El señor Manuel Gálvez acaba de publicar en los números 872 y 873 de EL HOGAR dos artículos sobre la poesía argentina contemporánea, entrevista a través de la antología ordenada por don Julio Noé.

El articulista confiesa, candorosamente, que antes de leer dicha antología, creía imposible que "en estas tierras, tan escasamente literarias", hubiese ochenta y siete "buenos artistas del verso"; pero que al leerla se convenció "de que, salvo uno que otro caso excepcional, no hay en la antología de Noé escritores que no estén en ella merecidamente".

"Claro es — dice — que no todos son grandes poetas. En la antología de Noé, apenas llegan a quince los que pueden merecer que se les considere como figuras de gran valer." Luego resulta que estos quince no son quince, sino diez y seis. El resto lo componen poetas a los que el señor Gálvez llama "de segunda categoría o, sencillamente, artistas que conocen la técnica del verso y poseen una fina sensibilidad".

Sin embargo, todos están bien dentro de la antología, pues, según el señor Gálvez, el objeto de éstas es "salvar, entre el montón de piezas escritas por los poetas secundarios, aquellas que merecen ser conocidas y conservadas".

De esta novísima y original casi definición de antología, el señor Gálvez saca una consecuencia que le da motivo para hacer una frase trascendental: "El genio no es cosa tan clara ni definida como algunos creen." Y enseguida hace esta consideración, con la cual, sin advertirlo (¡qué había de advertirlo él!), se anticipa a justificar sus dos artículos sobre la antología: "Un escritor extraordinario puede tener momentos de tontería, de vulgaridad y aún de estupidez."

Para opinar sobre la poesía argentina, que el señor Gálvez revela no conocer más que a través de la antología de Noé, ha elegido un camino fácil: hace como si creyera que la gente tiene de las antologías, y en especial de la ordenada por Noé, un concepto distinto del suyo. Así, pues, contradice esos pareceres imaginarios y sienta su opinión sobre los escombros de las que acaba de destruir.

Como a partir de este momento su tarea ha de concretarse a ensartar adjetivos elogiosos a cincuenta y seis poetas, y él no quiere pasar por adulador, antes de entrar de lleno a derramar almíbar, pulveriza a dos: a Roldán y a Carriego, ambos fallecidos.

A Roldán le dice que Noé no lo ha incluído en la antología porque "sin duda, lo considera, no un poeta ni de primera ni de segunda clase, sino un versificador ingenioso, fácil y agradable". Y a Carriego se refiere en estos términos: "Si Noé ha entendido darle así (publicando de Carriego menos composiciones que de otros poetas) un tercer lugar, estoy de acuerdo con él. Carriego no era un poeta de primer orden. Sus versos son pura prosa. No basta la ternura para convertir a un escritor en poeta. Carriego era un cronista en verso. Y si a veces nos entristece, no es por obra de su arte, sino porque nos cuenta un hecho triste. No le niego todo valor, ya se comprenderá; pero aplaudo al autor de la antología, que ha sabido resistirse a las opiniones del ambiente."

La mala fe con que han sido escritas estas líneas, está patente. De ellas se desprende que, si Noé ha entendido dar a Carriego un tercer lugar dentro de la poesía argentina, el señor Gálvez está de acuerdo con Noé, pues ya, por su cuenta, pensaba que Carriego no era un poeta de primer orden. La segunda categoría, ese grupo en el que el señor Gálvez incluye a cuarenta poetas que viven, no contaba con una sola vacante para la memoria del querido muerto, al cual, sin ninguna consideración, el articulista incluye entre los que luego no menciona.

Lo de que la ternura no basta para convertir a un escritor en poeta, me parece discutible en el caso de Carriego; y en cuanto a que Carriego fué un cronista en verso, no es sino una frase sin sentido, pues de tenerlo, yo diría que cada poeta es un cronista en verso. Fernández Moreno es el cronista del campo, de la ciudad, del hogar; Pedro Miguel Obligado, de su melancolía; Blomberg, del mar y los puertos; Carriego, del suburbio; Rega Molina, de su infancia; Franco, de Belén.

Pero Gálvez no ha reparado en medios para destruir a Carriego, y dice: "Si a veces nos entristece, no es por obra de su arte, sino porque nos cuenta un hecho triste."

Recordemos tres composiciones, tres de las que quedarán: "La silla que nadie ocupa", "La costurerita que dió aquel mal paso" y "Mamboretá". En ellas Carriego nos cuenta tres hechos, pero son tres hechos que nos refieren tres vidas rotas de angustias y de dolor. Y aunque no fuera así, habría una razón suficiente para que Gálvez respetara a Carriego: y esa razón es que el autor de "Has vuelto...", cuenta un hecho triste y nos entristece. En cambio el señor Gálvez nos refiere la tragedia más horripilante o la farra más divertida y solo consigue aburrirnos formidablemente. Novelista, cuentista, comentarista o poeta, diga lo que diga, el señor Gálvez aburre siempre.

* * *

El primer artículo del señor Gálvez, clasifica a los ochenta y siete poetas de la antología de Noé, en dos grandes categorías:

1º Diez y seis poetas de gran valer o de primer orden.

2º Setenta restantes que, en general, "son poetas, también, solamente que no tienen la personalidad de los otros".

Diez y seis y setenta, suman ochenta y seis. La modestia del señor Gálvez le ha impedido clasificarse a sí mismo.

De los setenta de la segunda categoría, menciona más adelante a cuarenta. Y entonces vuelve a hacer una nueva clasificación en tres grupos:

1er. grupo: Los diez y seis poetas de gran valer o de primer orden.

2do. grupo: Cuarenta que "han escrito composiciones que pudieran firmarlas los más altos líricos", y para cuyos cuarenta "se hacen, precisamente, las antologías".

3er. grupo: Treinta y un poetas ante los cuales el señor Gálvez se pregunta formalmente: "¿Debieron ser excluídos por Julio Noé?"

En esta nueva clasificación la cuenta resulta exacta. Diez y seis, más cuarenta, más treinta y uno, da ochenta y siete. ¡El señor Gálvez mismo, se ha incluído en el tercer grupo!

Pero esta actitud del comentarista, al cerrar su primer artículo, es solo una maniobra para impresionar bien al público, pues a la semana siguiente lo vemos aparecer resplandeciente en su segundo artículo, del cual transcribo el párrafo que va a continuación, con ligeras omisiones y la inclusión de una nota, pero que en nada alteran su sentido, según podrá comprobarlo el lector, buscando el número 873 de esta revista:

"Los jovenzuelos literatos de aquel "tiempo (1903)—literatoides, como so"lía decirse—éramos todos, etc., etc. El "golpe de gracia al modernismo se lo "dió la tendencia realista, que apareció

" entre 1907 y 1909. Lugones, que había " sido el primer decadente, fué también " el iniciador de la nueva poesía con " "Los Burritos". Luego vinieron Bravo, Banchs, Carriego y el autor de " este artículo. El libro en que la tendencia realista surgió sistematizada " fué mi "Sendero de Humanidad..." " Mi libro tuvo gran éxito... Lo comentaron numerosos artículos. Diez Canedo me consagró un buen elogio en " Madrid. Más de un poeta quiso ser " también humilde y cristiano, con aquel " cristianismo franciscano que vivía en " mis versos. Alfredo R. Bufano, uno " de los más importantes poetas realistas de estos últimos ocho años, dijo " en "Nosotros": "En el libro de Gálvez " se encuentra todo lo que años más " tarde haríamos nosotros, etc., etc." " Mientras yo hablaba de las provincias, Carriego nos enseñaba a ver el " suburbio de Buenos Aires y el alma " de las muchachas que deben ganar su " pan."

He aquí al humilde cristiano Manuel Gálvez que se entrega incondicionalmente a la posteridad, para que ella, en reconocimiento a sus obras, lo ubique en la primera categoría de su clasificación.

¡Espíritu infantil el de este hombre! Le ha bastado hablar de sí mismo, de su "Sendero de Humildad", del éxito del libro, del elogio que le hizo Diez Canedo, para olvidarse de cuanto lo rodea. Su vanidad lo vuelve generoso; y lleno de gratitud repentina hacia Bufano, por lo que dijo de él, lo asciende a importante poeta realista de los últimos ocho años, sin acordarse que una semana antes apenas si lo incluye entre los cuarenta que, "aunque también son poetas, no tienen la personalidad de otros".

Y, sin embargo, esto es nada todavía, al lado de lo generoso que se siente con Carriego: "Mientras yo hablaba de las provincias, Carriego nos enseñaba a ver el suburbio de Buenos Aires y el alma de las muchachas que deben ganar su pan."

"Mientras yo hablaba de las provincias..." ¡Eso está muy bien!... Mientras el señor Gálvez hablaba de las provincias, Carriego enseñaba, por medio de su poesía, por obra de su arte, a ver el suburbio de Buenos Aires y el alma de las obreras. Mientras el señor Gálvez hablaba, hablaba, hablaba y hablaba de las provincias, un poeta de tercer orden, un poeta cuyos versos son pura prosa, un poeta en cuya obra no hay una imagen, un cronista en verso, nos revelaba almas de muchachas y la vida dolorosa del suburbio de Buenos Aires.

* * *

Para terminar, que ya es tiempo, tratándose de un asunto de tan escasa importancia, voy a conseguir unos datos tan curiosos como graciosos.

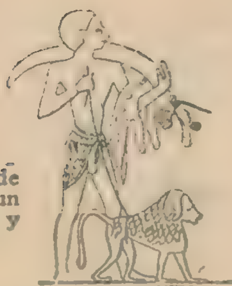
Ante todo, debe tenerse en cuenta que los dos artículos del señor Gálvez, a que me he referido anteriormente, se publicaron, uno el 2 de julio y otro el 9 de julio; es decir, con una semana de diferencia.

En el primero dice: "En la antología de Noé, apenas llegan a quince los poetas que pueden merecer que se les considere como figura de gran valer"; y en el segundo: "Julio Noé ha podido reunir ochenta y siete poetas, sesenta de los cuales, por lo menos, tienen un verdadero valer."

El 2 de julio, entre los diez y seis poetas de primer orden y los cuarenta de segunda categoría, a los cuales el señor Gálvez concede que "son poetas, también...", suman un total de cincuenta y seis poetas; en cambio, el 9 de julio existen *por lo menos* sesenta poetas de verdadero valer.

Primer orden, gran valer, verdadero valer, primera categoría, primera clase... ¡Palabras del señor Gálvez! Con los poetas ocurre lo que con las provincias: habla, habla, habla.

Y después se queja de que la crítica no exista, de "que los pocos hombres jóvenes capaces de juzgar a los demás no se decidan a trabajar seriamente". ¿Para qué quiere el señor Gálvez que exista la crítica? El día que se haga una revisación de valores, ya le darán su lugar; no se apure. Ya verá, acaso con amargura, cómo le salen descubriendo que a él también lo inventó Rudolfh Valentino, en Nueva York, en colaboración con Blasco Ybañez.


Un indígena de Punt llevando un mono, marfil y pieles

La primera expedición geográfica


La esposa del rey Punt



VNOS mil setecientos años antes de la era cristiana reinaba en Egipto Hatasú, la reina ambiciosa que, no satisfecha con ser hermana del faraón, se había apropiado de los títulos y honores correspondientes a su hermano Thothmes, la mujer descontenta de su sexo, que se hacía llamar públicamente señor, rey e hijo del Sol, y se vestía y se adornaba como si fuese un faraón.


Indígenas admirados por la llegada de la expedición

Esto, sin embargo, no era suficiente para satisfacer su orgullo: deseaba que su nombre pasase a la posteridad y, al efecto, ideó una empresa tal como nunca la había acometido rey alguno: enviar una flota a las tierras del sur del Mar Rojo, no en son de guerra, sino para ver qué gentes y qué productos había en aquellos países, para entablar con ellos relaciones comerciales, y a ser posible, para fundar colonias.

La construcción de las naves de los expedicionarios comenzó al punto en la misma costa del Mar Rojo. Cinco fueron las construídas con elevadas bordas, para que el oleaje no hiciese penetrar el agua en ellas, con la proa alta y graciosamente encorvada en forma de una caña de papiro que se inclina bajo el impulso del viento, y se las proveyó de un fuerte mástil, con vela cuadrada y llena de figuras simbólicas y de dobles cubiertas para la carga.

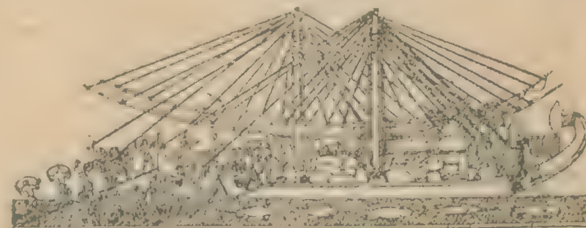
En cada bajel irían treinta diestros remeros, para el caso de que los vientos fuesen contrarios, y diez o doce marinos, con más de veinte soldados guerreros.

El día que señaló la reina Hatasú, un delegado regio salió de Tebas, en su carro policromo, tirado por una yunta de toros sin cuernos, y rodeado de lucido séquito, dirigióse en línea recta a la costa, donde se embarcó, después de haber solicitado el divino auxilio de Ammon.

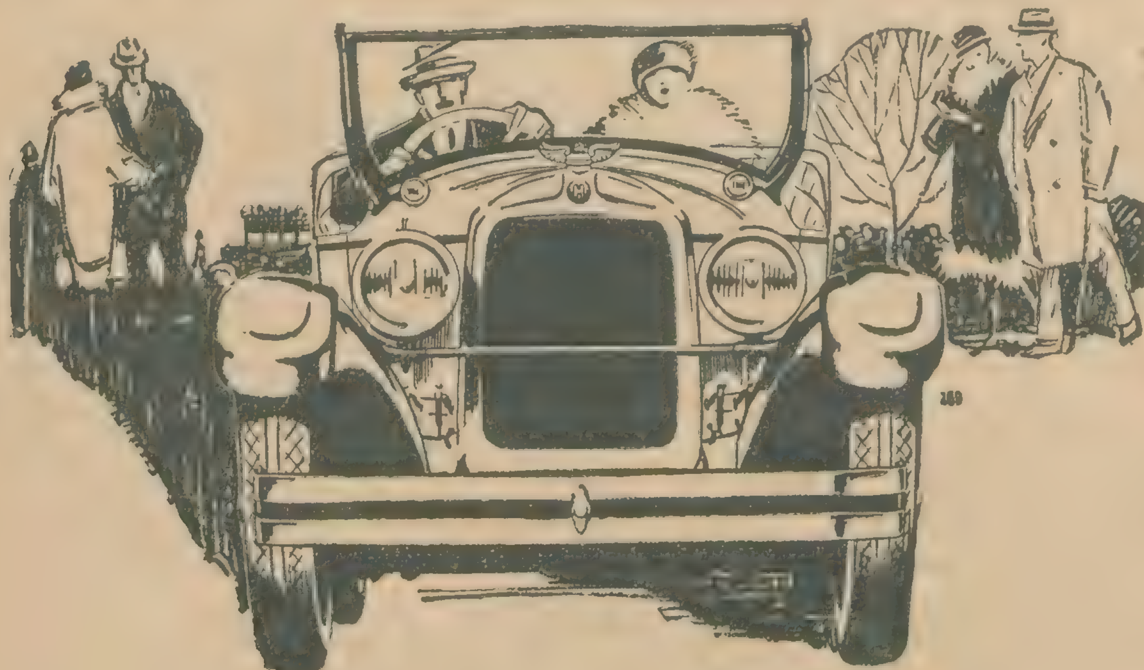
Contando con protección tan alta, el viento no dejó de ser favorable hasta que las naves llegaron a la vista del país del Punt, ya fuera del Mar Rojo.

Eran los indígenas gente pacífica y sencilla, que para ponerse fuera del alcance de los animales feroces vivían en pequeñas cabañas levantadas sobre estacas, a las cuales había que subir por escalas que se quitaban de noche. Recibieron al enviado de Hatasú y a sus acompañantes con gran afabilidad y los llevaron a la presencia de su rey Parihú y de su esposa. Algunos regalos ofrecidos a ambos esposos bastaron para consolidar la más franca amistad, y Punt fué declarado tributario de Egipto.

El regreso a Tebas fué todo un acontecimiento. Todas las tropas estaban formadas en la orilla, y tras ellas se agolpaba la muchedumbre, ávida de contemplar los productos y animales extraños y de conocer a los habitantes del Punt, algunos de los cuales habían voluntariamente seguido a los viajeros.


Cargando en los barcos egipcios los productos de Punt

La reina, vestida con gran gala y con su barba postiza que la convertía en andrógino extraño, sacrificó un toro a Ammon y le presentó dos vasos de incienso, dirigiendo después la plantación de los treintaiún árboles importados. Una banda de indígenas del Punt bailó una danza guerrera; las tropas hicieron simulacro de combate, y las fiestas y la alegría del pueblo duraron hasta que las sombras de la noche empezaron a extenderse sobre las aguas del Nilo.



Cómo se improvisa una ciudad maravillosa

(Continuación de la pág. 14)

paisajes, en el refinamiento de aquella civilización. Los sutiles matices acumulados por siglos de existencia no pueden ser reemplazados por algunas islas de cemento armado, distribuídas caprichosamente en las aguas y adornadas con cocoteros.

¿Cuál es la suerte que el porvenir reserva al paraíso de Florida? ¿Llegará un período de rápida decadencia para esa nueva maravilla? Los formidables beneficios obtenidos actualmente por especuladores y financistas cesarán algún día tal vez.

Entretanto, una muchedumbre de traficantes evoluciona en Florida. Los bienes pasan de mano en mano, las fortunas se levantan en pocas semanas y el nuevo Eldorado es meta de muchas esperanzas.

Todos los navíos y trenes llegan a sus puertas atestados de viajeros, donde alternan banqueros, industriales, comerciantes y turistas atraídos por la curiosidad. Todos quieren ver el portento realizado y acarician secretamente una posibilidad de un buen negocio. A todos ofrece Florida Boom un margen de explotación acaso más interesante para muchos que el encanto de las playas y salas de esparcimiento. Sea cual fuere el destino futuro de Florida, hay un hecho indiscutible: la humana marea que actualmente inunda la península, fertiliza su suelo con beneficios permanentes para ella. Las minas de fosfato más importantes de los Estados Unidos están allí. Dará también impulso a las plantaciones de naranjos, de algodón, de tabaco, de maíz, y aun de caucho. Puede predecirse, sin temor a equivocarse, que esta región será una de las más prósperas del continente americano y el gran puerto de Miami, un brazo de unión entre las repúblicas latinas. La historia de la América del Norte es rica en ejemplos de semejantes resurgimeintos económicos. Casi todos fueron originados por impulsos rápidos llevados a cabo bajo la influencia del repentino hallazgo de un sitio al cual consagraron su esfuerzo para elevarlo a gran categoría. Lo que hoy ocurre con Florida tiene precedentes anteriores en Kansas, Nebraska, Minnesota y California.

Cuando la invasión de explotadores se haya retirado, cuando la sed de lucro se apague en otras fuentes y nuevas empresas soliciten el afán de aventureros, decaerá la fiebre en Florida Boom. Pero nada se perderá con ello. Subsistirán las ciudades con sus enormes puertos, sus ferrocarriles, sus líneas de navegación, sus comercios y bancos, en progreso siempre creciente y que nada ni nadie puede ya detener.

El éspejo

(Continuación de la pág. 17)

y delirante alegría de que hubiera desbordado el alma de Conrado mismo si éste la hubiese leído como él la leía.

Con esa facultad de sentir hondo y a lo vivo las sensaciones y las emociones de todo orden, que había sido la característica saliente del temperamento del muerto y que su segundo yo había heredado, ardió éste en un júbilo crepitante como un incendio, ante aquella nueva florescencia de un amor que creía perdido. Sin reflexionar siquiera, incapaz de hacerlo, por otra parte, corrió el hombre-imagen a la casa de Leonor.

Al llegar ante la puerta, que sus ojos virtuales nunca habían visto, pero que tan bien conocía sin embargo, se serenó un poco, y se dispuso a concentrar toda su voluntad en el deseo, en la volición imperiosa de hacerse tangible.

Llamó. Lo recibieron y lo acompañaron hasta la sala como a persona esperada. La puerta se abrió silenciosamente ante él: dos brazos desnudos se le ciñeron al cuello, y dos labios más desnudos aún se apretaron contra los suyos, como si fuera para toda la vida.

Pasó un largo instante de embriaguez y de olvido. La dicha del mísero remedo humano era altísima, vertiginosa, como

(Continúa en la pág. 63)

Temas escolares

Por LA SRTA. PALOTES

GRADOS INFANTILES

El pan



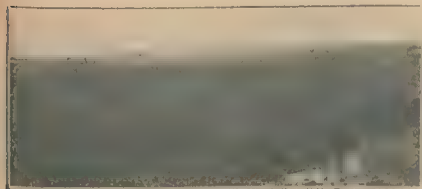
Espiga de trigo

Repartir granitos de trigo y hacerlos observar por la clase.

Mostrar láminas representando las diversas operaciones de siembra y cultivo de este cereal. Región de la Argentina donde más se produce el trigo.

Para obtener el trigo se empieza por arar la tierra, después se siembran las semillas y se cubren de tierra por medio del *rastrilleo*. Una vez que las espigas están maduras se cortan o siegan con una máquina especial, se reúnen en gavillas que se amontonan en parvas. Luego se pasan por la máquina *trilladora*, que separa el grano de la paja.

Mirando el interior de un grano de trigo vemos que contiene harina. La cáscara, molida, produce el *salvado*, que también se llama afrecho.



Un trigal

Con la harina se hace una pasta que se amasa y mezcla con *levadura*, para que fermente.



La cosecha

La pasta así preparada se esponja. Una vez cocida en el horno constituye el *pan*.

Describir las distintas clases de pan conocidas por los niños. Determinar en qué consiste su diferencia.

El hexágono

Construir un triángulo equilátero en papel de color, que cada alumno tendrá a su frente. Llevar los vértices al centro y formar así el hexágono regular (fig. 1).

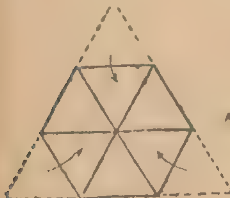


Fig. 1

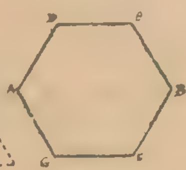


Fig. 2

Destacarlo (fig. 2) y estudiar sus lados vértices y ángulos.

Obtener un hexágono regular, pasando por el triángulo equilátero, el cuadrado, el rombo y el trapecio.

Para esto, distribúyanse cuadrados de papel. Se trazan las medianas, para determinar el centro *O*, manipulación que sigue toda la clase.

Marcados los dobleces *F G*, *H I*, se rebatirá el rectángulo inferior, sobre el superior, como indica la figura 3. A continuación se pliega el papel a partir de *O*, de modo que resulten tres ángulos iguales de 60 grados, tercio cada uno del valor de los tres ángulos formados en el punto *O* y al mismo lado de la recta *H I* (figura 4).

Nada de esto se dice a los alumnos, que deben limitarse a hacer los dobleces que la maestra indica.

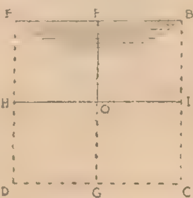


Fig. 3

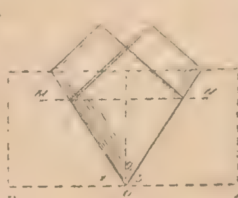


Fig. 4

Seguidamente se dobla el papel, según la línea *M N*, paralela al lado *D C*, obteniendo tres triángulos equiláteros superpuestos que dan lugar a las siguientes figuras, una vez cortado ese doblez. Desdoblando uno de los triángulos equiláteros se obtiene un rombo. Abriendo dos, un trapecio, y, en fin, los tres dobleces, un hexágono.

Este interesante ejercicio da excelente ocasión para hacer observaciones sobre estas cuatro figuras.

Hexágono estrellado



Fig. 5

Colocar dos triángulos equiláteros como indica la fig. 5, y señalar el hexágono formado. Pegarlos sobre un papel y unir los vértices, para determinar el hexágono externo que ha sido formado, figura 6.

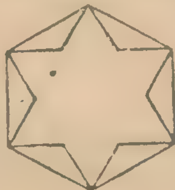


Fig. 6

Recortar varias estrellas en papel de color y formar con ellas guardas y dibujos decorativos.

GRADOS SUPERIORES

Problemas

Nº 1. — *Sabiendo que la leche contiene el 12 por ciento de su peso en crema, y que ésta produce manteca en $\frac{9}{25}$ de su peso, averiguar los kilos de manteca que pueden sacarse de 440 litros de leche, estableciendo que un litro de leche pesa 1 kg. 03.*

Objetivación:



Solución:

Peso de la leche = 1 k. 03 × 440 = 453 kg. 200.

Cantidad de crema = $\frac{12 \text{ k.} \times 453,2}{100}$ = 54 kg. 384.

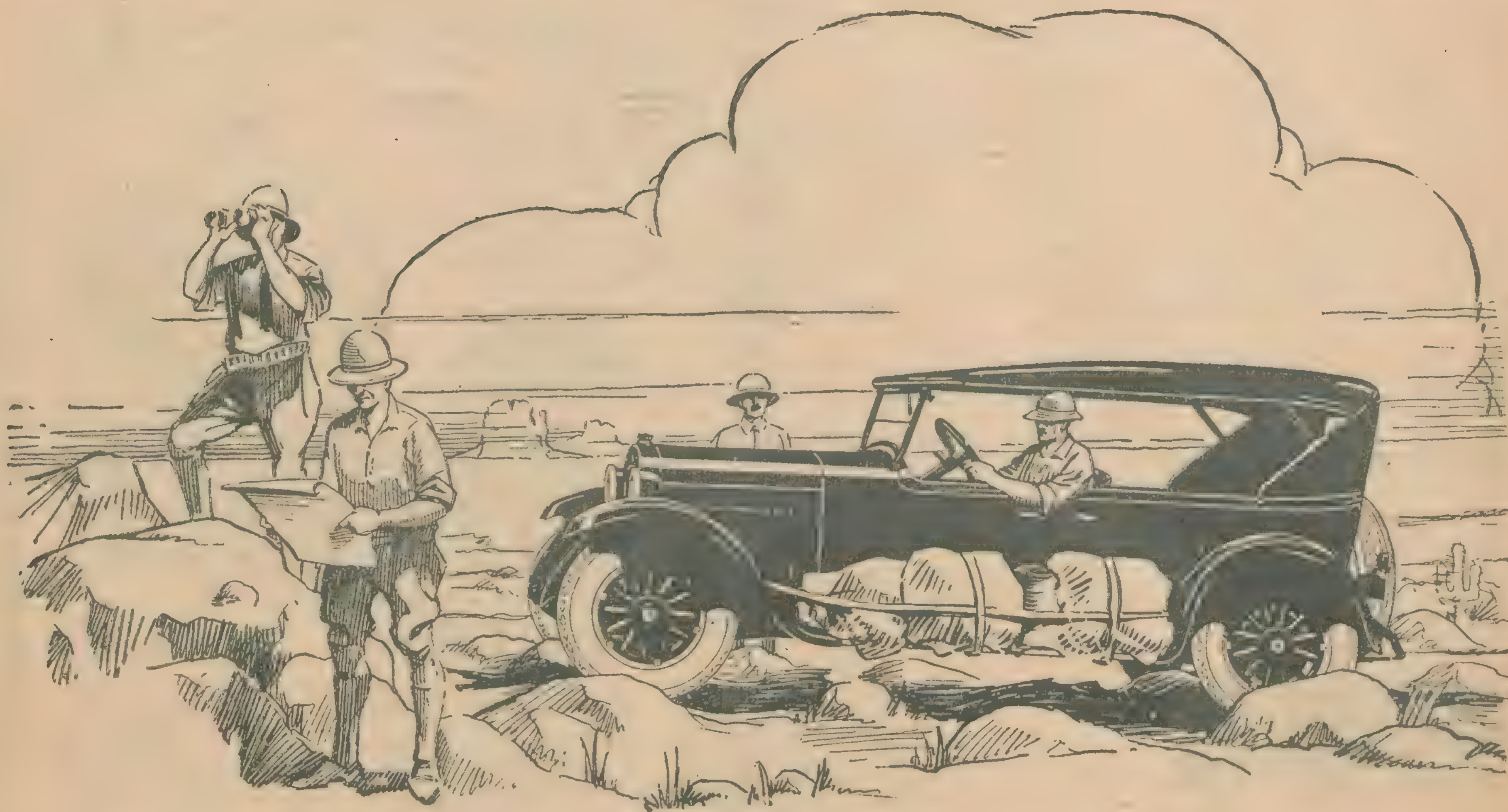
Peso de la manteca = $\frac{9 \text{ kg.} \times 54,384}{25}$ = 19 kg. 578.

Nº 2. — *Un vaso lleno de agua pesa 2 kg. 5. ¿Cuál es su capacidad en decílitros sabiendo que el vaso vacío pesa medio kilogramo?*

Objetivación:

Sabemos que el vaso vacío pesa 500 gramos y que un litro de agua es igual al peso de 1 kilogramo.

El peso del líquido contenido en el vaso es igual a la diferencia entre los pesos del vaso lleno y del vacío, es decir:



Exploradores Los Usan Porque Son Dignos De Confianza

Automóvil de Turismo
$ 3650

Autosedán
$ 4300

Automóvil Comercial Enrejado
$ 3900

Precios de Entrega con Magneto S/w. Buenos Aires

Los exploradores, cuya vida depende de la seguridad del transporte que usan, emplean casi exclusivamente automóviles Dodge Brothers.

Stefansson los usó en sus exploraciones por los áridos desiertos de Australia. El doctor Roy Chapman Andrews, en tres ocasiones distintas, penetró hasta los más recónditos parajes de Mongolia en un automóvil Dodge Brothers.

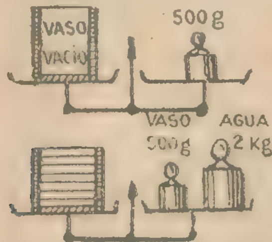
La seguridad de este vehículo es proverbial y la comodidad excepcional de su marcha permite largos viajes por carreteras escabrosas sin fatiga ni molestia.

DODGE BROTHERS, INC. DETROIT

JULIO FÈVRE & CÍA.
AV. LEANDRO N. ALEM 1632-40
BUENOS AIRES
SUCURSAL ROSARIO: Entre Ríos, 579

AUTOMÓVILES DODGE BROTHERS

2 kg. 5 — 0 kg. 5 = 2 k. de capacidad.
1 kg. = 1 litro = 10 decilitros.
2 kg. = 2 litros = 20 decilitros.



(Siempre que se pesan líquidos debe tenerse la precaución de pesar vacía la vasija que los contiene. Este peso que se descuenta del total se llama *tara.*)

LABORES

CORPIÑO RECTO PARA NIÑA (BUSTO 42)

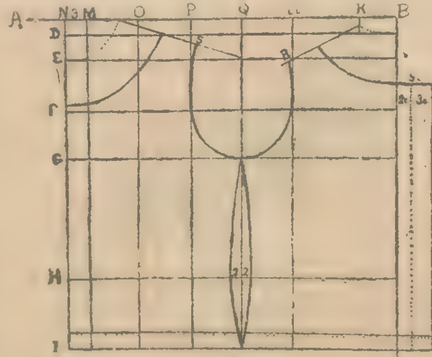
Constrúyase el ángulo *A B C*. Trácese la paralela *D* a dos centímetros de la horizontal *A B*. A media sexta de distancia de *D* trácese la paralela *E*, y a una sexta de ésta la paralela *F*. A igual distancia de *F* la paralela *G*. Desde la línea *D* márquese sobre *B C* el largo del talle hasta la cintura, y tírese la paralela *H*. Diez centímetros más abajo trácese la línea *I*.

Una vez trazadas las líneas horizontales se procederá a las verticales.

Sobre la línea *A B*, partiendo del punto *B* con la medida de una sexta menos dos centímetros se baja la perpendicular *K* a la horizontal *D*. Desde la intersección *B F* se marca sobre la horizontal *F* la mitad de la medida del ancho de la espalda, y se traza la vertical *LL*. Desde la intersección *B G* y sobre la línea *G* se marca la mital de la medida del busto y tres centímetros más, para holgura, trazándose por dichos puntos las verticales *M* y *N*, respectivamente. Desde *M* hacia *LL* se trazan las verticales *O P* y *Q*, que guardan una sexta de distancia entre sí y de *M*.

Desde la mitad de la vertical *K* se traza una línea que sobrepase un centímetro del cruce *E LL* y que formará el hombro trasero. A tres centímetros de distancia de *O* se tira una recta a la intersección *E Q*, y, transportando sobre ella la medida del hombro trasero, quedará formado el hombro delantero. Uniendo los dos extremos de los hombros *R* y *S* con una línea curva que no salga de los cuatro cuadros que forma el dibujo, se obtendrá la sisa del corpiño. Bastan cinco centímetros para el ancho del hombro. Al escote se dará la profundidad que se quiera, cuidando que el delantero no baje de la ninea *G*, y el trasero de *F*. La línea de puntos en el escote marca, justa, la mdida del cuello.

En la parte de la espalda se agregan cinco centímetros, de los cuales tres son para dobladillo y dos para cruce.



Desde el cruce *Q G* al *Q I* se trazan dos curvas que entren dos centímetros sobre *H*, como indica el dibujo, y que formarán la entalladura del corpiño. Para el dobladillo del corpiño se dan tres centímetros más a partir de la línea *I*.

El espejo

(Continuación de la pág. 60)

un delirio cósmico; algo que llegaba a un límite adonde sólo una voluntad entera, una conciencia íntegra puesta en el acto supremo de amar, podría alzarse.

Muy pronto una sensación angustiosa arrancó al hombre virtual del deliquio de amor en que había caído: sentía que sus fuerzas se agotaban rápidamente, que se le relajaba la voluntad heroica de que tenía que echar mano para adquirir la cohesión consistente que necesitaba su apariencia humana. Suavemente, intentó desasirse del estrecho abrazo; pero ella, creyendo que lo hacía por un resto de resentimiento, se le ciñó más estrechamente aún.

Con una infinita desolación en el alma, el hombre imagen siguió el decrecimiento progresivo de su fuerza de voluntad, que se derrumbaba. Una ráfaga de angustia suprema le barrió la conciencia torturada; hizo un último y desesperado esfuerzo, y cedió, de golpe, con un hondo suspiro, como si hubiera estado aguantando un mundo.

Ella sintió que el hombre a quien abrazaba se le deslela entre los brazos, y, falta de apoyo, cayó pesadamente sobre los cojines del sofá. Espantada, se levantó la niña vivamente, dando un grito. Miró al triste remedo de Conrado, y, afligida al ver la expresión de doloroso desaliento que el hombre tenía en el rostro, se le acercó e intentó tomarlo cariñosamente de un brazo: sus dedos se cerraron sobre sí mismo, sin agarrar nada, al mismo tiempo que en el gran espejo mural, frente al cual se encontraban ambos, ella vió que estaba sola.

Abierta la boca como para lanzar un inmenso alarido de espanto, la joven se desplomó sobre el suelo, sin que él, agotado, pudiera sostenerla.

Silencioso, sutil, mísero como una pobre sombra que era, el hombre virtual huyó subrepticiamente, y no paró hasta hallarse otra vez en la trágica habitación, estuche de su secreto y testigo inconmovible de su infinita miseria.

Solo, en una terrible y total soledad, en que ni siquiera podía buscar la compañía de su propia imagen, que el espejo le negaba, el pobre ser vivió horas de espanto sombrío en el azoramiento que le producía su situación contradictoria. Mero reflejo de una conciencia torturada, giraba en torno al punto fijo del motivo de su tormento, sin posibilidad visible de eludir la perfección geométrica de su desventura.

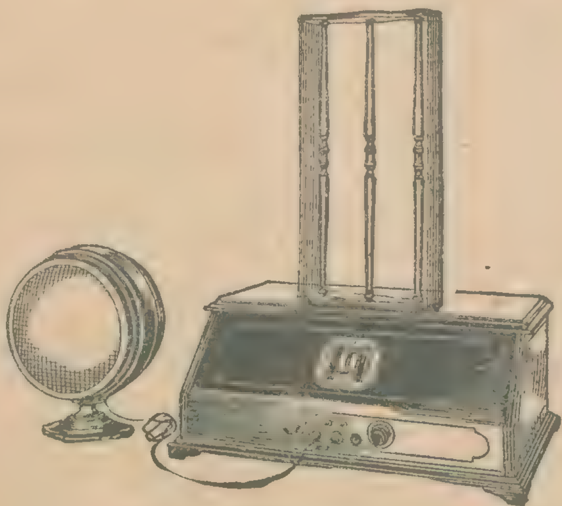
Con un ansia desesperada de libertad, el hombre imagen se dirigió al espejo, atraído por la añoranza de su antiguo mundo. Una laxitud inmensa, un infinito deseo de abandono lo abatía como a un niño rendido que busca un regazo donde dormirse. Miró la luna indiferente del espejo, que, como una madrastra despiadada no daba señales siquiera de notar su presencia; hesitó un instante, y luego, con un gesto tímido, de criatura que teme ser rechazada, intentó penetrar nuevamente en el mundo virtual que había abandonado. Pero fué vano su intento, y sólo sirvió para añadir un dolor más a su carga de dolores. Había en él ya demasiado de humano para que le fuera posible la vuelta al mundo irreal que abandonara siendo una simple imagen.

¿Era, pues, eterna su condenación? ¿Debía seguir errando, así, para siempre, por la estepa infinita de la eternidad, arrastrando el grito mudo de su dolor, que ningún eco llegaría a recoger jamás? ¿Veríase nunca algo semejante? ¿Una conciencia quintaesenciada, algo como el extracto de una conciencia humana, puesta a amar y a sufrir de amor por toda la eternidad?

Una desesperación trágica, un paroxismo de angustia arrebató al doliente remedo humano, arrancándolo de sí mismo. Sus ojos, llenos de una humanidad dolorida de bestia que sufre, tuvieron una expresión fieramente decidida.

Y entonces sucedió algo estupendo: el hombre irreal, la conciencia sufriente tomó con gesto decidido un pesado pisapapeles y dió con él contra el espejo, como si fuera a rajar el mundo. Saltó el cristal en menudos pedazos... y el hombre se desvaneció sin ruido, como un gesto en el aire.

Abandonado a sí mismo, el pisapapeles cayó sobre los trozos de cristal esparcidos en el suelo. Un silencio infinitamente transparente se extendió sobre las cosas y colmó toda la estancia iluminada y solitaria.



Simplicidad absoluta en el manejo*

LAS nuevas Radiolas tienen un solo control que manipular. Con un dedo, Ud. puede sintonizar cualquier programa que se transmita desde estaciones distantes —con certeza y claridad. Y esta simplificación final del proceso de sintonización se ha obtenido sin sacrificar la calidad del tono, la selectividad o el alcance

El comerciante en artículos de radio más cercano tendrá sumo gusto en hacer para Ud. la demostración de cualquier Radiola. O si prefiere, visite al representante autorizado de la Radio Corporation of America.

Las cinco características fundamentales de buena recepción se han incorporado en estas Radiolas:—

Calidad de tono — *Volumen y sonoridad*
Selectividad — *Alcance*
**Simplicidad de manejo*

Radio Corporation of America

Representante: Sr. George W. Hayes
Av. Pres. Roque Sáenz Peña 567

Distribuidores en la República Argentina
General Electric S. A.

Avenida de Mayo 560, Buenos Aires
Calle Córdoba 1353, Rosario de Santa Fe
Calle 24 de Septiembre 550, Tucumán
Av. Gral. Paz 182, Córdoba



Westinghouse Electric International S. A.

Avenida de Mayo 1035, Buenos Aires
Calle Colón 59, Córdoba
Calle Córdoba 961, Rosario

RCA-Radiola

UN PRODUCTO DE LOS FABRICANTES DE RADIOTRONS

SI TOSEIS Y ENFLAQUÉCEIS
Haced uso de la

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

que es el remedio eficacísimo en la **BRONQUITIS CRÓNICA**, en los **RESFRIADOS** antiguos y descuidados, en la **Convalecencia** de la **PNEUMONÍA** y de la **GRIPPE** y el mejor agente curativo de la **TUBERCULOSIS**
Procura á los **NIÑOS** débiles y propensos á **BRONQUITIS** un temperamento resistente y **PULMONES ROBUSTOS**

Millares de Enfermos le deben su curación.

L. PAUTAUBERGE
10, Rue de Constantinople
PARIS
Y LAS PRINCIPALES BOTICAS

HIGIENE de la **BOCA** y del **ESTÓMAGO**

Despues de las comidas **2 ó 3**

PASTILLAS VICHY-ÉTAT

facilitan la digestion

VICHY — ÉTAT

Se venden únicamente en cajas metálicas precintadas.
Cada pastilla lleva | de un lado la palabra VICHY y del otro la palabra ÉTAT
VENTA TODAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Vd. puede valer $

¡Estudie una profesión y ganará más dinero!

Llene y mándenos este cupón y recibirá gratis un **manual para aprender a escribir a máquina** y folletos explicativos de las profesiones que enseñamos **por correo.**

Usted estudia en su casa con los libros que le entregaremos y envía los ejercicios **por correo** para que nuestros profesores se los corrijan.

Tenedor de Libros	Caligrafía	Contador Mercantil
Taquigrafía	Chauffeur	Constructor
Ortografía	Operador	Correspondencia
Aritmética	Cinematográfico	Electricista
		Mecánico
		Maquinista
		Dibujante
		Conductor de Motores Agrícolas

ESCUELAS SUDAMERICANAS
de enseñanza por correo
Fundador:
P. C. RYAN, Bachiller y Contador Nacional
1059, LAVALLE, 1059 - Buenos Aires
Buenos Aires — Montevideo — Asunción
Valparaíso — Lima — La Paz

Nombre ....

Dirección ....

Localidad .... E. H.

NECESITAMOS AGENTES

Regalamos a los alumnos: papeles, sobres, libros de estudio, diploma al terminar, etc.

GARANTIA: Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio. A esta garantía, que cumplimos fielmente, debemos la gran prosperidad alcanzada por esta Institución.

Para la gente menuda

Por LA ABUELITA

EL LOBO Y LA TORTUGA

UNA tortuga se había caído en un profundo agujero. Esto le pasó por caminar con la cabeza al aire sin preocuparse de mirar el suelo.

La pobre tortuga estaba bien triste al verse en esa cueva de la que era imposible salir. Ni escalera ni ascensor la llevarían arriba.

Pero la tortuga, aun cuando parece pesada y torpe, tiene sus destellos de ingenio. Recurrió a la astucia en ese difícil trance.

Oyó que alguien pasaba cerca del hoyo y se puso a gritar:

— ¿Quién va? ¡Ola! ¿Quién pasa?

— Soy yo, soy yo, el lobo... Pero, ¿qué haces ahí adentro, amiga tortuga?

— ¿Qué hago? Pues me busqué un lugar abrigadito donde no correré peligro.

— ¿Peligro de qué?

— Amigo lobo, tú bromeas al preguntarme esto. Demasiado sabes que hablo de la catástrofe que se aproxima.

— ¿Qué catástrofe?

— Pero, ¿de dónde sales que no sabes nada? ¿Ignoras que esta noche es el fin del mundo, y el cielo se vendrá abajo? Todo el mundo lo espera, y los que no están escondidos como yo morirán aplastados.

— ¿Es un chiste tuyo, amiga tortuga?

— ¡Un chiste! ¡Adiós, amigo lobito, estoy muy bien en mi refugio, quise ayudarte pero ya que no lo quieres, adiós, adiós!

Y la tortuga se puso a silbar alegremente.

Un momento más tarde el lobo bajó al pozo y se disculpó diciendo:

— Te pido me perdones, pero, francamente, nada sabía del peligro que nos amenaza esta noche.

La tortuga continuaba con su alegre silbido, sin responder nada.

— ¡Por favor, no silbes así, me pones nervioso, no estoy para cosas alegres.... ¿No me oyes, amiga tortuga? ¿Se habrá vuelto sorda repentinamente? ¡Basta, basta! Soy el más fuerte, si sigues silbando te arrojo fuera del agujero.

La tortuga silbaba sin descanso, más fuerte cada vez.

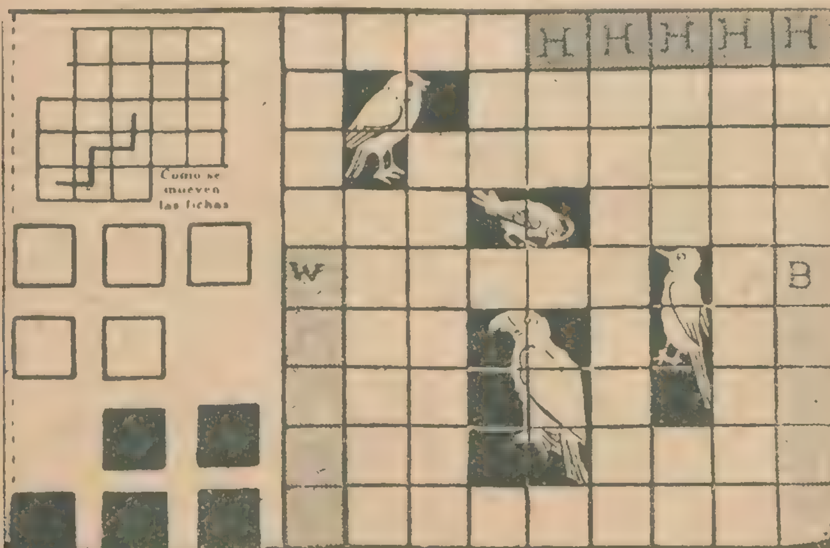
Entonces, exasperado, el lobo la levantó entre sus patas y la tiró fuera con toda su fuerza.

— ¡Torpe animalucho! Su testarudez la ha perdido. ¡Vete — le gritó, — y que el cielo te aplaste de una buena vez!

La tortuga lanzó una carcajada y huyó con la máxima velocidad que le acuerda su pesada estructura. El lobo quedó en el pozo, estúpidamente asustado, y nadie sabe si se murió allí de miedo o volvió a salir a la superficie para enterarse del cataclismo anunciado por la pícara tortuga.

NUESTRO JUGUETE SEMANAL

PÁJAROS GUARDIANES



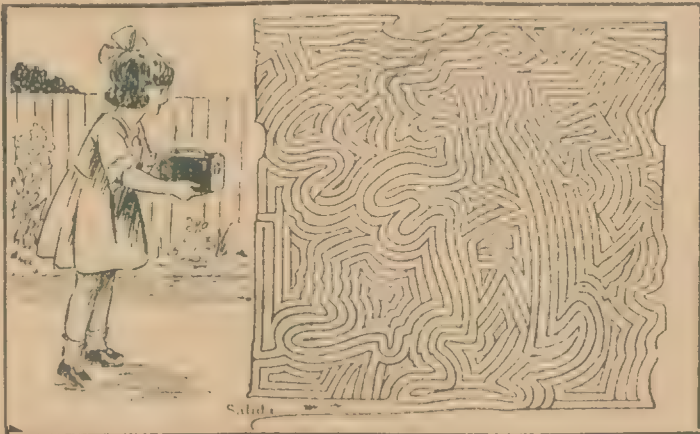
Preparar el tablero sobre un cartón y destacar los cuadraditos "blancos" y los "negros". Cada jugador toma un grupo de éstos y los coloca en el tablero. Los "blancos" ocupan los espacios sombreados *W*, y los "negros" van al frente en los espacios *B*.

El juego consiste en que las fichas "blancas" lleguen a ocupar los cuadraditos *H*. Las "negras" deben oponerse. Las fichas se mueven por turno, un cuadrito solamente hacia arriba, abajo o lateralmente, nunca en diagonal. Todas las fichas que entran en las jaulas de los pájaros están perdidas. Si "blanco" consigue situar tres fichas en su lugar, gana el partido, si son menos, "negro" es el ganador.

SECCIÓN RECREATIVA

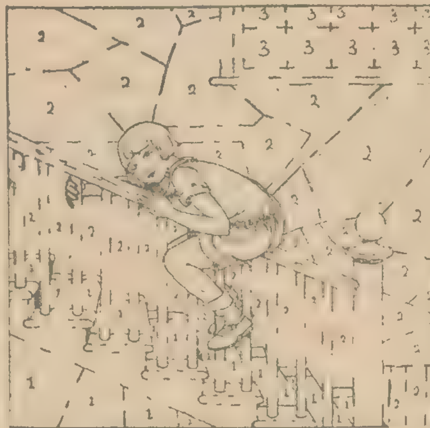
¿A QUIÉN RETRATA CHOLITA?

Para conocer el "personaje" que ante la máquina fotográfica espera una orden de Cholita, debemos tomar un lápiz, y a partir del punto que dice "salida", deslizarlo a través del laberinto sin cortar línea alguna.



SECCIÓN RECREATIVA

Buena diversión



Este cuadrito es para aquellos de mis nietecitos que gusten dibujar. Los hay muy hábiles, como he tenido ocasión de ver en mil oportunidades, recordando lo cual les ofrezco esta escenita. Tienen que terminarla primero a lápiz y luego darle color siguiendo estas instrucciones:

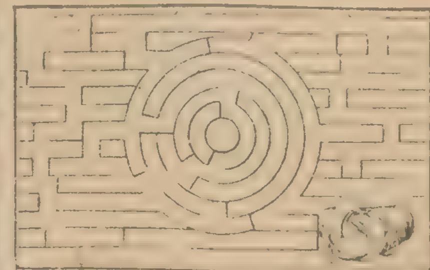
Los espacios marcados con *1* van en negro; en rojizo los *2*, y en azul los *3*. Los no señalados se pintan de marrón, y en cuanto a la niña, queda su colorido a gusto de los pequeños artistas.

¿Caerá en la trampa?



Sobre un cartón recortado se pega el gato, y por separado el ratoncito. Las líneas de puntos indican medios cortes que permiten doblar esas aletas en aristas, de manera que parezcan una tapa de caja invertida. El ratoncito se coloca adentro y debe tratarse de introducirlo en los espacios destacados del tablero. Gana diez tantos si entra en el superior y pierde cinco cada vez que lo hace en el que está próximo al gato. El juego es a cincuenta tantos.

El cangrejo



Después de lenta maniobra el cangrejo prisionero ha logrado volcar el balde que le servía de cárcel. ¿Qué camino seguirá para llegar al agua y ponerse a salvo?

Las novedosas concepciones de la moda actual

(Continuación de la pág. 14)

todo o nada." Sin embargo, en los modelos de noche la falda se alarga un poco; pero mantiene esa amplitud que se consigue gracias a una ingeniosa combinación de volados. Los hay para todos los gustos y aun los más difíciles y exigentes hallarán algunas disposiciones que les seduzcan. Se ven volados de encaje, bordados y otros adornados de modo muy original con cintas y pétalos. El ruedo puede ser regular o irregular. Este último estilo, sobre todo si termina en punta, se prefiere para los trajes de noche. La parte inferior de la pollera transparente es otra de las notas de la temporada.

LA LÍNEA DEL TALLE

LA línea del talle aun no se ha definido netamente. Tiende a elevarse, sí, pero las elegantes aun no se han decidido a adoptarlo. De manera que oscila entre el alto y bajo. Los modistos afirman que no tardará en inmovilizarse en su lugar natural; pero... Aun hay un pero.

MANGAS

O bien ellas no existen o bien son largas. Claro está que en los trajes de soirée las mangas no aparecen; en cambio, en los de la mañana y en los de tarde, son largas. Sus formas son diversas: tanto pueden ser amplias como ajustadas.

COLORES

El rojo, el verde, el bléu, el berenjena y el anaranjado son, indudablemente, los colores más en boga, en toda la gama de sus tonalidades suaves y brillantes.

La combinación de los colores parece ser un privilegio de la moda actual, la que, antes que detenerse ante los contrastes más fuertes, lo acepta con entusiasmo. Es así cómo no es raro ver al negro al lado del blanco; al rojo cerca del verde, y al amarillo en amable plática con el azul. El gris, el beige y el castaño han pasado a segundo término.

LAS FLORES

DIJÉRASE que ellas constituyen la característica más notable de la moda de hoy. Las flores aparecen por doquier, en los trajes de mañana, en los de tarde, en los de noche, en los abrigos, en los vestidos, en todas partes. Casi no se ve una toilette que no ostente hoy en día sus correspondientes flores.

Algunos modelos, los de soirée, sobre todo, no se conforman con una sola flor: verdaderos "bouquets" de flores pequeñas y variadas subrayan su belleza.

ADORNOS

PARA la boga actual todo es materia de adornos. Es tal su variedad que, ciertamente, maravilla y asombra. Volados, nudos, incrustaciones, fajas, motivos de cuero, bordados en seda, perlas, estrass, botones, galones, todo, todo sirve para adornar un traje. ¡Hasta las écharpes, ese tan encantador accesorio de la elegancia femenina, se ha convertido hoy en un adorno!

Temas domésticos

(Continuación de la pág. 49)

locarlo en el bañomaría sin riesgo de que el agua hirviendo haga irrupción en las salsas.

La "sauteuse" debe ser de cobre. Es un recipiente que tiene la forma de una cacerola muy baja, y que se usa tanto en este carácter como en el de sartén de freír. Posee una tapa plana, de cobre; su diámetro debe ser de veinticinco centímetros. Sus paredes laterales son verticales y no oblicuas, por lo cual el fondo presenta mayor superficie. Es un utensilio ideal para freír papas, saltar un pollo, preparar legumbres, etc. Los aficionados la emplean poco; pero los profesionales se sirven de ella siempre.

Añádase a lo enumerado: una pescadera de hierro batido, para hacer hervir pescado, a poco fuego; dos bandejas de hierro, una oval y otra rectangular, para hacer los asados al horno. Se tendrán así los utensilios más necesarios.

Para preparar los elementos de un almuerzo, por simple que sea, se necesitan algunos otros instrumentos indispensables. Por ejemplo: dos coladores, el uno de agujeros gruesos y el otro más fino, para hacer escurrir, rápidamente, las legumbres cocidas, el arroz o las pastas italianas. También se necesita un colador de forma cónica y agujeros muy diminutos, que servirá para pasar las salsas, de las cuales se quieren eliminar elementos vegetales o grumos provenientes de la harina.

Al colocarla en este colador, la salsa debe ser agitada con un instrumento indispensable en cocina, y raramente empleado en las familias, que se llama el "fouet" metálico. Consiste en un haz de alambres curvados en forma de asa, y reunidos todos en un mango. Hay "fouets" de tres dimensiones, que se emplean según la profundidad del recipiente, dentro del cual es necesario agitar los líquidos que se desean mezclar.

He aquí algunas particularidades sobre el uso de este aparato:

Si se quiere hacer una salsa ligada a la harina, póngase un poco de manteca en la pequeña cacerola de cobre descripta más arriba; déjésele tomar color sobre el fuego; añádasele una cebolla finamente cortada, y déjésele dorar. Desparrámese harina y con el "fouet" mézclense los tres elementos. Cuando la harina ha adquirido el color deseado, añádase poco a poco algún líquido frío: agua, caldo, vino blanco, etc., moviendo siempre la masa con el "fouet". El líquido se calienta y la salsa se espesa. Sáquese cuando su consistencia satisfaga. Nunca se formarán grumos si se ha empleado en la operación el "fouet". No se conseguirá el mismo resultado si se ha utilizado un tenedor.

Añádanse a estos utensilios casi indispensables, un cucharón de hierro batido, una espumadera, una parrilla de alambre, un largo tenedor de dos dientes para dar vuelta a los asados, y una larga cuchara para rociar los estofados, lo que permitirá cuidar una vianda en el fondo de una marmita sin el peligro de quemarse los dedos.

No queremos terminar estas ligeras instrucciones culinarias sin referirnos al hierro enlozado que, a nuestro juicio, debe desecharse de entre estos menesteres, porque con el uso, el esmalte se raja y se desprende, y sus arenas, mezcladas con los alimentos, pueden provocar en el tubo digestivo erosiones muy peligrosas.

El paso del Diablo

(Continuación de la pág. 5)

cuando, de pronto, la tormenta se descargó con toda su violencia, con toda su ferocidad; los árboles del angosto camino caían, y la vertiente, allá abajo, quedó cubierta por las aguas enrojecidas con las purpúreas arenas que cubrían los cerros.

La corriente, concentrando sus fuerzas, desmoronaba barrancos y se diría que hasta arrancaba los mismos cerros. La pobre mula, que montaba Alberto, huía desesperada a través de la torrentada, cuando, de golpe, en una curva brusca, lanzó a su jinete al precipicio...

Y, ahora, queridos lectores, amigos míos, cuando vayáis a Salta, y la casualidad os lleve muy cerca de "El paso del Diablo", saldrá a vuestro encuentro un anciano, de rostro curtido para contaros que, después de las tormentas, sobre la cima misma de la meseta, nota que un suave y místico perfume envuelve un leve resplandor como aquel que, en las noches de luna, bañaba de plata el jardín en el que se abrió la más blanca rosa de los amores de un joven ingeniero, que supo morir en la conquista de lo imposible.

El secreto de la vitrina

(Continuación de la pág. 9)

"Volví a casa desconsolado; durante todo el resto de aquel día vi bailar delante de mis ojos las ocho tazas con sus platillos, la jarra de leche y los dos platos grandes. Permanecí más de una hora contemplado atontado la parte del juego que poseía. ¡Qué mezquino me pareció! ¡Qué pobre cosa! Saqué una tras otra las piezas de la vitrina y volviendo a ordenarlas, dejé algunos espacios vacíos, destinados a ser ocupados por las piezas que tanto deseaba. Imaginé el bello espectáculo que ofrecerían una vez todas juntas. Me acosté apenado. Me parecía vacía la vitrina que esa misma mañana me había parecido magníficamente ocupada. Toda la noche soñé y es poco decir, con la señorita Crofton y su porcelana. En sueños, se desvanecieron todos mis sentimientos de honradez: robé las tazas y la jarra de leche por lo menos una docena de veces y las escondí en los sitios más extraños e imposibles. Las escondía para guardarlas en lugar seguro y para evitar el peligro de ser descubierto, pero me parecía que las ocho tazas eran seres vivos y que apenas las cubría de tierra se escapaban para refugiarse en sitios inesperados. Por amor de esa bendita porcelana cometí otros delitos. Asesiné deliberadamente a la infortunada solterona y con mucha precipitación metí en una bolsa los objetos que me habían impulsado al asesinato. Alguien dió la voz de alarma y la gente empezó a gritar; sabía que me perseguían, pero no me atrevía a correr por temor de que se rompieran los frágiles tesoros por los cuales había puesto en peligro mi alma. Me parecía preferible balancearme en el aire, colgado de la horca, que encontrar hecha pedazos una de aquellas tazas maravillosas. Cuando al llegar la mañana desperté y me di cuenta, casi asombrado, de que todos los sucesos de la noche no habían sido más que un sueño, no por eso me sentí con el espíritu más aliviado. No podía volver la mirada hacia la vitrina; allí faltaba algo y mientras no hubiese sido convenientemente llenado aquel vacío creado por mi deseo, no hallaba ninguna satisfacción en lo que días antes constituía mi delicia.

"Usted, aunque es un coleccionista, creerá tal vez que bromeo, pero le aseguro que no es así. Ansiaba a tal punto poseer aquella porcelana, que sentía vagamente que si no la conseguía, mis sueños podrían convertirse en realidad tarde o temprano.

"Transcurridos algunos días, creí llegada la ocasión de volver a visitar a la señorita Crofton. Me recibió muy amablemente, dijo que le halagaba volverme a ver tan pronto y me permitió tener de nuevo en la mano la porcelana. Sin duda no le proporcioné una compañía muy agradable, pues si bien respondía mecánicamente a su charla, tenía la mirada constantemente fija en las ocho tazas y los ocho platillos, en la jarra de leche y los dos platos grandes. La señorita Crofton debió darse cuenta del giro de mis pensamientos, porque me dijo:

"—Es inútil, señor Headly; no deseo venderlas, y, por otra parte, les tengo tanto afecto, que no puedo separarme de ellas.

"Mientras hablaba, me cruzó la mente una idea: se me ocurrió llevarla a ver la tetera, el azucarero y las otras tazas y platillos que parecían lamentar la ausencia de los hermanos que no veían desde hacía tan largo tiempo. Tratando de disimular mi pesar, hice un esfuerzo por sonreír y dije:

"—No hago sino admirar sus porcelanas, señorita Crofton; pero tendría el mayor placer en que usted me hiciera el honor de venir a ver mi pequeña colección. Si me permite, mañana le enviaré el coche.

"Aceptó la invitación, y al día siguiente vino a mi casa. Procuré prepararle una merienda elegante, como las que tanto agradan a las solteronas y después de haberle hablado largamente de mis tesoros, la conduje al saloncito donde los guardaba. Todas las vitrinas habían sido abiertas de antemano a fin de que la señorita Crofton pudiese contemplar los objetos, pero había cubierto con un paño negro las piezas del juego de Chelsea. Después de haberle enseñado el contenido de las demás vitrinas, la conduje hasta la más preciada, y con gesto teatral, palpitante el corazón, alcé el velo y mostré la tetera el azucarero, mis tazas, bellas, pero dolientes, rodeadas de espacios vacíos.

"Nada dije, imaginando que ese mudo llamado a sus sentimientos sería de más efecto que las palabras. Ella, dándose cuenta en seguida de todo ese aparato, lanzó una carcajada, y una vez calmada un poco la risa, dijo:

"—¿De modo, señor Headly, que este es el significado de su hospitalidad?

"Quiere que le pague el almuerzo con la porcelana?

"Protesté, diciendo que sólo había querido aludir a mi gran deseo de poseer el resto del juego, y luego le dije, ya en serio, cuán necesario era para mi felicidad y para la paz de mi espíritu llenar esos espacios vacíos.

"No logré persuadirla, y las ocho tazas y sus platillos, la jarra de leche y los dos platos, me parecieron más distantes que nunca. Por último exclamó con resolución:

"—Puesto que tanto desea mis porcelanas, se las dejaré de herencia.

"—¡Y tendré que esperar veinte años!

— exclamé con acento desesperado, olvidando, en mi mortificación, no sólo la cortesía más común, sino también el afecto que había demostrado a mi pariente recién descubierta.

"— Mucho más, según espero — repuso, — pero si tanto desea ver reunidas las piezas del juego, ¿por qué no lleva las suyas a mi casa? Las podrá contemplar en su vitrina todas las veces que quiera y además me procurará el placer de verle a menudo.

"Pero semejante pacto no me convenía y advirtiendo que mi proyecto había fracasado, me vi obligado a acompañar a mi visitante hasta su casa, lo que, debo confesar, no hice con la mejor disposición de ánimo.

"Pasó una semana, pero, a pesar de toda mi buena voluntad, no conseguí quitarme de la cabeza la imagen de esa maldita porcelana ni resignarme a perderla. Me parecía en cambio que empeoraba, y creyendo que comenzaba a resentirse mi salud, resolví pasar unos días en Brighton. El tiempo era espléndido. En ese punto me encontré con amigos simpáticos y, además, hallé en venta un par de medallones de Wedgwood, de aquellos que el señor Gladstone ha comparado, con acierto, por su superficie aterciopelada, a la piel de un niño; fueron para mí un grano de consuelo. Al cabo de algunos días llegué a creer que con el tiempo llegaría a vencer el absurdo deseo de poseer lo que no podía ser mío. Pero, precisamente, mientras me felicitaba a mí mismo de haber recobrado el juicio, en parte por lo menos, un sueño horrible me precipitó el espíritu en un estado morboso. Soñé que la mucama de la señorita Crofton, una muchacha de mofletes colorados y manos torpes, había roto dos de las tazas. Pero con esto no concluyó mi desesperación: soñé, además, que la mujer, en vez de recoger los preciosos fragmentos que habrían podido ser pegados con un poco de cemento, los había arrojado al cajón de los desperdicios. Creo que una de las mayores alegrías que he experimentado fué la que me invadió cuando, al despertarme, me di cuenta de que todo no había sido más que un sueño.

"El mismo día regresé a la ciudad. No podía soportar por más tiempo la incertidumbre y la ansiedad, y comprendía que, por alcanzar el fin que me había propuesto, era capaz de cualquier sacrificio... al punto que, — no se ría usted — apenas llegado a la ciudad, resolví preguntar a la señorita Crofton si quería convertirse en la señora de Hadley.

"El día siguiente del matrimonio, pensé, podré reunir las piezas del juego. Es verdad que ella debía tener entonces unos cincuenta años, mientras que yo había cumplido los treinta en esos días, pero por lo poco que la había conocido tenía la impresión de que era una mujer de carácter bondadoso.

"Quizás lo crea usted imposible, pero lo cierto es que llevé a cabo mi resolución. Dos días después me hallaba al lado de la solterona implorándole la gracia de su mano. No logré hacerle una declaración amorosa ni darle a comprender que había concebido por ella una pasión instantánea, pero le dije que estaba cansado de vivir solo y que sería una dicha compartir con ella la existencia. Agregué que poseía medios de fortuna y prometí hacer lo posible porque fuera feliz. Y como mientras hablaba tenía la mirada clavada en las ocho tazas y sus platillos, en la jarra de leche y los platos grandes, estoy seguro de que di a mis palabras un acento ardiente y apasionado, que maravilló por cierto a la buena señora. Mujer sensata como era, no me ocultó, en efecto, su profunda sorpresa.

"—Entendámonos — dijo: — ¿quiere hacerme creer, acaso, que se ha enamorado de mí?

"—Seré un buen marido — repuse, pensando, mientras hablaba, en el delicado modelado del asa de la jarra de leche, — y estoy seguro de que no se arrepentirá de haber aceptado mi proposición.

"—Pero, ¿me quiere realmente? — insistió. — ¿A una vieja como yo?

"—Mil setecientos sesenta — dije mentalmente, — debe ser, más o menos, el año en que fué fabricada, — y luego repuse, mirando las ocho tazas y sus platillos y pensando en los espacios vacíos de mi vitrina: — la estimo y la respeto profundamente, señorita Crofton.

"—Si tomara las tenazas e hiciera pedazos aquella porcelana, ¿continuaría usted repitiéndome sus lisonjeras declaraciones?

"—¡Oh, por Dios! ¡No se le ocurra semejante cosa! — exclamé, poniéndome de pie de un salto, mientras me volvían a la memoria todas las angustias sufridas en sueños.

"—Señor Headly — continuó la señorita Crofton con seriedad; — discúlpeme que se lo diga tan francamente: por momentos me parece que usted está mal de la cabeza; ¿no ha habido dementes en su familia?

"—¡Jamás! ¡Jamás!

"—Su padre, su madre, algún tío, alguna tía, ¿no hay dado señales de enajenación mental?

"—¡Ni el menor indicio!

"—Bien; entonces será mejor que se vaya a su casa y reflexione tranquilamente en lo que me ha dicho. Si mañana tiene todavía la intención de repetírmelo, me hallará en casa durante toda la tarde.

"La dejé, y mientras salía me felicité de que la solterona no me hubiese aceptado en seguida.

"—¡Qué tonto soy! — dije entre mí. — Estimaré siempre a esta mujer porque no ha querido aprovecharse de mi imprudencia. Le escribiré, le pediré disculpas por mi conducta y le rogaré que quiera continuar siendo mi amiga. A pesar de esta resolución realmente digna de loa, el espectáculo de los espacios vacíos en la vitrina disipó en un segundo todos mis juiciosos propósitos. En resumen, le diré que al día siguiente fuí deliberadamente a Shepherd's Bush, renové mi proposición y salí de aquella casa, formalmente comprometido con la señorita Lesbia Crofton. Ella, por su parte, se condujo de una manera muy sensata.

"—Dice usted que quiere casarse conmigo — dijo, — y como estoy ya entrada en años no debo hacerme a mi misma el agravio de rechazar su proposición. He pedido informes y todos los que le conocen hablan de usted favorablemente. Sin embargo, es posible que usted llegue a arrepentirse de su elección, y, por ello, quiero dejarle tiempo para reflexionar. No nos casaremos antes de seis meses.

"Aunque después de haber dado el primer chapuzón deseaba ir a fondo sin vacilar, comprendí, no obstante, lo razonable de sus palabras. Naturalmente, como ya estábamos comprometidos, vi casi todos los días a la señorita y a las porcelanas. Y como la señorita Crofton era una mujer muy amable, al cabo le cobré afecto — como a una madre, se entiende, — y si el destino lo hubiese querido me habría casado con ella, sin duda alguna, al expirar el término fijado por ella, y, probablemente, habría sido en cierto modo, bastante feliz. Había algo que hacía honor a mi Lesbia: jamás se dejaba ir al éxtasis ni permitía que yo llegara a ese extremo. Cuando llegaba y cuando me despedía, le daba un beso en la frente y esta era mi demostración más efusiva. No quiso que nos llamáramos con nuestro nombre de pila y estipuló la condición de que nadie debería saber nada de nuestro compromiso. Una cosa que me pareció extraña, fué el oírle siempre observaciones acerca de la diferencia de nuestras edades; en vez de hablar de ello lo menos posible, insistía continuamente con cierto buen humor discreto. En realidad, me trataba más como a hijo que como a futuro marido.

"Un sentimiento de delicadeza me retuvo de pedirle permiso para llevar a mi casa las piezas del Chelsea antes de haber pagado su precio; y enrojecí de vergüenza cierto día en que me tendió la llave de la vitrina con una sonrisa significativa y me pidió que la guardara yo, para que estuvieran más seguros los objetos que tanto apreciaba.

"Durante cerca de un mes, el curso de mis afectos fué muy tranquilo. Había recobrado la salud y podía considerarme contento. Si, a veces, mientras me hallaba sentado al lado de la mujer que había elegido por esposa, y ella se lamentaba de algún malestar que atribuía cándidamente a los años, experi-

(Continúa en la pág. 73)

ADELGAZAR SIN DROGAS

a cualquier edad, fortaleciendo su organismo, por el Sistema del Profesor Coló, premiado en Roma, París, Río de Janeiro, Buenos Aires y recientemente en Rosario, es ya una verdad indiscutible.

Atiende en Buenos Aires, Rodríguez Peña 1525, del 11 al 20 de cada mes; en Rosario, calle Córdoba 1941, del 21 al 29; en Montevideo, Soriano 818, del 2 al 8.

Pida en Rodríguez Peña 1525, la última Exposición ilustrativa. Valor: $ 1.- m|n.



Señora de Ponchoulo. Al empezar el sistema. Peso: 170 kilos. Actualmente en Estación Manga (Uruguay)

La misma Señora, con una rebaja de 95 kilos

Las enfermedades del estómago

UN REMEDIO QUE TIENE ÉXITO

Son bien conocidas las propiedades del bicarbonato de sodio en el tratamiento de las molestias del estómago. Sin embargo, ha podido demostrarse que el bicarbonato común contiene muchas impurezas, siendo de acción medicinal dudosa y hasta peligrosa en determinados casos. Estos inconvenientes han podido corregirse, pues hoy se prepara un nuevo bicarbonato llamado catálico, que, por su acción catalítica, tiene la propiedad de quitar la acidez, ardor, dolor, la flatulencia, etc., provocando en todos los casos la más rápida digestión y asimilación. Es el bicarbonato catálico un producto concentrado, muy agradable de tomar y de conservación indefinida, manteniéndolo en su frasco original.

Poetas que tienen vergüenza de haber sido poetas

(*Continuación de la pág. 8*)

MARIO CHILOTEGUI

HUBO un momento, hace veinte años, en que este poeta parecía ser el futuro apóstol de las muchedumbres miserables. Cuando sus libros y opúsculos — sobre todo "De hierro" — le imponían a la consideración de la crítica y de los cenáculos, su musa enmudeció violentamente.

— *Un drama íntimo* — se dijo.

Fantasías, posiblemente. Los abogados que hacen versos, suelen ser así.

He aquí uno de sus versos. Se titula *De combate*:

Yo sabré señalarte
la cumbre de la gloria que soñamos,
donde pondrá su púrpura una aurora
hecha con tu dolor de proletario.
Y formaré en tus filas
para ser el mejor de tus aliados,
¡yo que soy todo impulso, todo fuego,
y pasión, y firmeza, y entusiasmo!
Y seré de los tuyos
hasta rodar por tierra hecho pedazos,
como un valiente obrero de la vida
en aras del ideal sacrificado.

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

ERA un poeta excelente, declamador y hueco como Víctor Hugo. Felizmente, la política empezó por entibiar su musa filosófica. Luego, fué electo diputado por no sé qué pagoda de la República Oriental del Uruguay, y tuvo que cortarse la hermosa cabellera romántica que le acariciaba las espaldas.

¡Bella edad futurista y ampulosa en que se decían — como se dicen ahora — tantas tonterías metafísicas a lo Marinetti!

En su libro *Por los jardines del alma* — con prólogo de Manuel Ugarte — se ven flores como estas:

¡No me hiere la envidia. Empeño vano
de quien pretenda desgarrar mi velo.
¡Para escuchar las burlas del gusano
no detienen las águilas su vuelo!

. . . .

¡Los hombres no son hombres cuando [lloran,
y el volcán no es volcán cuando no es- [talla!

¡La libertad es grande como el mundo
y el mundo es uno solo para todos!

¡Si es más bello el sudor en una frente
que en la frente de un rey una corona!

¡Si abriendo el surco se destroza un [brazo,
queda otro brazo que recoja el trigo!

Yo soy un cóndor, sí; como un bau- [tismo
un chispazo de luz el sol me trajo,
por eso me insultáis desde el abismo:
¡qué bien sabéis que yo hasta allí no [bajo!

CARLOS LÓPEZ ROCHA

AUTOR de un originalísimo libro prologado por Julio Herrera y Reissig. Prólogo y libro provocaron una violenta réplica de don Miguel de Unamuno.

HORACIO QUIROGA

SE inició con un libro de nobles versos modernistas que si fueran reeditados hoy, eclipsarían en futurismo los versos de nuestros niños góticos. Leopoldo Lugones fué el primero en predecir a Quiroga un *brillante porvenir de poeta*. Pero, después de este elogio, Quiroga no escribió en adelante ni un solo verso para hacer quedar mal a Lugones.

JORGE A. MITRE

AUTOR de pequeños madrigales, firmados con el pseudónimo de "Nemo" y publicados en "La Nación". Es lástima que ningún editor haya coleccionado en volumen esos preciosos poemitas de abanico.

NICOLÁS CORONADO

POESIAS a mí? ¡Vamos! No me vengan con indirectas...

(Es concejal del municipio. Ha hecho versos tan hermosos que si sus correligionarios los leyeran, no votarían más por él.)

El Polvo Mercolizado como Renovador del Cutis.

El cutis respira o muere. Obstruir los poros cutáneos es como querer lograr fatales resultados. Los polvos de tocador son la causa general de dicha obstrucción y, por ende, de la aparición de todas las imperfecciones cutáneas, como ser pecas, manchas, amarillez. Pero, en la actualidad, se ha logrado la obtención del polvo mercolizado, el cual, además de no causar obstrucción alguna, contribuye en alto grado a acrecentar las muy conocidas y admirables cualidades de la cera mercolizada, cera cuyos benéficos efectos en el sentido de la renovación y embellecimiento del cutis son de todo el mundo conocidos. Gracias a la cera mercolizada y al polvo mercolizado de Dearborn, toda mujer puede hoy en día asegurarse un cutis suave y aterciopelado, fresco, limpio y lozano. El polvo mercolizado, en cualquiera de sus diversos tonos, se expende en todas las casas que se dedican a la venta de artículos de perfumería y tocador.

La defensa del acusado

(Continuación de la pág. 13)

rradas de su vida. Había observado que una joven francesa, soltera, disfruta, por lo común, de una libertad mucho menor que la de una joven inglesa en las mismas condiciones. La intervención de la señora Murreyfield, la motivó el hecho de haber descubierto yo el retrato de un hombre sobre su mesa, y la evidente confusión de la joven cuando le pregunté quién era. El retrato tenía escrito al pie el nombre de H. Vardin, evidentemente, un autógrafo. Me inquietó ver que el retrato tenía los bordes gastados, como si hubiese sido llevado constantemente. Negóse absolutamente a darme la menor explicación sobre el individuo del retrato, y sólo me dijo—lo que me pareció increíble — que era un hombre a quien no había visto en su vida. No pude contenerme. Levanté la voz y declaré que debía conocer mucho más acerca de su pasado, o rompería el compromiso con ella... No procedí con violencia, pero la señora Murreyfield me oyó gritar, desde el corredor, y entró a reprocharme mi actitud.

"Llegó la época en que debí partir de Radchurch. Esos días son los que me han traído a presencia de este tribunal a defender mi vida y mi honor.

"Hay una distancia de cerca de cinco millas entre la estación y Radchurch. Ella debía venir a recibirme. Era la primera vez que íbamos a volver a vernos después de la separación. Durante el trayecto de la estación de Radchurch hasta el pueblo incurrí en la indiscreción más grande. Dije a esa mujer un secreto, un secreto enormemente importante, que pudo afectar la suerte de la guerra y la vida de millares de hombres.

"Y lo hice sin darme cuenta, antes de que advirtiera la forma en que la viva inteligencia de la mujer reunía datos dispersos y los relacionaba en una sola idea. Lamentaba, casi llorando, el hecho de que los ejércitos aliados se viesen contenidos por la línea de hierro de los alemanes.

" — Pero, ¿entonces Francia y Bélgica jamás se verán libres de ellos? — exclamó. — ¿Vamos a quedarnos tranquilamente instalados delante de sus trincheras, conformándonos que hagan lo que quieran con diez provincias de Francia? ¡Oh Jack, dígame que hay una esperanza! Sé bien que es inútil preguntárselo: usted es un empleado subalterno del ministerio, y sin duda ignora las intenciones de sus jefes...

" — Con todo, sé algo más de lo que supone — contesté. — Tranquilícese: pronto efectuaremos un avance.

" — ¡Pronto! Para algunos ese "pronto" puede significar el año próximo.

" — No será el año próximo.

" — ¿Tendremos que esperar otro mes?

" — Ni siquiera eso.

" — ¡Oh, amado mío! ¡Qué alegría!

" — Posiblemente no tendrá que esperar ni siquiera una semana.

" — Dígame una cosa, Jack, una sola cosa, y no lo molestaré más: ¿Son nuestros valientes franceses los que avanzarán? ¿O los espléndidos soldados ingleses? ¿Para cuáles será el honor?

" — Para ambos.

" — ¡Oh, qué suerte! — exclamó. — Ahora comprendo todo. El ataque se producirá en el punto en que se unen las líneas francesas con las británicas.

" — No — dije.

" — ¡Ah! Pero me parece haber entendido que será un ataque de conjunto.

" — Sí, un ataque de conjunto; pero hay que entender en qué forma. Quise decir que si los franceses avanzan, por ejemplo, en Verdún, y los británicos avanzan en Ipres.

" — ¡Ah, comprendo! — palmoteó, alegremente. — Avanzarán en ambos extremos de la línea, de manera que los alemanes no sabrán a qué punto enviar las reservas.

" — Exactamente. Un avance real en Verdún y un avance fingido en Ipres.

"Me estremecí súbitamente, y una duda se apoderó de mí.

" — ¡Le he dicho demasiado! ¡Confío en su discreción!

"Se manifestó amargamente ofendida por mis palabras. Le era intolerable que hubiese yo dudado de ella.

" — Me arrancaría la lengua, Jack, antes que repetir a un ser humano una sola palabra de las que me ha dicho.

"Tan sincera era su expresión, que mis temores desaparecieron.

"Debía llevar un mensaje de servicio al coronel Worral, que estaba al frente de un pequeño campamento en Padley-Woodrow. Me trasladé inmediatamente a este punto, y permanecí ausente durante un par de horas. Cuando regresé, pregunté por la señorita Garnier. La mucama me dijo que se hallaba en su dormitorio, y que había encargado que le tuvieran la motocicleta preparada en la puerta. Me pareció extraño y me dirigí al saloncito de estudio para esperarla.

"En el saloncito había una mesa, junto a la ventana, en la cual la joven solía escribir. Inmediatamente de sentarme vi un nombre, escrito con letra firme y grande, y al revés, sobre lo que era una hoja de papel secante. Lo leí sin dificultad. Era el nombre de Humberto Verdin. Aparentemente el nombre era parte de la dirección de un sobre.

"Entonces comprendí por vez primera que la joven mantenía correspondencia con ese hombre, cuya cara vil y voluptuosa había visto en el retrato de bordes raídos. Me había mentido. Experimenté un estremecimiento de cólera. Llevé las manos al cajón de la mesa. Si hubiese sido una caja de hierro la habría abierto lo mismo, dada la ira que me poseía. Arranqué el cajón hecho pedazos. Allí estaba la carta, guardada bajo llave. La abrí. Es un acto deshonroso, lo sé; pero un hombre extraviado por los celos no sabe lo que hace.

"Me estremecí de alegría al leer las primeras palabras. Me había equivocado con respecto a esa mujer. La carta comenzaba: "Cher monsieur Vardin". Era, evidentemente, el comienzo de una carta sobre asuntos ordinarios. Me disponía a colocar de nuevo la carta en el sobre, haciéndome vivísimos reproches por mi desconfianza, cuando una palabra, al final de la hoja, me hizo sobresaltar, como picado por un áspid. "Verdún" era la palabra. Volví a mirar: inmediatamente debajo decía "Ipres". Me dejé caer en una silla, estupefacto de horror, y leí esta carta, de la que tengo a mano una traducción:

" "Casa Murreyfield. Radchurch. Estimado señor Vardin: Stringer me ha dicho que lo tiene suficientemente informado en cuanto a lo que ocurre en Chelmsford y Colchester, por lo cual no me preocupé de escribirle. Han trasladado la brigada territorial central y los cañones pesados hacia la costa, cerca de Cromer, pero sólo por poco tiempo. Es para hacer ejercicios, no para embarcarlos. Y, ahora, la gran noticia, que he obtenido directamente del ministerio de Guerra: Dentro de una semana se producirá un ataque muy severo desde Verdún, que será apoyado por un ataque simultáneo desde Ipres. Será en gran escala, y debe usted enviar por el primer barco un mensajero holandés especial a von Starmer. Espero conseguir de mi informante la fecha exacta y otros detalles; pero por lo pronto conviene que usted proceda con rapidez. No me atrevo a echar esta carta en el correo local — bien sabe usted lo que son estos empleados de correo en los pueblitos; — la llevo a Colchester, donde Stringer la incluirá en su informe, que será llevado por una persona. Su servidora.—*Sofía Heffner.*

"En el primer momento quedé aturdido; luego, se posesionó de mí una especie de ira fría y concentrada. ¡Esa mujer era una espía alemana! Pensé en su hipocresía y en su traición para conmigo, pero, ante todo, pensé en el peligro del ejército y del país. Poco después apareció en la puerta del saloncito. Se sobresaltó y se puso blanca.

" — ¿Cómo tiene usted eso? — exclamó con voz casi ahogada, — ¿cómo se ha atrevido a violentar el cajón para robarme la carta?

"No dije ni una palabra. No hice más que mirarla pensando en lo que debía hacer. De pronto, se precipitó y trató de arrebatarme la carta. La tomé del brazo y le di un empujón que la hizo caer en el sofá. En seguida toqué el timbre, dije a la criada que acudió, que necesitaba ver al señor Murreyfield.

"El señor Murreyfield era un hombre de excelente carácter, que había tratado a esa mujer como si fuera su propia hija. Se horrorizó al oír el relato de lo

Higiene de la sangre

Si por cualquier causa se impide a los glóbulos de la sangre llevar su carga de vida a algunas partes del organismo, éste se debilitará de inmediato. La salud y vida de cada célula dependen de la libertad con que la sangre fluye a ella; a mayor libertad, más salud.

Cuando la sangre está cargada de venenos o cosas inútiles, o sobrecargada, demasiado densa por exceso de alimentación, fluye despacio, y todas las células son estorbadas, correspondiendo entonces proceder a su higiene. Nada existe mejor para limpiar la sangre que el verdadero y original azufre termado, del que basta tomar de mañana en ayunas una cucharadita mezclada con miel pura de abeja o de agua azucarada. Es un remedio que cura las afecciones de la piel, como ser: barros, granos, eczemas, etc. También es un excelente depurativo de la sangre, porque elimina del organismo todas las impurezas, y es un magnífico regulador de las funciones del tubo digestivo, porque abre el apetito y corrige radicalmente el estreñimiento.

Tratamiento sencillo para engordar

Muchas personas delgadas comen suficiente cantidad de alimentos todos los días y no aumentan sus carnes, mientras que gentes robustas comen poca cosa y continúan engordando. Es difícil creer que esto se deba a la naturaleza de cada persona. Los delgados continúan siendo flacos porque no asimilan sus alimentos. De ellos extraen lo suficiente para mantenerse con vida, pero nada más; y lo peor del caso es que nada ganarán con comer más de la cuenta, pues ni una docena de comidas al día les ayudará a ganar un kilo de carnes. Todos los elementos que para producir carnes y grasa o gordura contienen estas comidas, permanecen en sus intestinos, hasta que son arrojados del cuerpo en forma de desperdicios. Lo que dichas personas necesitan es algo que prepare estas substancias que producen carnes y gordura y las ponga en condición de ser absorbidas por la sangre, asimiladas por el organismo y distribuídas por todo el cuerpo. **Sargol** es una combinación de bien conocidos ingredientes de que dispone la química moderna para producir carnes, y tomando por un corto tiempo una pastilla con cada comida, a menudo aumenta el peso de los delgados a razón de 1 a 2 kilos por semana.

Advertencia: Si bien es cierto que **Sargol** produce excelentes resultados en casos de dispepsia nerviosa y desarreglos del estómago en general, los dispépticos y enfermos del estómago no deben tomarlo si no desean aumentar por lo menos algunos kilos. **Sargol** se vende en las farmacias.

que había ocurrido. No pude enseñarle la carta a causa del secreto que contenía, pero le di a entender que era de la más vital importancia.

"—¿Qué haremos? —preguntó.

"—Sólo una cosa podemos hacer —repuse. — Esta mujer debe ser arrestada, y, entretanto, hay que disponer las cosas de modo que no pueda comunicarse con nadie.

"—La encerramos en su dormitorio.

"—No necesitan preocupare demasiado — dijo la joven. — Le doy mi palabra de honor de que permaneceré donde estoy. Le aconsejo, capitán Towler, que tenga cuidado. Ya ha demostrado en otra ocasión que es capaz de hacer cosas sin pensar en las consecuencias. Si se me detiene, todo el mundo sabrá que usted divulgó secretos que se le han confiado.

"—Creo — dije simplemente, — que será mejor encerrarla en su dormitorio.

"—Muy bien, si así lo desea usted,— dijo ella, y nos siguió hasta la puerta. Cuando habíamos llegado al vestíbulo, se precipitó súbitamente hacia la entrada de la casa, con la intención de saltar a la motocicleta que tenía preparada. Inmediatamente nos apoderamos de ella. Se contuvo, y, debatiéndose, clavó los dientes en la mano de Murreyfield. La entramos en la habitación y cerramos la puerta.

"—Hay cuarenta pies de altura desde la ventana hasta el suelo del jardín —dijo Murreyfield atándose la mano ensangrentada. — Me quedaré aquí, vigilando, hasta que usted vuelva.

"Después de haber adoptado todas las precauciones que creí posibles, corrí a dar la voz de alarma. Pedley está a dos millas de distancia. El coronel había salido, lo que originó alguna demora. Hubo que realizar algunas formalidades, y por fin obtuve la firma de un juez. Un empleado de policía debía llevar la orden de prisión, y una escolta militar debía custodiar a la detenida. Tan ansioso e impaciente me hallaba que no quise esperar y me apresuré a regresar, sólo con la promesa de que me seguirían inmediatamente.

"El camino de Pedley a Woodrow llega a la carretera de Colchester en un punto situado a una media milla de Radchurch. Había recorrido un corto trecho desde ese punto de unión, cuando oí el ruido creciente de una motocicleta que se acercaba a furiosa velocidad. No traía luces. Estaba cerca. Salté a un lado del camino para no ser derribado. La máquina pasó delante de mí, casi en el mismo instante, y vi claramente la cara de la persona que iba en ella. ¡Era la mujer a quien había amado! Se precipitó en el camino a Colchester. Comprendí súbitamente la consecuencia de la llegada de la mujer a la ciudad. Vería en seguida al otro espía extranjero: después la detendríamos, pero sería demasiado tarde. La noticia sería transmitida al enemigo. Estaban en juego la victoria de los aliados y las vidas de millares de nuestros soldados. Saqué el revólver y disparé dos tiros hacia esa forma que huía, y que ya no era sino una mancha un poco más obscura en la penumbra crepuscular. Oí un grito, un ruido de máquina rota, y todo volvió a quedar en silencio.

"Nada más necesito decir, señores. Conocen ustedes el resto. Corrí hasta el sitio donde había caído y la hallé tendida en la zanja. Las dos balas la habían herido. Una de ellas penetró en el cerebro. Me hallaba aun de pie, junto a ella, cuando llegó Murreyfield corriendo, sin aliento, por el camino. A lo que parece, la mujer se había fugado, deslizándose, con gran riesgo, por la hiedra que cubría la pared de la casa.

"En el sumario se ha insistido en que los celos fueron la causa del crimen. No lo negué ni incité a ningún testigo a negarlo. Deseaba que así se creyera. El momento fijado para el avance francés no había llegado todavía, y yo no estaba en condiciones de defenderme, sin mostrar la carta que habría revelado ese secreto. Pero ese momento ha pasado, ha pasado gloriosamente, y por fin puedo hablar libremente.

"Tales son, señores, los hechos. Pongo mi suerte en manos de ustedes. Si me absuelven, me permito decir que tengo la esperanza de servir a mi país en una manera que expíe esa gran indiscreción, y que disipe el terrible recuerdo que me abate. Si me condenan, estoy pronto para soportar el castigo que ustedes crean deber infligirme."

LAS ENFERMEDADES DE LA LECHE

La leche es la substancia que está más sujeta a enfermedades. Cuando la leche se corta, es que está enferma. Conócense más de veinte de estas enfermedades de la leche, producidas todas por gérmenes completamente diferentes, y casi todos son sumamente infecciosos.

Una de estas enfermedades corta la leche sin hacerla ácida: otra, la vuelve amarga; una tercera le da un gusto parecido al del jabón. El germen que produce una de las enfermedades hace que la leche se ponga tan espesa como miel, de modo que puede estirarse en forma de largos hilos, y hay otro germen muy común que da a la leche un color azul celeste.

Chispazos de buen humor

(Continuación de la pág. 7)

—En la plaza no hay sino tres personas: el señor gobernador, que ahora duerme; Perico, que duerme también, porque anoche hizo la guardia, y yo, que lo estoy haciendo...

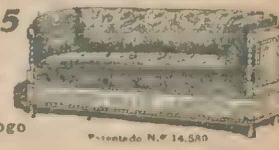
"(Casi estuve a punto de tomar el Fuerte a viva fuerza.)" *(De Lisboa a Vigo.)*

EL FUTURISMO EN 1880

En París, el doctor López se reúne con jóvenes bohemios. "El Cenáculo de la Rue Bonaparte" es el punto de reunión de un puñado selecto de artistas, en el que no falta ni Mimí, la bohemia que aconseja a menudo a los amigos: "Nunca levantes la mano sobre una mujer... sin dejarla caer."

"No se crea — escribe el doctor López — que faltaba gente de respeto y de canas en aquella mansión admirable de buen humor. De entrada, un miembro del Cenáculo me presentó a un oficial noruego, anciano ya, que había alcanzado el *non plus ultra* de lo raro en materia de accidentes de guerra: ¡nada menos que el que le matasen el caballo en un combate naval! A un lado de este centauro, se sentaba un joven pintor que acababa de presentar al salón un cuadro lleno de sentimiento: una cebolla partida por la mitad y a su lado el cuchillo homicida. En frente de mí saludé a un profesor de música que había arreglado para piano los cuadros de Gustavo Doré. En el otro extremo de la mesa dos geógrafos discutían sobre la forma de la Tierra, estando de acuerdo ambos y de antemano, en que su pretendida redondez no pasaba de ser una fábula... La poesía estaba representada por un poeta distinguido que había inventado un nuevo método, llamado a ser universal, pues que todos los usados eran la causa de que la poesía moderna careciera de melodía y de medida. El sistema consistía en una aplicación de la aritmética a la métrica. El primer ensayo debía aparecer en breve, bajo el título de *Guarismos Líricos*." *(El Cenáculo de la Rue Bonaparte.)*





La tos
Manera de quitarla

Sólo es necesario acudir a un sencillo y agradable tratamiento casero que consiste en tomar una cucharada de tomillo erytroso seguido de una taza de te tilo o leche bien caliente 3 o más veces al día. Esta fácil medicación alivia rápidamente cualquier afección de las vías respiratorias, crónicas y recientes y es igualmente indicada para niños, adultos y ancianos. En todas las farmacias se puede obtener el tomillo erytroso, pero debe exigirse en su envase original para estar seguros de su eficacia. Como complemento de este tratamiento son muy buenas las pastillas de tomillo erytroso, que continúan la acción curativa del tratamiento en la calle y en todo momento.

mentaba un leve sobresalto de arrepentimiento, me bastaba volver la mirada, para que en un segundo desapareciese, a las ocho tazas con sus platillos, la jarra de leche y los dos platos.

"Pero otra cosa me tenían reservado el hado y la señorita Crofton, mientras yo nada sospechaba.

"Una tarde, después del almuerzo, fuí a hacer la visita acostumbrada a mi futura esposa. Al entrar en la casa, me sorprendió oír tocar el piano. Como entiendo un poco de música, comprendí en seguida que el instrumento era tocado con gran maestría y me pregunté quién podía ser el ejecutante. Aun no había descubierto talento musical en mi Lesbia. La mucama abrió la puerta del saloncito, la música cesó, y, yo, al entrar, me hallé delante de una de las muchachas más encantadoras que había visto en mi vida.

"Acaso la sorpresa, el contraste al ver a aquella joven en vez de la mujer de edad que esperaba encontrar en el saloncito, me hicieron parecer a la desconocida más seductora aún. En el primer instante vi sólo una cara joven y simpática, circundada de espesa cabellera, que se volvía para ver quién entraba, y luego, toda una personita esbelta, bellísima en su actitud, sentada allí junto al piano. Su vestido negro, muy sencillo, era elegante y de buen gusto; al verme entrar se puso de pie y entonces vi que su estatura era algo mayor que la mediana.

"En un encuentro de improviso, las mujeres se manifiestan siempre más desenvueltas que los hombres. Mientras yo me detenía, balbuceando no sé qué palabras de disculpa, la joven, adelantándose, dijo con franqueza cortés:

"—El señor Headly, sin duda... Mi tía me ha dicho que la espere. Ha salido por un momento, en la creencia de que encontrará a usted cuando regrese.

"Con placer acepté la invitación hecha con tanta franqueza, y habiéndome repuesto de la sorpresa, no tardé en trabar una conversación vivísima con la sobrina de mi Lesbia. Me pareció una joven sin afectación, de espíritu vivo, y que soñaba con divertirse mucho durante su corta permanencia en la ciudad.

"—Espero que se quedará aquí algún tiempo — le dije. — Su presencia pondrá alegría en la casa de la señorita Crofton.

"—Me quedaré todo el tiempo que mi tía quiera tenerme a su lado — repuso. — Es una viejecita simpática, ¿no es cierto, señor Headly?

"Hice una mueca y comencé a darme cuenta de que mi situación era bastante penosa.

"—Y tan anticuada — prosiguió, — y al mismo tiempo tan romántica en tantas cosas...

"Estaba como atontado y por decir algo, murmuré:

"—Me extraña que no me haya dicho nada acerca de su llegada. Quizás ha querido darme una sorpresa...

"—Yo también lo creo así. Pero le aseguro, señor Headly, que me ha hablado mucho de usted. Parece que la entiende bien. Yo le doy bromas, diciéndole que usted le hace la corte.

"Me puse rojo hasta la punta de las orejas, pero atiné a decir:

"—De ahí deduzco que debe haberle hablado favorablemente de mí.

"—No quiero delatar a mi tía, señor Headly; pero, de cualquier modo, sus palabras no habrían tenido mucha influencia en mí, pues me agrada formar yo misma mis juicios sobre personas y cosas.

"Como comprendía que entrábamos en un terreno delicado, le rogué que reanudara la sonata que había interrumpido a mi llegada.

"Ejecutó con mucho sentimiento un trozo de música de Chopin y luego a ruego mío, entonó un par de romanzas.

"Poseía una voz suave y de bella entonación; era, en resumen, una futura sobrina realmente deliciosa.

"—¿Y usted canta, toca el piano? — me preguntó.

— Ni una ni otra cosa, desgraciadamente. Soy sólo un crítico de poca monta. En materia de música no sé más que lo suficiente para aplaudir cuando una cosa me agrada.

"¡Ah!, ¡me había olvidado!; es usted un gran coleccionista de porcelanas.

El secreto de la vitrina

(Continuación de la pág. 69)

"Mientras la joven hablaba pensaba que era la primera vez que me habían hecho entrar en aquel saloncito y había olvidado contemplar las porcelanas y cerciorarme de que se hallaban sanas y salvas en su sitio.

"Y como la idea de las porcelanas despertaba a otras, pensé en que habría dado cualquier cosa por saber si la señorita Crofton había referido todo a su sobrina. Deseé ardientemente que no hubiese cometido semejante indiscreción, comprendiendo instintivamente que si la joven sabía todo, yo estaba haciendo, ante sus ojos un papel harto desairado.

"Mientras así meditaba, regresó Lesbia, y en vez de manifestar celos o desagrado por la buena armonía que existía entre la hermosa sobrina y su futuro tío, sonrió y dijo:

"—¡Es preciso que los presente, mis queridos jóvenes, o han prescindido ya de esa formalidad?

"Su sobrina tiene una ventaja con respecto a mí — repuse; — conoce ya mi nombre.

"—Señor Roberto Headly, permítame que le presente a la señorita Estella Crofton, mi sobrina predilecta — dijo Lesbia con la cortesía de antaño.

"—Y ahora que se ha cumplido con esa formalidad no muy necesaria, iré a vestirme para la cena — agregó Estella Crofton.

"Cerré la puerta detrás de la joven y me volví para presentar a la tía el saludo de costumbre. Acaso la misma razón que aquel día me había hecho olvidar el encanto de las porcelanas, me hizo sentir que aquel afecto semimaternal no me satisfacía por entero, y no pude menos que notar que mi futura esposa tenía un aspecto de anciana.

"—Roberto — dijo, — y parecióme que por primera vez me llamaba por mi nombre de pila, — creo que por ahora será mejor que Estella no sepa nada de nuestro compromiso; es joven y un tanto aturdida y podría considerarlo bajo un aspecto distinto que el que tiene para nosotros.

"Prometí guardar el secreto con un contento que apenas pude disimular; ¡así, pues, Estella no sabía nada todavía!

"Cené con ambas damas. La señorita Crofton me hizo los honores de la casa poniéndose un vestido de moda y de colores tan anticuados, que su sobrina, en mi presencia, se burló de ella sin misericordia. La joven, por su parte, lucía un vestido de seda color celeste, y yo quedé tan impresionado de su hermosa fisonomía juvenil y vivaz, que mucho antes de que terminara la velada, me di cuenta de que hasta entonces había sido un grandísimo tonto.

" En los días siguientes mis visitas a Shepherd's Bush fueron de tanta frecuencia que no habría podido desear más una novia exigente; pero creo que si mi Lesbia hubiese sido dotada de un carácter celoso o suspicaz, mis visitas no le habrían producido la satisfacción que parecía experimentar. No me sentaba ya, como de costumbre, en la poltrona desde la cual podía contemplar, mejor que desde cualquier otro punto de la habitación, la vitrina que conservaba los tesoros por los cuales pensaba sacrificar mis afectos y mi vida misma. Me hallaba casi siempre al lado de Estella; junto al piano, volvía las hojas de los cuadernos de música; a ella leía mis poesías predilectas; le tenía en la mano las tijeras mientras cosía, o la ayudaba a ovillar las madejas de lana. Dadas las relaciones sentimentales existentes entre la señorita Crofton y yo, es preciso confesar que mi actitud para con su sobrina, que ignoraba esas relaciones, era sencillamente vergonzosa. En verdad, si Lesbia hubiese creído oportuno desencadenar sobre mi cabeza un diluvio de reproches y me hubiese ordenado desaparecer de su presencia, su conducta habría sido harto justificada. Pero no se dió por entendida. Sentábase en el sitio de costumbre, y se ponía a tejer media, sin preocuparse, por lo menos aparentemente, de las escenitas de galantería, y de algo más serio, que ocurrían al alcance de sus miradas.

" Las cosas no tardaron en llegar a una crisis. Tuve que confesármelo a mí mismo me hallaba locamente enamorado de Estella Crofton; y antes de declararme a la niña, la caballerosidad me obligaba a informar a la tía del estado de mis sentimientos, e implorar su misericordia.

" Un día, al hallar sola a Lesbia, saqué del bolsillo la llavecita de la vitrina y se la tendí.

" — ¿Por qué me devuelve la llave, Roberto? — me preguntó, poniéndose muy seria.

" Respondí con ruda franqueza:

" — No puedo casarme con usted; amo a Estella.

"—¡Oh Roberto! ¡Roberto! — exclamó la señorita Crofton, llevándose el pañuelo a los ojos. — ¿Qué diré yo? ¡Hace un mes era indispensable para su felicidad; y ahora me abandona, seducido por la primera carita joven que se le ha puesto delante! — Y me pareció que sollozaba amargamente.

" — ¡Quería la porcelana! — declaré a modo de disculpa.

" — Lo sé; y ahora cree que poseerá a Estella y la porcelana, y prefiere una mujer joven y la porcelana vieja, en vez de la porcelana vieja con una esposa de edad razonable. ¡Ah, infiel!

" Perdí la paciencia y proferí palabras que mi educación no debió permitir:

" — ¡Vaya al diablo su porcelana! — grité. — Me quedo con Estella, y, si a usted se le antoja, haga pedazos la porcelana. ¡Nada me importa!

" Mi novia desdeñada se echó a reír de tan buena gana, apoyándose en la poltrona, que me di cuenta en seguida que las cosas se arreglarían más felizmente de lo que yo esperaba. Loco de alegría, la estreché en mis brazos y por vez primera le di un beso realmente afectuoso.

" — ¿Y acaso creyó usted que por esa tontería de tazas le habría permitido casarse conmigo? — exclamó. — No soy una mujer torpe. Pero le aseguro, Roberto, que le tengo afecto, y si Estella lo quiere... Pero, con una condición.

"— ¿Cuál, mi querida señorita Crofton? — repuse inmediatamente. — Haré todo lo que usted quiera.

" — Deberá demostrarme que ama realmente a mi sobrina predilecta y que se ha curado de su locura momentánea, enviándome de regalo el resto del juego de Chelsea, que se encuentra en su poder. Entonces donaré el juego completo al Museo de South Kensington o al de Jermyn Street.

" No puedo referirle los detalles de la declaración de amor, porque la señora Headly no me lo permitiría; pero Estella y yo nos entendimos tan pronto, que esa noche misma, apenas llegado a casa, abrí mi vitrina y sacando de ella, sin ningún pesar, el azucarero, la tetera y las cuatro tazas, envolví todo en algodón y a la mañana siguiente lo envié a la señorita Crofton. Hace un momento ha conocido usted a Estella y supongo que cree que he ganado con el cambio... "

Headly calló; dudaba acaso de que un coleccionista no aprobara su conducta.

— Efectivamente, eso creo, — repuse. — ¿Pero cómo es que ahora se encuentra el juego completo en la vitrina de usted?

— La anciana me tuvo en gran incertidumbre durante el tiempo de mi noviazgo con Estella, y si bien trataba yo de ocultar mis sentimientos, poco a poco di en pensar que hubiera sido una dicha mayor llevarme a Estella y la porcelana, pero no me atrevía a dejar traslucir mi deseo en presencia de la señorita Crofton, la cual, por burla acaso, hacía a Estella, en mi presencia, mil elogios de mi generosidad al regalarle el magnífico juego de te. Durante la luna de miel no pensé en él; en realidad había perdido ya la esperanza de poseerlo. Imagínese, pues, cuánta fué mi alegría cuando, de regreso en la ciudad, vi en mi casa una vitrina nueva, que contenía el juego, tal como lo ve usted ahora. ¡Había logrado una mujer excelente y al mismo tiempo el juego completo!

Precisamente, en ese instante se abrió la puerta y asomóse la señora de Headly, para exclamar con acento de fingida petulancia:

— ¿Pero, no vienen, señores? Roberto: arriba está tía Lesbia, y quiere verte antes de que venga el coche a buscarla.

— Subamos, Burke — dijo Headly, apurando el último sorbo de vino, — y si desea más detalles sobre mi manía por el Chelsea, pregunte a la señorita Crofton.

La paja en el ojo ajeno...

Por PESCATORE DI PERLE





OS grandes escritores que hemos honrado a la humanidad con nuestro genio, Sócrates, Dante, Shakespeare, Chamfort, Manuel Gálvez, Lucrecia Estévez y yo, tratamos fatalmente del amor y de las mujeres. Son los temas más socorridos que se han inventado en la literatura universal. Cuando los grandes escritores no tenemos absolutamente nada que decir, cuando no tenemos ni una triste idea y estamos con el cerebro tan vacío como cualquier diputado nacional, tratamos del amor y de la mujer. Y, claro es, hablamos mal. La cosa es fácil: no hay más que recordar los chascos recibidos y las perrerías de que nos hicieron objeto las damiselas que conocimos en nuestras andanzas por el mundo. El veneno brota espontáneamente.

Habla Sócrates: "Teme el amor de una mujer más que el odio de un hombre."

Georges Bernard Shaw: "El primer amor exige solamente un poco de tontería y mucha curiosidad."

Jacques Dyssord: "En amor se empieza por la retórica y se termina por la filosofía."

Oscar Wilde: "Cuando está uno enamorado comienza por engañarse a sí mismo y acaba siempre por engañar a los demás."

Edouard Pailleron: "¿El amor? ¡Déjame en paz con tu amor!... Primero son grandes palabras, luego vulgares palabras, y, a la postre, malas palabras."

Ardengo Soffici: "Mucha irritación muscular, una amistad pálida y un poco de literatura. Esta es la ordinaria receta del amor. Variad la dosis y tendréis los diferentes amores."

Luis de Ulloa:

"En tanto que el amor dura
toda locura es fineza;
luego que el olvido empieza,
toda fineza es locura."

Y etc., etc. y etc. A propósito de las mujeres, las opiniones son más curiosas.

Gœthe confesaba modestamente: "Mis tipos de mujer han resultado bien; son mejores que los que se encuentran en la realidad."

J. J. Rousseau: "La mayor parte de las mujeres aseméjanse a los jeroglíficos: preocupan entretanto que no se les descifra; adivinados, ya no distraen."

Oscar Wilde: "Las mujeres nos tratan exactamente del mismo modo que la humanidad trata a sus dioses: nos adoran, pero siempre están pidiéndonos algo."

Y, por fin, una opinión digna de tenerse en cuenta. Es de una mujer. ¡Y qué mujer! Dice Marie Bashkirtseff: "Rezongo de ser mujer, porque de tal sólo tengo la piel."

He citado de propósito a todos estos ilustres literatos para que formen el cortejo que se merece don José Argentino Vallejo, el último ingenio que arremete bravamente contra el amor y las mujeres. El señor José Argentino Vallejo se desahoga en verso en el diario *Noticias* de Estación Mercedes (San Luis), fecha 27 de febrero último. La composición poética del indignado misógino lleva este título y esta dedicatoria:

> *PARA UNA*
>
> *Para mis hermanitas Sara, Celia y Flora.*

Como veis, no es "Para una": es para varias. Y no interrumpo más. Oíd, amigos:

> *Para aquella que después de hacerme alegre*
> *[vislumbrar,*
> *para aquella que debió ser todo y en su fé men-*
> *[tida no fué nada*
> *me tuvo en su regazo con mentido amor y de*
> *[mi alma apoderada*
> *me lanzó a este incierto y lóbrego sendero, ya*
> *[imposible de alumbrar.*
>
> *¿Porqué cobardemente hicistes alarde de un*
> *[amor que por mi no sentistes?*
> *¿Porqué mala "Julieta" despedazastes mi cora-*
> *[zón puro de doncel?*
> *¡Oh! donde los mármoles de fidias, y modelar*
> *[mi dura alma de cincel*
> *que a grito pide? Oh! madre mia, o es que ya*
> *[no existes?*
>
> *Vos sabes que mi genio y el de todos, es in-*
> *[mortal*
> *que deseminado como el sol en todo el mundo*
> *[y de tal modo*
> *que anda errante, anda solo, anda todo y sobre*
> *[todo*
> *cual un fluido, cual un dios, cual un gas uni-*
> *[versal.*
>
> *Y por eso no me olvido y sabes bien que no*
> *[soy artificial*
> *y que odio, que repugno, que detesto falsedades*
> *que no quiero, que rechazo, que no admito ha-*
> *[bilidades*
> *y por eso, ya cansado de tanto pugilato, hoy*
> *[prefiero el amor del animal.*
>
> JOSE ARGENTINO VALLEJO
>
> *Las Isletas F. C. P.*

¡Sí! ¡Haces bien, puro doncel, que andas suelto como un gas universal por Las Isletas (F. C. P.), *deseminando* versos contra la mala Julieta! ¡Haces bien porque no eres artificial y repugnas y estás harto del pugilato! ¡Todos estamos hartos del pugilato! Abandona, con tu alma dura de cincel, a la incalificable Julieta, ya que ella te ha abandonado previamente. Pero no busques el amor del animal. Y si lo buscas, pon mucho cuidado. A lo mejor, el animal te abandona. Desconfía: hay animales muy inteligentes. Y creo que en Las Isletas (F. C. P.) también.

―― :: ――

EN *La vida literaria*, del suplemento de *La Nación*, del 4, en una crónica sobre la renovación literaria norteamericana:

> *Entre los adeptos de este renacimiento poético, no todos eran puros imaginistas como el jefe del movimiento, el lamentado Amy Lowell.*

Ignoro las razones particulares que puede tener *La Nación* para llamar *lamentado* a Amy Lowell. Lo que corresponde es *lamentada*. Pues Amy Lowell, como Safo, Mme. Lucie Delarue Mardrus, Sofía Espíndola y la condesa Mathieu de Noailles era además de poetisa activa militante del bello sexo o lo que habitualmente se entiende por tal en los Estados Unidos.

―― :: ――

EL señor Carlos Bird publica en *Mundo Argentino*, del 14, un artículo titulado *¿Qué cantidad de palabras usa usted?* El señor Bird, apoyándose en datos que le facilita el doctor Frank H. Vizetelly, llega a conclusiones sorprendentes. He aquí algunas cifras:

> *Un eclesiástico, familiarizado con la fraseología de la Biblia, sabrá el significado de* **ocho mil setecientas sesenta y cuatro** *palabras... del antiguo Testamento...*
>
> *...A Shakespeare, que no llegó a usar* **veinte mil** *palabras, se le consideraba un lexicógrafo en su época, ¡y hoy el doctor Vizetelly conoce nada menos que* **115.000***!...*
>
> *...Wilson, el ex presidente de Estados Unidos, dominaba* **sesenta y dos mil**...
>
> *...Cualquier persona educada y bien leída tiene derecho a conocer el significado de* **cincuenta mil** *palabras...*

Muy simpático el optimismo del señor Carlos Bird. Pero la realidad es muy otra. Un verdadero filólogo, Max-Müller, de la Universidad de Oxford, da, en su *Ciencia del lenguaje*, unas cifras muy distintas. Dice: "Un inglés de buena sociedad, que ha ido al colegio y a la universidad, que lee su Biblia, su Shakespeare y el *Times*, y se halla al tanto de la literatura corriente, apenas emplea en la conversación más de *tres a cuatro mil* palabras. Las personas amantes de los pensamientos exactos y de los razonamientos precisos, y que, descartando las expresiones vagas y generales no se contentan más que con la palabra propia, tienen una provisión de voces mucho mayor, y oradores elocuentes pueden disponer de *diez mil*. Shakespeare, que desplegó probablemente mayor variedad de expresión que ningún otro autor en ninguna lengua, compuso todas sus obras con unas *quince mil palabras*. No encontramos más que unas *ocho mil* en las obras de Milton; y el Antiguo Testamento dice todo lo que tiene que decir con *cinco mil seiscientas cuarenta y dos*."

El señor Carlos Bird ignora la anatomía casi tan completamente como la filología. Dice en el mismo artículo:

> *El médico o el cirujano sabe más (palabras). Hagamos un ligero sumario de todas las materias con las que tiene que estar familiarizado. En el cuerpo humano hay setecientas siete arterias,* **setenta y un** *huesos, setenta y nueve convoluciones,* **cuatrocientos treinta y tres** *músculos, doscientos treinta y tres nervios, ochenta y cinco plexos y ciento tres venas.*

Júzguese de la exactitud del señor Bird por los dos datos más conocidos: los huesos del cuerpo humano son doscientos ocho, sin contar los wormianos ni los sesamoideos, y los músculos son quinientos uno estriados y cincuenta lisos.

El señor Carlos Bird debe ser un magnífico quinielero. Porque en las quinielas suelen dar buenos resultados los cálculos alegres. Pero en las ciencias, no.

―― :: ――

NO abandonemos la anatomía. Leo en *La Nación*, del 13, en la descripción de una película cinematográfica:

> *Comienza la obra con la exhibición de un circo en plena función, con notables animales amaestrados, hombres tatuados, hombres* **sin piernas** *que realizan maravillas* **con los pies...**

Hombres sin piernas que realizan maravillas con los pies... ¿Qué harán? ¿Escribirán?

―― :: ――

EN la página 18 de la novela *El perro diabólico*, del capitán Marryat, traducida por J. Pérez Mauras, dice un personaje:

> *—Haré que le azoten con el gato (1).*

Y el traductor nos ilustra con esta explicación:

> *(1) El "gato" es un instrumento que consta de tres garfios de acero y sirve para reconocer y examinar el alma de los cañones y demás piezas de artillería. (N. del T.)*

El traductor lo mismo podría haber descripto cualquier otro gato: el conocido felino que caza ratones, el de albañal que abunda en las oficinas, el usado en mecánica para levantar automóviles y locomotoras, el que bailaban y cantaban nuestros gauchos, etc., etc. Todos, en fin, menos el *gato* que antiguamente se usaba en la marina inglesa para azotar: el llamado *gato de nueve colas*, que eran unas disciplinas.

Semanalmente se premiará con una libra esterlina al que remita la mejor "perla" a juicio de nuestro "Pescatore". No se admiten "perlas" anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo, e "si non, non". Esta semana corresponde la áurea moneda a Amada Rossi de Casco, de Mercedes (San Luis)



PRECIO EN LA CAPITAL: 20 centavos

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.

PRECIOS: En el Interior: 30 centavos
En el Uruguay: 10 centésimos